

Lexy
Timms

Vuestro
BOSS
EL

la Serie La Asistente Personal

Vuelve el Boss

Lexy Timms

Traducido por Lola Fortuna

“Vuelve el Boss”

Escrito por Lexy Timms

Copyright © 2017 Lexy Timms

Todos los derechos reservados

Distribuido por Babelcube, Inc.

www.babelcube.com

Traducido por Lola Fortuna

Diseño de portada © 2017 Book Cover by Design

“Babelcube Books” y “Babelcube” son marcas registradas de Babelcube Inc.

Vuelve El BoSS
Libro 2
Serie la asistente personal

Lexy Timms
Copyright 2015 by Lexy Timms



Tabla de Contenidos

[Página de Titulo](#)

[Página de Copyright](#)

[Página de Copyright](#)

[Vuelve el Boss](#)

[Serie La asistente personal](#)

[Descripción:](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

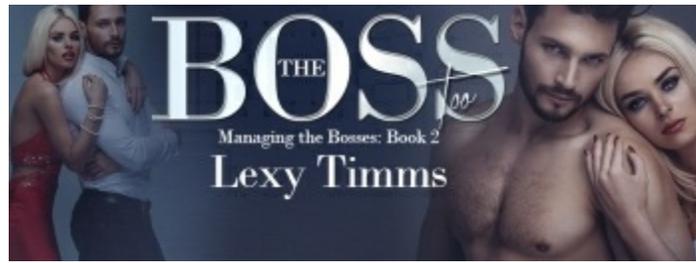
[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Nota de la autora:](#)



Serie La asistente personal

The Boss
Vuelve The Boss



Descripción:

De la autora superventas, Lexy Timms, llega la novela romántica de un multimillonario que te emocionará y volverá a enamorarte.

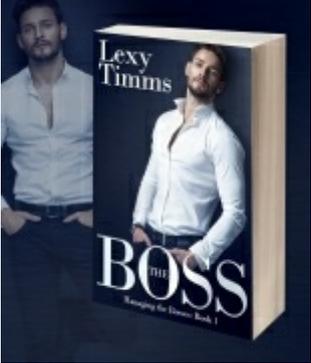
Jamie Connors ha decidido que su trabajo es más importante que tener novio. Ha conseguido un puesto maravilloso trabajando como asistente personal del multimillonario Alex Reid. No debería ser un puesto con derecho a roce, sin embargo acaba en la cama de Alex. Ella es inteligente, guapa y está un poco gordita, no cree ser lo suficientemente atractiva para gustarle a un hombre como Alex.

Al intentar cumplir con su trabajo y dedicar todo el tiempo posible a la preparación de la boda de su hermana, Jamie acaba queriendo darle gusto a todo el mundo. La boda de la hermana es lo único importante para su familia, algo que a Jamie no le importaría si su hermana no fuera tan mandona, si su madre dejara de molestarla y si su asqueroso ex no estuviera a punto de convertirse en su cuñado.

Jamie tendrá que aprender a quererse, a exigir respeto y a tener la suficiente confianza en sí misma para luchar por lo que desea. También tendrá que demostrarle a Alex que es perfecta, tanto para el trabajo, como para su cama.

** Vuelve The Boss es el segundo libro de la Serie La asistente personal
**

Para mayores de edad. Hay situaciones sexuales, pero se trata de una historia de amor, NO de novela erótica.



Índice

Capítulo 1.....	8
Capítulo 2.....	15
Capítulo 3.....	21
Capítulo 4.....	27
Capítulo 5.....	43
Capítulo 6.....	50
Capítulo 7.....	68
Capítulo 8.....	79
Capítulo 9.....	84
Capítulo 10.....	97
Capítulo 11.....	105
Capítulo 12.....	113
Capítulo 13.....	124
Capítulo 14.....	130
Capítulo 15.....	136
Capítulo 16.....	147
Capítulo 17.....	153
Capítulo 18.....	161

Capítulo 1

Jamie miró su reflejo en el espejo. Para alguien que odiaba mirarse a sí misma, empezaba a pasar bastante tiempo viéndose una y otra vez. Se tocó el cuello, las tres pequeñas marchas de dedos convertidas en cardenal habían desaparecido y se alegraba de que Stephen no fuera a asistir a la cena por el cumpleaños de su padre. Stephen tenía que trabajar hasta tarde, eso le había dicho a Christine.

Alex se había ofrecido para acompañarla a la cena, no porque quisiese cenar con ella, sino porque se sentía obligado a protegerla si a Stephen le daba por aparecer. Desde la noche loca, una semana atrás, las cosas habían vuelto casi a la normalidad. Jamie no debería haberse quedado a dormir. Debería haber vuelto a su piso en vez de quedarse acurrucada entre las sábanas de Alex. Las palabras bonitas que él le había dicho y su sonrisa sexy la convencieron.

De madrugada, se levantó en silencio de la cama y volvió a su piso. Se puso la ropa de deporte y fue a correr en la cinta del gimnasio para aclarar la mente. No sirvió de mucho. La luz de la mañana se vertió sobre sus acciones, dejándole claro que aunque necesitaba lo que había ocurrido la noche anterior, no había hecho bien.

No le ayudó que después de ducharse tuviera que mandarle un mensaje a Alex para pedirle que la llevara al trabajo porque su coche aún estaba en el garaje de la oficina. Permanecieron en un silencio incómodo y, al llegar al trabajo, Jamie buscó una excusa para irse a su coche. Alex no discutió cuando ella le pidió que fuera entrando, asegurándole que pronto entraría ella también.

Consiguieron sobrevivir a aquel día lleno de reuniones y, a medida que los siguientes días pasaban, ninguno de los dos dijo nada sobre su noche de pasión. Cuando había pasado una semana ya no se evitaban. Jamie pasaba el tiempo libre en el gimnasio, también se compró un bañador para empezar a usar la piscina. Había observado a Alex nadar una noche, escondida detrás de las persianas. Sintió un calor que le recorría el cuerpo al verlo hacer largos.

–¡Jamie! –Christine entró en el baño–. ¿Por qué tardas tanto?

Jamie se apartó del espejo de un salto y fingió que estaba secándose las manos con el secador eléctrico.

–Tenía que mandar unos cuantos emails de trabajo –mintió.

–Es el cumpleaños de papá, ¿no puedes dejar de trabajar por una noche?

–Sí, ya voy.

–Bien. –Christine jugueteó con su pelo frente al espejo y luego se retocó el maquillaje. Miró a Jamie a través del espejo–. ¿Llevas faja?

–¿Qué? No. –Jamie meneó la cabeza–. He perdido un poco de peso. –Se encogió de hombros–. Parece que le voy cogiendo el tranquillo al gimnasio. He hecho buenas migas con la cinta de correr.

Quería contarle a Christine lo de su noche con Alex pero se contuvo.

–Un verdadero milagro navideño –Christine sonrió–. A ver si puedes seguir –dijo retando a Jamie–. Aún no cabes en el vestido rojo.

Jamie abrió la puerta y la sostuvo para su hermana. El maldito vestido. Se mordió la lengua para no soltar un comentario y se obligó a sonreír.

–Lo hago por mí, no por ti.

Christine volvió contoneándose a la mesa. Si oyó el comentario de Jamie no le prestó atención.

Jamie se sentó a posta al lado de su madre, dejando un hueco junto a Christine por si aparecía Stephen. Bastante lejos de Jamie, así no tendría que hablar con él.

Su madre cogió la carta.

–Has escogido un restaurante muy bonito, Jamie. Espero que tengan bastantes opciones sanas.

–Incluso tienen fruta de postre –dijo guiñándole un ojo a su padre.

–Perfecto. Entonces espero que te pidas eso. Sé que es el cumpleaños de tu padre, pero no por ello vas a hacer excesos antes de la boda de tu hermana.

–Por supuesto que no –dijo Jamie de forma automática.

Pensaba comerse una porción de tarta de queso que Murray le había dejado junto con la comida por la tarde. Aún le preparaba todas las comidas, igual que a Alex, algo de lo que ella no se quejaba, pues Murray era un cocinero maravilloso.

Jamie se giró hacia su padre para abrazarlo y él correspondió al abrazo.

–Feliz cumple, papá. Te he comprado dos entradas para un musical en Broadway. No se lo digas a mamá, ella quería que te apuntara al club de los vegetales.

Su padre sonrió. Cada día parecía más él.

–¿Qué tal van los preparativos de la boda, Christine? –preguntó la madre de Jamie con una copa de vino en la mano–. Espero que no estés haciendo demasiado trabajo tú sola. –Le lanzó una mirada de desaprobación a Jamie.

–Es muchísimo trabajo. Estoy exhausta. –Christine hizo una mueca–. Con eso de que Jamie está trabajando, resulta difícil que me ayude. Pero todo está bajo control.

–Me alegro, debe de ser muy difícil planearlo todo, pero parece que lo tienes todo controlado.

En aquel momento, para alivio de Jamie, llegó el camarero.

–¿Quieren pedir ya? –preguntó.

–Yo quiero una ensalada César con pollo, por favor –dijo Jamie, pasándole la carta.

–Con el aliño aparte –dijo su madre, arqueando una ceja hacia Jamie–. Quiere el aliño aparte.

–Prefiero el aliño sobre la ensalada. No creo que me mate.

–No, pero puede hacerte caer en picado en la espiral de la obesidad Jamie suspiró.

–Vale –dijo–. Con el aliño aparte, por favor.

–Yo tomaré lo mismo, pero con el aliño en la ensalada –dijo Christine–. Y también un martini de chocolate.

–Otra copa de vino tinto para mí y una sopa de marisco –añadió su madre. Luego le dio un codazo al padre y este levantó la mirada del móvil.

–Ah –balbuceó–. El especial. Gracias.

–Me muero de ganas de ver tu vestido de novia –le dijo la madre a Christine–. Vas a estar maravillosa, lo sé.

El padre de Jamie puso los ojos en blanco y buscó los cascos en el bolsillo. Al darse cuenta de que no los había traído se giró hacia Jamie.

–¿Y qué has hecho últimamente?

–Gina, una compañera de trabajo, y yo fuimos a la barra libre del bar que hay frente a la oficina y...

–Oh no, has comido gambas fritas, ¿no? –Christine levantó los ojos al cielo–. Siempre lo haces. ¡Sabía que te habías puesto una faja!

Jamie se guardó un comentario. El vestido le quedaba suelto, incluso demasiado. ¿Por qué narices se iba a poner una faja?

–¿Ya ha llegado tu vestido de novia?

–Perdón, espero no interrumpir algo especial –dijo una seductora voz masculina–. ¿Podría hablar un momento con Jamie?

Jamie se sonrojó. ¿Por qué no se ponían las cosas un poco más incómodas?

Todos miraron fijamente a Alex mientras este se acercaba a la mesa. Jamie vio a tres hombres con trajes muy caros en la mesa de detrás.

Se levantó y fue hasta Alex.

–¿Una cena de trabajo?

–Horrorosamente aburrida. Preferiría estar en tu mesa.

Jamie intentó no sonreír.

–No, le aseguro que no, créame.

Él miró por encima de ella.

–¿No ha venido Stephen?

–Hasta ahora no. –Se preguntaba si él había pasado la cena a posta a este restaurante, ya que recordaba haber visto en su agenda que se iba a reunir por el centro–. ¿Necesita algo, señor Reid? –Volvía a hablarle de usted y él no dijo nada.

Su cara no dejaba ver nada.

–Necesito que pases a ordenador un contrato esta noche. ¿No será mucha molestia?

Jaimie era incapaz de saber si estaba siendo sarcástico o si lo que quería era saber si ella iba a estar en casa por la noche.

–No hay problema. Pero tendría que pedirle prestado su ordenador porque el mío está en la oficina. No pensé que lo necesitaría esta noche.

¿Detectaba una chispa en sus ojos que se había encendido cuando ella mencionó el ordenador? Una sensación cálida se apoderó de su tripa ante el recuerdo de la última vez que usó el portátil y él la pilló viendo porno. *¡No fue culpa mía!* Deseaba decírselo. Aunque hubiese estado fisgoneando en el historial de navegación de su ordenador.

–No hay problema. También haré que Gina te pida un Mac notebook similar al mío con conexión a la oficina.

–Claro. –Jaimie oyó a su madre toser y aclararse la garganta detrás de ella.

–Excelente. –Él se giró otra vez hacia los inversores que había a sus espaldas–. Creo que por ahora es todo, señorita Connors. Que disfrute de la cena y pida que me manden a mí la cuenta. Será mi regalo por el cumpleaños de su padre.

Se giró y volvió a su mesa.

El resto de la cena se hizo increíblemente lenta. Jaimie le hizo una señal con la cabeza a Alex al marcharse, antes de que su familia pidiera los postres, con la excusa de que tenía que irse pronto por lo del contrato.

–Señorita Connors –gritó Alex.

–Sí –Se giró y volvió hacia la mesa de él.

Uno de los hombres la miró de arriba abajo con descaro.

–Señorita Connors, ¿verdad? ¡Tómese una copa con nosotros!

Jamie sonrió con educación.

–No puede –Alex detuvo a Jamie antes de que pudiera responder. Le lanzó unas llaves–. Mi ordenador está en la cocina. Te mando por email los datos para el contrato.

Jamie cogió las llaves mientras él terminaba de hablar y asintió.

–Claro.

Cuando se giró para marcharse, oyó quejarse al hombre que la había invitado y luego la respuesta de Alex.

–¡Podías haber dejado que se quedara a tomar una copa con nosotros!

–No es ese tipo de asistente personal.

¿A qué se refería?

Capítulo 2

–Siento que hayas tenido que dejar a tu familia antes de los postres–.

Alex estaba en la cocina. Tenía los ojos rojos. Jamie estaba sentada en la barra terminando el informe que él le había pedido que pasara a ordenador. Se encogió de hombros:

–Sabía que ni de coña iba a poder comer tarta con mi familia vigilándome. Ya sabes, están en la misión “que Jamie adelgace”.

–A mí me encantaría una misión de... –Alex se aclaró la garganta y meneó la cabeza en una especie de esfuerzo físico por evitar decir lo que estaba pensando–. Te equivocabas con lo de la tarta. –Alex sacó un tupper–. Te he traído un trozo.

Jamie se removió en su sitio, pensando en la frase que Alex dejó sin terminar. Lo miró y luego abrió despacio el tupper. Dentro había varias rebanadas de tarta de chocolate. ¿Alex había bebido? Parecía medio borracho, eso la descontrolaba ahora que por fin se había hecho a la idea de ser estrictamente profesional con él. Tenía que desviar la atención del atractivo hombre medio borracho que se apoyaba en la barra junto a ella.

Miró la deliciosa tarta de chocolate.

–Te debía una.

Jamie miró otra vez el tupper y aceptó el tenedor que Alex le ofrecía. Lo clavó en aquella maravillosa tarta, luego hizo una pausa. La culpabilidad se había apoderado de ella.

–No puedo, mi familia tiene razón. Volvería a engordar.

–Puedes comer un poco de tarta. Te he visto hacer ejercicio, te matas en el gimnasio. Unas cuantas calorías extra no van a cambiarlo todo de golpe. Come un poco de tarta y no te preocupes.

Alex movió la cabeza para indicar que comiera. Como Jamie no lo hacía, le quitó el tenedor de las manos y lo usó para probar un trozo.

–¡Guau! ¡Está buenísima! –Alex cerró los ojos mientras la saboreaba. Sonrió y le devolvió el tenedor.

Jamie cogió un trozo y se lo llevó a la boca. El dulzor se derritió como la mantequilla sobre su lengua, llenándosela de un delicioso sabor azucarado. Por poco dejó escapar un gemido.

–¿Cómo va el contrato?

Jamie tragó y se lamió los labios.

–Está casi terminado.

–Voy a prepararte una infusión –se ofreció él–. Menta, ¿verdad?

–Sí –respondió ella, cogiendo otro trozo de tarta–. Gracias.

Escribió unas cuantas frases más del informe mientras veía cómo Alex sacaba varias cajitas del armario de las infusiones. Una de ellas se cayó al suelo. Alex soltó una palabrota y se agachó para recogerla, pero la lata rodó hasta los pies de Jamie.

Ella la recogió y luego arqueó una ceja al leer la etiqueta.

–¿Té anticabronas?

Alex se aclaró la garganta.

–Eh, esto. Es solo el nombre de una combinación de hierbas. Me lo regalaron como broma en Navidad.

Jamie le dio la vuelta a la lata para leer la información que había detrás. Hizo una mueca.

–Reduce los cambios de humor provocados por el síndrome premenstrual. ¿Qué?

Alex le quitó la lata de las manos y la volvió a poner en el armario.

–El nombre es ofensivo, lo sé. –Tuvo la decencia de sonrojarse–. Es un mal nombre. Tú no eres ninguna cabrona cuando estás en esos días. –Le sonrió–. No eres cabrona nunca.

–Deberías ver a mi hermana. Se convierte en Hulk la segunda semana de cada mes. Es para no acercarse a ella.

–Qué gracia –dijo Alex con una sonrisa–. Pensaba que era Hulk siempre.

Echó agua caliente en una taza y luego la puso frente a Jamie. El olor de la menta salía en el vapor.

Jamie bebió un poco y sonrió.

–Gracias.

Siguió trabajando en silencio hasta terminar el contrato. Comió un poco más de tarta y se dijo que al día siguiente haría media hora más de caminata antes de ir a trabajar.

–Ya está. –Cerró el ordenador portátil y se puso de pie–. Nos vemos mañana.

–Quédate, por favor. –Alex miraba fijamente a su vaso. Ya solo quedaba hielo, hacía un buen rato que se había terminado el whisky que se había servido–. Es agradable tener una conversación que no sea de negocios al menos durante diez minutos.

Jamie se mordió el labio, no estaba segura de si debía quedarse. No había motivos para pensar que él quisiera nada más que conversación. Quizás pudiera acabarse su infusión. Por otra parte, la última vez que estuvieron solos sin hablar de trabajo acabaron en el dormitorio de Alex. *Y mira lo bien que salió. Porque salió bien, al menos aquella noche. A la mañana siguiente las cosas fueron muy diferentes.*

Alex debió leerle el pensamiento porque le sonrió.

–Te aseguro que no estoy intentando... repetir la historia. Los dos sabemos que aquello no fue muy sensato.

Jamie sonrió dubitativa y luego asintió, ignorando la desilusión que sentía.

–Supongo que puedo quedarme un rato.

Él le sonrió y se sentó junto a ella.

–¡Genial! ¿Qué tal el cumpleaños de tu padre?

–Estabas en la mesa de al lado, deberías saberlo.

–Lo creas o no, de verdad estaba trabajando –dijo Alex–. No presté atención a tu mesa hasta que acabamos las negociaciones.

–Bueno, puedes imaginártelo. –Jamie puso los ojos en blanco, disfrutando de poder ser honesta con él sabiendo que no la iba a juzgar–. Solo hablaron de la boda y mi padre no veía la hora de volver a trabajar, aunque fuera su fiesta de cumpleaños. –Se encogió de hombros–. Se me hizo muy largo.

–Siento que tu familia sea así –dijo Alex–. Debo admitir que me alegró ver que no estaba Stephen. Si hubiese estado y se hubiera comportado tan mal contigo como la última vez que lo vi, habría hecho algo muy poco profesional frente a aquellos valiosos socios míos.

Jamie sonrió.

–¿Te habrías convertido en Hulk?

–Totalmente. Varias veces.

Ella se echó a reír.

–¿Por qué tu familia te trata tan mal? –Alex se sirvió un poco más de whisky. Le ofreció a Jamie y ella meneó la cabeza.

–No son tan malos –dijo encogiéndose de hombros–. Es solo que están estresados y yo soy una presa fácil. Tengo que adelgazar, ellos solo intentan

ayudarme. Lo hacen fatal, pero tienen buenas intenciones.

–Yo lo veo distinto. –Alex frunció el ceño–. Me gusta que no te mates de hambre solo porque la sociedad dice que tienes que estar delgada...

Jamie lo interrumpió, deseaba no estar hablando de este tema con él.

–Antes era muy delgada, tanto como Christine. Y mi madre me adoraba como la adora a ella. Luego, la secundaria, no llevé bien la pubertad. Ninguno de los de mi clase la llevaban bien, pero yo, en vez de estar todo el día de mal humor como las otras chicas, empecé a comer para tranquilizarme. Desde entonces he sido una mota en la perfecta vida de mi madre y de Christine.

–Y no te lo perdonan –murmuró Alex.

Jamie se mordió el labio, pensando que él tenía la misma opinión que su familia.

–¡Es una crueldad! –Alex le dio un golpe a la encimera de granito–. ¿Por qué son así? Ni siquiera... –Apretó la mandíbula. Jamie se dio cuenta de que no quería contar lo que estaba a punto de decirle–. Ni yo tuve unos años de adolescencia tan difíciles –dijo con dolor.

–Bueno, estoy segura de que tu familia no es tan mala como la mía. – Jamie se obligó a sonreír, sobre todo porque deseaba cambiar de tema.

–Tu madre y tu hermana no tienen razón.

Jamie parpadeó sorprendida.

–Gracias por ponerte de mi lado, señor Reid, pero siendo tan perfecto como eres seguro que nunca te han tratado así. Tú no lo comprendes. –Jamie no podía culparlo, él era perfecto y lo más probable era que toda su familia lo fuera también–. ¿Cómo es tu familia? –preguntó–. Aparte del par de fotos que tienes aquí en casa, ninguno diría que tienes familia.

Alex se encogió de hombros y miró el reloj, su cara se había vuelto críptica.

–Esa historia te la cuento en otra ocasión. –Se levantó y dejó el vaso en el fregadero–. Se ha hecho tarde. Gracias por la compañía, Jamie.

–De nada. –Se levantó de golpe, empujada por la repentina actitud de “márchate”. Era él quien le había pedido que se quedara, ¿y ahora resultaba que era tarde? Estaba a punto de marcharse, pero se giró en el último momento. La frustración le infundió valor–. Sé que nunca hemos hablado sobre *esa* noche –dijo con rapidez–. Estoy segura de que quieres olvidarla. Pero tan solo necesito... quiero saber si lo que me dijiste lo decías en serio. – Jamie tragó con dificultad, sorprendida ante sus propias palabras.

–¿Que te deseaba y que eres increíblemente sexy? –Él arqueó una ceja. Su voz era profunda y sensual, hacía que Jamie sintiera calor.

–Eso, eh, no exactamente.

–¿O que eres espectacularmente buena en la cama? –Su fachada tranquila se desvaneció para dejarle ver lo mucho que la deseaba.

Jamie sintió que se le aflojaban las rodillas; tuvo que sujetarse de la barra para no caer.

Los espectaculares ojos azules de Alex no se despegaban de los de ella.

–Puedes creer cada palabra que pronuncié. –La respiración de Alex se agitó y se enderezó para recuperar la compostura–. Jamie... Te pido perdón por aquella noche. Solo puedo tener una relación profesional contigo y, si tuviésemos algo de otro tipo, solo podría ser sin ataduras. No me interesa nada más. Espero que lo sepas.

La desilusión golpeó a Jamie como un balonazo. Se giró para que Alex no viera las lágrimas que se le estaban formando en los ojos. Quizás a él no le importara su peso, pero quería usarla como una putita de oficina igual que Stephen y eso no le gustaba, a pesar de la reacción que su cuerpo tenía ante el atractivo hombre que tenía a su lado. Tragó y asintió.

–Lo imaginaba –dijo–. Me facilita las cosas, porque yo solo quiero una relación estrictamente profesional a partir de este momento. Para eso me contrataste, ¿no? Para no tener distracciones.

–Jamie...

–Buenas noches, señor Reid. –Jamie mostró una sonrisa educada–. Que duerma bien.

Se marchó antes de que él pudiera responder y fue directa a su piso. Esperó a entrar y cerrar la puerta para empezar a llorar.

Capítulo 3

–¿Qué tal el nuevo ordenador? –preguntó Alex al día siguiente. Su tono de voz tenía algo, como si no quisiera que Jamie le recriminara nada.

–Es bonito –respondió Jamie, sentándose en el despacho de él para revisar las tareas de la semana. Pasó las páginas de la agenda para sincronizarla con la de él. Debían guardar las distancias y ella le demostraría que eso era lo mejor para los dos.

Alex se sentó frente a su mesa, revisando una carpeta que tenía bajo sus ojos.

–Tenemos que ver un montón de cosas antes de la reunión con los inversores. –Frunció el ceño y apartó una hoja–. Necesito que te asegures de que todo está en orden para que podamos cerrar el trato. Esto es lo que va a convencer a los inversores para que inviertan en el proyecto. –Hizo un gesto hacia las carpetas que había en la mesa; el pretexto que los había reunido. Contenían un montón de bocetos para un nuevo software que mejoraba los modelos actuales de programas de dictado de voz.

Alguien llamó a la puerta que daba al pasillo.

–Adelante –dijo Alex.

Gina entró, mirándolos a los dos con precaución. Jamie hizo su mejor esfuerzo por parecer tranquila, indiferente, profesional. Gina no paraba de tomarle el pelo, diciéndole que había algo entre ella y Alex. La otra noche, mientras se tomaban una copa, Gina intentó convencer a Jamie de que Alex quería acostarse con ella. Jamie lo negó todo, pero eso no impedía que Gina siguiera comportándose como si fuera a pillarlos con las manos en la masa. Eso nunca iba a ocurrir.

Gina los miró.

–Señor Reid, su cita de las tres ha llegado.

–Gracias, señorita Campbell. –Alex miró a Jamie con una expresión indiferente–. Señorita Connors, envíe esos emails. Si alguno de estos documentos se daña rodarán cabezas. –Le pasó a Jamie una pila de papeles–. Guárdelos en su despacho hasta la reunión con los inversores.

–Sí, Mr. Reid –dijo Jamie–. ¿Quiere que me quede ahora para tomar notas para la reunión?

–No es necesario. –Agitó la mano–. Ya pasará a ordenador todo lo que yo grabe.

Jamie asintió y luego le sonrió a Gina, que no parecía convencida con el intercambio entre Jamie y Alex. Jamie contuvo un suspiro al salir del despacho de Alex.

Se sentó en su mesa y se tomó un par de segundos para revisar su teléfono personal y ver si tenía mensajes de Christine. A medida que la boda se acercaba, Christine se ponía más y más histérica, más y más exigente. Había cinco mensajes de texto y Jamie tan solo había estado veinte minutos en el despacho de Alex. Al menos eso creía, que habían sido veinte minutos. Estaba respondiendo al último cuando una sombra se proyectó sobre su escritorio.

–Perdone, señorita, ¿está Alex Reid?

Guardó el móvil en el bolso, avergonzada como si la hubieran pillado haciendo algo malo. Se le abrió la boca al ver a un hombre que le sonreía. Era la versión exacta de Alex con más años. Reconoció al hermano de Alex, el de la foto que Alex tenía en el salón. Solo que ahora tenía más años. Lo que no entendía era qué había venido a hacer.

–Sí... Sí –tartamudeó–. Está en su despacho. ¿Viene por la cita de las tres?

Ahora no le sorprendía que Alex no la necesitara para esa reunión. Jamie se levantó y le dio la vuelta a la mesa–. Soy Jamie Connors, la asistente personal del señor Reid.

Él le estrechó la mano.

–Yo soy su hermano, Mark.

Jamie asintió.

–Lo sé. Quiero, quiero decir, os parecéis mucho. Por eso. Eh... –Miró hacia la puerta del despacho y cogió el teléfono para llamar a Alex. Luego colgó–. Me sorprende que Gina no lo haya hecho pasar desde la recepción. Pero puede pasar por aquí –dijo Jamie–. No hay problema.

Mark arqueó una ceja.

–Sígame. –Jamie llamó con suavidad a la puerta de Alex antes de abrirla. Parpadeó sorprendida cuando Mark la empujó para pasar delante de ella.

–¡Alex!

Jamie lo siguió y se dio cuenta de que había una mujer muy atractiva sentada en una silla frente a la mesa de Alex. ¿La cita de las tres era algo personal? ¿O la cita de las tres era para Mark?

Alex miró a su hermano y dejó de hablar. Sus ojos despedían odio hacia Mark y sus manos se contrajeron en puños, arrugando los papeles que tenía entre los dedos.

–¿Qué haces aquí? –Luego reprendió a Jamie–. ¿Por qué lo has dejado pasar?

–¿Podemos hablar en privado? –preguntó Mark.

–No. –Alex se levantó–. Porque ya te vas. No me importa por qué hayas venido, vete.

–¡Alex! –Mark abrió las piernas a la altura de las caderas y cruzó los brazos sobre el pecho–. No me voy, soy tu hermano. Tengo derecho a hablar contigo.

–No lo tienes –dijo Alex bajito y con un tono peligroso–. Lárgate de aquí o llamo a seguridad.

La mujer que permanecía sentada frente a Alex empezó a tomar notas a toda velocidad sobre su cuaderno–. ¿Señorita Snatters?

–¿Sí? –preguntó la mujer sin levantar la mirada.

–¿Podría ignorar esto? –Volvió a mirar a Mark y a Jamie con odio–. Señorita Connors, haga que Mark se vaya o los de seguridad no lo sacarán solo a él sino a usted también.

Mark suspiró y se giró hacia Jamie.

–No haré que pierda su trabajo por mí.

El hombre volvió al despacho de Jamie y esta lo siguió sin estar segura de qué decir, en shock por lo mucho que se había enfadado Alex.

–Dele esto si puede –Mark dejó un pequeño sobre blanco sellado sobre el escritorio.

Jamie asintió, incapaz de responder. Mark se marchó sin decir una palabra más y Jamie se quedó mirando el sobre durante todo un minuto antes de que Alex abriera la puerta y la llamara. Jamie cogió el sobre con la mano temblorosa, sintiendo que los papeles doblados que había en su interior la quemaban. Habría dado lo que fuera por conocer su contenido, pero sabía que si lo abría cruzaría una línea que jamás debía cruzar. Jamás haría algo así. Sin embargo eso no saciaba su curiosidad.

Alex dio un portazo detrás de Jamie y suspiró con alivio. O quizás fuese un suspiro que contenía su mal humor. La señorita Snatters ya no estaba en su

oficina.

–Si él vuelve alguna vez llama a seguridad –dijo–. No quiero ni a mi hermano ni a nadie más de la familia por aquí, ¿entendido?

Jamie se mordió el labio y asintió.

–Me pidió que te diera esto –le pasó el sobre.

Alex lo lanzó al escritorio.

–¿Qué pasó entre tú y tu familia? –Jamie se cubrió la boca, sorprendida de haber dicho aquello en voz alta.

–No es asunto tuyo. –Alex miró por los grandes ventanales al bullicio de la ciudad que había bajo sus pies–. Eso es historia.

–Mark parece... simpático. –Jamie no entendía la explosión de Alex. Había sentido vergüenza ajena. Ella misma tenía una familia de locos, pero aún así los quería–. Quizás tan solo deberías intentar hablar con él. Podría servir de algo.

–Nada sirve –espetó él–. No se borrará el pasado y, desde luego, no vamos a reconciliarnos porque eso es imposible. Asegúrate de que nadie de mi familia venga por aquí. –Se giró hacia ella–. Si vuelves a mencionar algo sobre mi familia ya puedes buscarte otro trabajo y otro sitio para vivir. ¿He sido claro, señorita Connors? –Le lanzó una mirada amenazadora, sus ojos brillaban de rabia.

Jamie quería responderle con la misma rabia, pero finalmente asintió.

–Sí, señor Reid –dijo en automático y luego se giró y volvió a su mesa. Se escondió tras el monitor del ordenador, fingiendo que estaba ocupada, pero en realidad intentaba que nadie se diera cuenta de lo frustrada y asustada que se había quedado tras aquella confrontación.

Capítulo 4

Alex no fue a trabajar al día siguiente. Cuando Jamie revisó sus mensajes encontró uno abrupto que había dejado él diciendo que no iría a la oficina y que ella debía hacerse cargo de todo hasta que él volviera. No daba ninguna explicación. Nada sobre cuánto tiempo estaría fuera. No dejaba información sobre cómo contactar con él. Nada.

Jamie consiguió superar aquel día, pero siguió sin noticias de Alex al día siguiente y al siguiente.

Jamie se pasaba casi todo el día cancelando citas e inventándose historias para cubrir su ausencia por teléfono. Alex estaba perdiendo dinero, clientes y contratos. Seguramente no le importaba, teniendo una empresa multimillonaria, pero de todas formas no era bueno. Y, a juzgar por la cara de preocupación de Gina, esto no era normal.

Tampoco estaba en casa. Jamie no vio ni su coche ni a él. Al llamar a su puerta no obtuvo respuesta. Tenía llave de su casa, pero no se atrevía a usarla. Se encontró una mañana con Murray y este le dijo que Alex le había pedido que siguiera cocinando para ella pero que ya lo contactaría cuando necesitara algo más.

El viernes, a la hora de comer, Jamie habló con Gina. Intentó sacar el tema como algo casual.

–¿El señor Reid se ha puesto en contacto contigo?

Gina meneó la cabeza.

–No responde al teléfono. No sé nada de él. ¿Qué está pasando? ¿A ti te ha dicho algo?

–Solo que iba a estar fuera. –Jamie se quedó mirando su sándwich, se negaba a mencionar nada sobre la visita del hermano de Alex o sobre los comentarios tan poco profesionales que ella había hecho. Había sido idiota por tratar de sugerir algo sobre Alex y su familia. No era asunto suyo.

–Es increíblemente raro. –Gina arrugó su servilleta–. ¡El trabajo lo es todo para él! No había faltado a trabajar ni un solo día en todos los años que llevo aquí. Joder, ha venido aún cuando estaba vomitando.

–No sé cuándo va a volver. Solo me dijo que cogiera las llamadas y le cancelara las reuniones. –Jamie se encogió de hombros y jugueteó con su ensalada.

–Creo que pasa algo en su familia. –Gina se acercó—. A ver, Mark estuvo el otro día en la oficina. ¿Y luego Alex desaparece? –Meneó la cabeza—. No tiene sentido.

Sonó la alarma del móvil de Jamie. Ella miró y tragó.

–Sea lo que sea, espero que esté en la oficina cuando volvamos –dijo—. Programó una reunión con una gran empresa de inversores de los gordos hace cosa de dos meses y es esta tarde. Va a perder más de un millón de dólares si no aparece.

Gina se puso pálida y abrió mucho los ojos.

–¡Mierda! No creo que Alex no se presente –dijo, sonaba como si quisiera convencerse tanto a sí misma como a Jamie—. Vive para ganar dinero. Por nada del mundo se perdería un contrato así.

Siguieron comiendo un rato en silencio.

–Creo que voy a volver a la oficina. –Jamie tiró a la basura su ensalada a medio comer.

–Tal vez deberías llamarlo –dijo Gina—. Solo para asegurarte de que venga.

Jamie ya lo había llamado varias veces, aunque solo desde el teléfono de la oficina, no desde el personal. Lo sacó.

–Lo intentaré.

Gina soltó el tenedor y este tintineó sobre le plato.

–Yo también le voy a mandar un mensaje.

Dio igual. Alex no le respondió a ninguna de las dos.

–Me voy a la oficina para prepararme. –Jamie se puso el abrigo.

Gina asintió.

–Yo lo seguiré intentando en su móvil. También voy a ver si alguien de la oficina sabe algo de él, sin alarmar. Te lo prometo, no haré que ningún empleado se preocupe.

Jamie asintió.

–Vale. –Se soltó el moño alto que llevaba y dejó escapar el aire con un temblor. Era una reunión demasiado importante para cancelarla—. Más me vale prepararme para salvarle el culo a Alex.

Hora y cuarto después, Jamie estaba respirando para tranquilizarse. Gina había hecho pasar a los inversores a la sala de reuniones y aún no se sabía

nada de Alex. *Voy a tener que hacerlo yo, ¡mierda!* Lo había repasado miles de veces, aprendiéndose de memoria todas las estadísticas y datos. Desde luego, en su momento lo había preparado con Alex para que todo saliera perfecto, pero eso ahora no importaba. No podía meter la pata. Revisó su aspecto una vez más en el espejo para asegurarse de que su blusa no estuviera arrugada ni que tuviera un solo pelo fuera de lugar. Luego entró en la sala de reunión.

Diez hombres con trajes de diez mil dólares cada uno estaban sentados alrededor de la mesa y no estaban nada contentos, la impaciencia se leía en sus caras. Todos eran como Alex, hombres que no estaban acostumbrados a esperar. Mientras caminaba a lo largo de la mesa, Jamie se obligó a parecer tranquila e indiferente. Definitivamente no estaban en la mejor disposición para invertir y ella tenía que cambiar eso. Les ofreció una sonrisa agradable, demostrando toda la autoridad y elegancia de la que fue capa.

–Bienvenidos, señores.

Tres horas más tarde, Jamie caminaba por su piso intentando calmar los nervios con un vaso de whisky con hielo. No le servía de mucho. Odiaba hablar en público, pero había tanto en juego que no había tenido otra opción. Ahora lo único que quería era esconderse en su habitación y emborracharse. Emborracharse mucho.

Se quitó los zapatos y la falta y la tiró contra la pared.

–¡Capullo! –gritó en la habitación vacía.

Tomó otro trago del líquido ardiente y se desabrochó el primer botón de la blusa. Había salido viva de la reunión y con un poco de suerte había convencido a los inversores para que se quedaran con Alex. Si al final no lo hacían no sería culpa suya. Ella no era quien había salido corriendo para esconderse. Ella había dado la cara y lo había intentado, ¿no?

Unos golpecitos en la puerta fueron la respuesta. Jamie se giró y se balanceó hasta la entrada para abrir, obligándose a sonreír. Murray se había encontrado con ella cuando volvía de trabajar, la vio hecha polvo después de la reunión y del horrible día. Quizás venía para ver cómo estaba.

–Estoy bien, Murray –dijo mientras abría, olvidando que solo llevaba puesta la blusa. Miró hacia abajo en pánico y tan solo abrió una ranura para asomar la cabeza–. Estoy bie...

Las palabras se le quedaron en los labios al ver a Alex. Su sonrisa desapareció.

–¡Tú! –Mirándolo con odio, abrió la puerta por completo y le dio fuerte con el dedo en el pecho–. ¿Dónde demonios te has metido? –Salió y volvió a darle con el dedo en los fuertes pectorales–. Estaba preocupada por ti. ¡Gina estaba preocupada por ti! Tenías una reunión importantísima hoy y no había manera de encontrar tu maldito trasero. ¿Te das cuenta...

–Lo sé –Alex la interrumpió. Sus ojos bajaron sobre el cuerpo de ella y luego subieron despacio. Tragó con dificultad antes de encontrarse con los ojos chispeantes de Jamie–. ¿Puedo pasar?

–Ya puedes darme una buena explicación –gruñó Jamie. Se cruzó de brazos y entró con pasos golpeados al piso.

Alex miró a su alrededor con una sonrisa.

–Cualquiera diría que te mudaste ayer –bromeó–. No tienes ninguna decoración.

–Nunca tengo invitados, así que eso da igual. –Jamie agitó la mano y caminó con determinación hasta la barra para acabarse el whisky ridículamente caro que sabía a basura. Se sirvió otro vaso y no le ofreció a Alex a propósito–. Vengo a dormir, así que da igual el aspecto que tengan las paredes, no las miro cuando estoy roncando. –Sacudió la cabeza y lo señaló con el dedo–. No quieras escaquearte; ¿dónde estabas?

Alex se sentó en el sofá.

–Tenía que irme unos días –dijo sin más y extendió un brazo sobre el respaldo, cruzando el tobillo sobre la rodilla–. Para arreglar algunas cosas. Fui a Hamptons.

¿A los putos Hamptons? ¿De verdad?

–¿Por qué no se lo dijiste a nadie? –Jamie sacó dos hielos del congelador para su bebida–. Te podían haber asesinado o algo así, daba igual, como no sabíamos nada...

–Lo siento –dijo, intentando no sonreír mientras la miraba. Jamie vio el movimiento en las esquinas de su boca y se puso furiosa–. No fue justo, pero yo solo...

–Tenías que marcharte, lo sé. –Jamie se fijó en el aspecto de Alex; por primera vez no era inmaculado. Olía a perfume y tenía una mancha muy clara de pintalabios en el cuello de la camisa. La rabia volvió a apoderarse de ella–. Con una chica, al parecer –soltó.

Alex tuvo el detalle de parecer avergonzado.

–No es asunto tuyo. –Suspiró–. Necesitaba... compañía.

–Sí, eso ya lo veo. –Jamie le dio un buen trago a su copa, quemaba con fuerza al pasar por la garganta. Se negó a toser–. Apesta a perfume barato. Así que sí es asunto mío si entras en mi piso.

–No tienes derecho a enfadarte conmigo porque haya buscado... la compañía de una señorita –dijo Alex.

¿La compañía de una señorita? ¿Qué cojones era eso? ¿Es que vivimos en el siglo XIX?

–¡No me importa! Acuéstate con una Barbie si quieres, Alex. Fóllatelas a todas, ¡me da igual! –Su cara ardía–. Lo que sí me importa es que no te molestes en responder las llamadas. Yo no soy dueña de una empresa multimillonaria, pero ya puedes besarme el culo si crees que dejándome a mí al mando no vas a tener efectos catastróficos.

¡Chúpate esa, capullo!

–Así que hazme un favor y despídeme, porque...

–Tu puesto de trabajo nunca ha peligrado, Jamie –Alex la interrumpió y le ofreció una ligera sonrisa, pero no de las que llegan hasta los ojos–. Yo soy el único responsable de que la reunión se haya ido al carajo.

Jamie arqueó una ceja.

–¿Tan mal crees que ha ido?

–Siempre han sido muy duros de pelar, Jamie. No te culpes demasiado. Ni siquiera estoy seguro de que yo hubiese podido obtener el millón.

–¿De verdad no piensas que tú lo habrías logrado?

La hacía sentirse mejor que él no estuviera seguro de sus propios resultados. Espera... ¿Ha dicho solo un millón? Jamie bebió un poco más. Le daba vueltas la cabeza. Quizás empezara a subírsele el alcohol. De pronto quería echarse a reír.

–No. –Alex meneó la cabeza con un suspiro, de pronto parecía exhausto–. Ya encontraremos más inversores, no pasa nada.

–¿Vamos a necesitar más inversores?

–Joder, claro. Nuestros clientes han dejado muy claro que quieren al menos un millón de dólares de los inversores, no de mi dinero, solo así firmarán. Porque tú no conseguiste un millón de dólares, ¿verdad?

–No –admitió Jamie dejando caer la cabeza. Rápidamente la levantó y sonrió–. Conseguí dos.

Por un segundo Alex se quedó mirándola confundido, luego su cara mostró una amplia sonrisa.

–¿Has conseguido dos millones?

Jamie asintió, mareada por la bebida. Se recostó sobre la barra.

–Tengo grandes dotes de convicción. –Se rió.

Él la miró arqueando las cejas, sus ojos la recorrían hambrientos.

–En eso tienes mucha razón.

Jamie lo miró y se enderezó de golpe. Estaba tan enfadada que se le había olvidado que lo único que llevaba puesto era su blusa blanca y unas bragas negras. Se puso detrás de la barra para esconderse y para que pareciera como si todo lo hubiese planeado. Sacó un vaso de cristal y sirvió una copa para Alex.

Él caminó hacia ella, quedándose a su lado mientras levantaba el vaso para brindar.

–Eres la mejor asistente personal que he tenido.

–Soy la única asistente personal que has tenido –dijo riéndose.

Él bebió un poco e hizo un ruido gutural con el que lo admitía.

–Aunque hubiese tenido cien asistentes personales tú seguirías siendo mi preferida.

Jamie sonrió.

–Tienes suerte de que no te pida un aumento, señor Reid.

–Mereces un aumento tras esta semana –murmuró Alex–. Ni siquiera sé cómo voy a agradecértelo. –Sus ojos parecían decir que se le ocurrían un par de formas, pero no las iba a mencionar en voz alta.

–Deberías esperar a volver a la oficina antes de decidir nada –dijo ella–. Una reunión buena no significa que tu empresa no haya perdido dinero mientras no estabas. Muchas cosas salieron mal y estoy segura de algunas de ellas solo tú las puedes arreglar. –Sacudió la cabeza–. Sinceramente, creí que todo se iba a ir a la porra mientras no estabas. Las cosas se estropean cuando no está el jefe.

–No veo por qué –dijo Alex mirándole el escote–. Después de todo, casi nunca faltó a la oficina.

Jamie arqueó una ceja.

–¿Nunca te vas de vacaciones?

Su cara ardía mientras los ojos de Alex le provocaban calor en la tripa, mucho más calor que el whisky.

Él negó despacio con la cabeza.

–Nunca he sentido necesidad de hacerlo. Adoro mi trabajo.

–Ya, pero debes cansarte –Jamie tragó con dificultad.

Alex meneó la cabeza.

–Para nada.

Jamie evitó recordarle que había tenido que contratar a una asistente porque ya no podía hacerlo todo solo.

–Guau, me impresionas. –Le dio la vuelta a la barra–. Perdóname un momento.

Caminó deprisa hasta el dormitorio y cogió el pantalón de pijama que había sobre la cama. No podía seguir hablando sin pantalones. ¡Vaya si eso era poco profesional!

Volvió.

–Lo siento.

Jamie sabía que se estaba sonrojando y mucho. Sentía no solo la cara sino también las orejas como si estuvieran en llamas. Pasó rápido hacia el sofá y el borde de la pierna del pantalón de pijama se le quedó atascado. Tropezó, dio un paso y cayó de cara en el suelo. Se dio en un brazo contra la esquina de la mesita y en seguida sintió dolor. *¡Mierda! Va a pensar que me he caído por él.*

–¿Estás bien? –Alex se agachó para ayudarla.

–Sí. Solo me he tropezado, estúpidos pies.

Cuando él la levantaba, el pie de Jamie se enredó en los pantalones y, para su desgracia, sintió cómo se le bajaban hasta os muslos. *¡Joder, perfecto!*

Se apartó y se levantó rápido los pantalones.

–Lo siento –tenía una risa nerviosa–. Por algún motivo estoy realmente patosa esta noche.

Quizás porque he adelgazado dos tallas y aún no he ido a comprar ropa. Nada que ver con los dos vasos y medio de whisky. Para naaaaaada.

–No hace falta que te disculpes, Jamie. –La voz de Alex estaba cargada de deseo. Se aclaró la garganta–. ¿Cómo está tu brazo?

Jamie se miró el antebrazo y se dio cuenta de que se había cortado y estaba sangrando. Le dolió al cortarse, pero antes muerta que admitirlo ante Alex.

–Está bien –dijo–. Casi no me duele.

–Tiene mala pinta –Ales se levantó y fue hacia ella–. Siéntate en el sofá. Deberíamos limpiarlo y ponerle una gasa.

–No tengo botiquín de primeros auxilios –murmuró Jamie–. Estoy bien, de verdad. Pásame un trapo de cocina, con eso bastará.

–Es la ventaja de ser vecinos. –Alex sonrió con malicia–. Yo sí tengo botiquín–. Sacó el móvil del bolsillo y escribió algo rápido, luego volvió a guardarlo–. Murray viene hacia aquí con él.

–Estoy bien, de verdad. –Jamie se preguntaba si se le patinaban las palabras–. No deberías haber molestado a Murray.

–Bueno, ya le he mandado un mensaje. –Alex le relleno el vaso de whisky–. No querrás que le mande otro para decirle que no ha servido de nada que buscara el botiquín, ¿no?

Jamie se mordió el labio, el brazo le dolía horrores. Odiaba tener que molestar a Murray.

–Ya te he dicho que estoy bien –repitió.

–Jamie, es obvio que te duele. No quiero que te duela. –La fachada profesional de Alex se desvaneció para mostrar el deseo que había debajo. Sin embargo, en un abrir y cerrar de ojos, esa fachada estaba allí otra vez–. Necesito que estés al 100% en el trabajo.

–Claro.

Jamie deseaba poder controlar sus expresiones faciales tan bien como las controlaba Alex. Estaba segura de que se le notaba perfectamente lo atraída que se sentía hacia él. *Idiota, él está con otra mujer. Ya ha pasado página contigo, eso suponiendo que en algún momento haya sentido algo por ti. Ni siquiera tenía nada que superar respecto a ti. ¿Cuándo vas a aprender?* Jamie apretó la mandíbula. Tendría que ser más sensata, no enamorarse de su jefe cuando todo entre ellos había acabado oficialmente.

Alex le pasó un vaso y un trapo de cocina y luego se sentó enfrente de ella.

–No quiero se indiscreto ni nada así, pero ¿te puedo hacer una pregunta personal?

Ella asintió y le dio un trago rápido a la copa para apagar las mariposas que se habían vuelto locas en su estómago.

–¿Puede ser que estés más torpe porque has adelgazado y llevas ropa dos tallas más grande?

Jamie se sonrojó. ¿Era esa su pregunta personal? ¿Tan obvio era? Debería ofenderse porque él le preguntara algo así, pero no parecía que se burlara ni nada por el estilo. Tan solo parecía preocupado. Lo cual la hacía sentirse culpable y le impedía enfadarse con él.

–No he tenido tiempo de ir de compras. He tenido una semana un poquito ocupada. –Hizo una mueca al notar que lo había hecho sonar como si fuera

culpa de él que no hubiese podido ir a comprar.

–¿Y si te llevo de compras mañana? –Alex sonrió de oreja a oreja, como si estuviera muy complacido consigo mismo–. A la hora de la comida.

Puedes comprarte lo que quieras y yo pago.

–Una oferta muy generosa, pero no la veo apropiada para un jefe y su asistente personal –dijo Jamie–. Además, ¿no se molestará tu nueva novia si te vas de compras con otra mujer?

Aunque te baste con enseñarle una foto mía y asegurarle que su pequeño trasero talla treinta y cuatro no debe temer ante chicas con las que sales por pena. ¡Mierda! Estoy borracha. Jamie se puso la mano en la boca, intentando evitar que salieran más estupideces de allí.

–Estuve en Hamptons con una buena amiga –dijo Alex–. La conociste cuando nos encontramos el día de tu cumpleaños. Annette, ¿te acuerdas de ella?

Joder, que si la recuerdo.

–La mancha de pintalabios en tu cuello dice que sois más que amigos. – Jamie se tapó la boca con un golpe.

Alex emitió una risa ligera.

–*Touché.*

–Te aseguro que sí que le importaría que me lleves de compras. Además, no necesitamos que haya más rumores en la oficina sobre lo bien que nos llevamos.

Una chispa peligrosa surgió en los ojos de Alex.

–Créeme, ya no habrá más rumores sobre nuestra relación. Y respecto a Annette, sé que no le importará. Ya está en New Jersey con otro amigo con derecho a roce. –Arqueó una ceja y apoyó la espalda en el asiento, mostrándole una sonrisa triunfal–. Es perfectamente apropiado llevar de compras a tu asistente personal cuando la cuestión está relacionada con el trabajo. –Su sonrisa se amplió–. Después de todo, vas a necesitar ropa adecuada para las nuevas responsabilidades que vas a tener en la empresa.

–¿Nuevas responsabilidades?

–Sí. –asintió–. Creo que te he subestimado y pienso arreglarlo cuanto antes. No se preocupe, señorita Connors, también tendrá un aumento de sueldo. Uno muy justo. Después del brunch de negocios que voy a ofrecer en un par de días, empezaremos a planificarlo todo. Si no me equivoco, en su agenda tiene usted algunos compromisos con su hermana. –Revisó su

iPhone—. Sip. Estás ocupada, pero de todas formas hay un aumento de sueldo en tu futuro.

Jamie sonrió y se echó hacia atrás en el sofá. Hizo una mueca cuando el corte rozó contra el trapo de cocina. Le encantaba la idea del aumento de sueldo, pero el cumplido de Alex le gustaba aún más. Empezó a hablar cuando Murray llamaba a la puerta con el botiquín.

—Suenas muy bien, señor Reid. Creo que sí puede llevarme de compras. Él le indicó que permaneciera sentada. Se levantó y abrió la puerta.

—No sea que te caigas otra vez.

Ella asintió y disfrutó de las vistas mientras él caminaba dándole la espalda.

Alex habló bajito con Murray en la puerta y le dio las gracias antes de cerrar. Luego volvió y se arrodilló frente a Jamie.

Ella sonrió y se dio cuenta de que estaba borracha. Veía a dos jefes espectacularmente guapos frente a sus ojos. ¿Y lo divertido que sería irse a la cama con los dos? Uno para su boca y el otro para ella. Se echó a reír ante la imagen que tenía en mente.

—¿Algo gracioso? —preguntó Alex mientras cogía el trapo de cocina.

Jamie movió el brazo un poco hacia a la derecha y, riendo otra vez, lo retiró de Alex. Luego empezó a dibujar circulitos sobre la mano de él.

—A que no me atrapas —canturreó.

Él atrapó fácilmente su muñeca y se acercó para posar la boca sobre la parte más sensible de la piel de Jamie, en el punto en el que se notaban los latidos del corazón. Su aliento cálido le erizó la piel del antebrazo, mientras los labios de Alex se abrían para dejar a la lengua pasearse sobre la vena.

Jamie contuvo la respiración. Era lo más sensual que le habían hecho nunca. Si él la miraba tan solo una vez más con aquellos ojos de dormitorio, estaría perdida. Estaba dispuesta a cargar con las consecuencias del día siguiente.

Alex le dio la vuelta a su muñeca y Jamie se lo imaginó haciéndole lo mismo sobre el sofá. Se le aceleró el pulso y se le escapó un ligero gemido. Observó el movimiento de la nuez de él mientras tragaba con dificultad y apartaba la cabeza para curarle la herida.

—No es profunda, pero sí bastante larga —susurró Alex y abrió el botiquín con la mano izquierda. Apoyó la mano de Jamie sobre su rodilla para poder sacar las cosas del botiquín.

Jamie lo miraba, incapaz de hablar. Tan solo podía asentir con la boca ligeramente abierta.

Alex abrió un paquete de gasas y las puso sobre la herida para limpiar la sangre. Luego cogió otra gasa y le echó desinfectante.

–Para que no se infecte –murmuró.

Buscó entre las tiritas hasta encontrar las dos más largas y se las puso con cuidado. No miró a Jamie a la cara ni una sola vez.

A ella no le importaba, le daba valor para mirarlo sin disimulo.

–Gracias –Jamie iba a retirar la mano pero él se la sujetó.

–Una cosa más –dijo mientras cogía el vaso para sacar un cubito de hielo.

Se lo pasó a Jamie sobre la piel y luego usó el trapo de cocina para secar el hielo derretido.

Jamie tembló de placer. Juraba que si él le pasaba el cubito de hielo por la piel una vez más tendría un orgasmo sin que él hubiese rozado siquiera sus bragas, que probablemente estaban más mojadas que el hielo sobre su piel.

Alex la secó con delicadeza una vez más y lanzó el trapo hacia el baño, donde cayó justo del otro lado de la puerta.

La mirada de Jamie pasó despacio del baño a Alex.

Fue como si por un momento, el tiempo se detuviera. Ella no era más que una chica y él, él no era un chico sino un hombre. Sin títulos profesionales, sin inseguridades, sin restricciones, sin presión. Nada, tan solo ellos dos.

Los ojos azules de Alex se movían mientras miraban los de ella. Tenía unos diminutos puntitos marrones en la parte azul, era difícil verlos, salvo que estuvieras así de cerca. Él no se movía.

Los muslos de Jamie temblaban. *¡Tócame, por favor!* Jamie iba a explotar si él no la tocaba o quizás explotara si lo hacía. Los segundos pasaban. Ella se negaba a apartar la mirada y él también, incluso cuando ella se pasó la lengua por el labio inferior y luego se lo mordió. Jamie tragó y apretó los labios.

Alex acercó la cabeza y sus pestañas bajaron despacio. Seguía mirándola aún a través de las pestañas. Sus labios rozaron los de ella.

Muy ligeramente.

Podría haber sido el viento.

Jamie juraba que había sentido el roce mínimo de la barba empezando a crecer sobre su labio, pero quizás lo hubiese imaginado. Olía su colonia mezclada con perfume de mujer, se le había metido tanto en la nariz que casi

podía saborearla. Cerró los ojos y esperó a que los labios de él reclamaran los suyos y los tomaran.

Pero no ocurrió.

El clic del botiquín cerrándose la hizo abrir los ojos.

–Debería volver a mi piso –dijo Alex aclarándose la garganta–. Necesito una ducha desesperadamente.

Me ducho contigo. El momento había pasado. No volvería más.

Jamie se apartó de él de un salto.

–Sí, puede ser buena idea. –Levantó el brazo–. Gracias por curarme, jefe.

Él asintió y se puso de pie.

–De nada. Gracias por, eh, por cubrirme esta semana. No volverá a ocurrir.

¿Qué parte? ¿Lo de desaparecer o lo de largarse dejándola caliente y sin respiración?

–Genial.

Alex caminó hasta la puerta y dudó antes de abrirla.

–¿Estamos bien? –le preguntó con una inseguridad muy clara en la voz.

Él la necesitaba como asistente personal y no como un rollo de una noche. Ella lo entendía perfectamente.

–Estamos bien. –Se obligó a sonreír–. Te veo mañana en la oficina.

–Por supuesto. –Alex salió y volvió a asomar la cabeza un segundo después–. No olvides que nos vamos de compras. –Miró hacia abajo–. Lo siento, no incluiré pijamas.

Se echó a reír y cerró la puerta antes de que ella le lanzara un cojín.

Pensar en comprar ropa de cama con Alex era como un sueño que la dejó sin aliento e inquieta aún mucho después de haberse ido a la cama.

Capítulo 5

Jamie suspiró contemplando la ropa que Alex le había comprado. No tenía ni idea de cuánto habían gastado. Él no la dejaba ver las etiquetas de precio en las tiendas. A cambio, ella se negó a dejar que le comprara ropa que no fuera para trabajar, aunque él lo intentó una vez. Jamie acabó con trajes nuevos, blusas de seda, vestidos adecuados para la oficina que la hacían parecer la directora general y no una simple asistente personal. Él le dijo que quería que se viera como una mujer poderosa y guapa al mismo tiempo. Le iba a pedir que se encargara de más reuniones de trabajo y quizás también que paseara a las mujeres de algunos de los clientes si le apetecía.

–Mi única condición es que tengo que aprobar tu ropa –dijo Alex–. Lo último que necesito es que estés tan sexy que los hombres se fijan más en ti que en las negociaciones o que las mujeres se pongan celosas.

Como si existiera ropa que pudiera hacerla lucir sexy. De todas formas, Jamie apreciaba el cumplido. Él había sido muy profesional a la mañana siguiente, a pesar del beso imaginario, y ella lo agradecía. Le preguntó por el corte en el brazo, nada más. ¿Cómo había logrado despertar sin resaca?... Quizás fueran las hormonas, que absorbieron todo el alcohol al no haber obtenido lo que querían.

Jamie miró el reloj y soltó una palabrota. Tenía que ver a Christine para revisar una vez más la colocación de los invitados en las mesas y ya llegaba tarde. Cogió unos vaqueros viejos y una camiseta y se los puso, ajustándose el cinturón en el último agujero para que no se le cayeran los pantalones. Se puso unas chanclas de dedo y se recogió el pelo en una coleta, luego se preparó un batido de proteínas para desayunar. Menos mal que el día anterior lo había comprado, porque no le daba tiempo de tomar un desayuno de verdad. Alex había insistido para que se tomara el día libre y luego Christine insistió en que quedaran casi al alba para pasarse todo el día organizando la boda. Sinceramente, Jamie no sabía qué quedaba aún por organizar. Parecía que la organización no se fuera a acabar nunca. ¡Bendito café!

Jamie puso el batido en un vaso de plástico para llevar y cogió dinero para comprarse un café de camino a casa de su hermana. Se preparó para pasar un día interminable al subir en el coche.

Aunque no iban a salir de casa en todo el día, Christine saludó a Jamie en una blusa de diseñador y pantalones negros perfectamente planchados. Llevaba un moño alto y los labios ligeramente maquillados.

Jamie sintió ganas de poner los ojos en blanco. Cenicienta se había presentado con un atuendo inadecuado para el baile, otra vez.

–Llegas tarde –se quejó Christine mientras la dejaba pasar–. Pero supongo que tendré que dejarlo pasar–. Suspiró con dramatismo y luego miró a Jamie con aire crítico, haciendo una mueca de asco al ver el batido–. De verdad, Jamie, al menos podrías intentar seguir el régimen– dijo Christine quitándole el batido de las manos–. ¿Un batido por la mañana? ¿Cómo se te ocurre?

–Es un batido de proteínas –dijo Jamie, pero Christine ya caminaba hacia la cocina para verter el líquido en el fregadero.

Jamie miró a su alrededor y se alegró de no ver por ahí a Stephen.

–Venga –dijo Christine, dejando el vaso vacío en la encimera–. Te conozco, Jamie. Tú no beberías algo sano ni que te mataran. Algo que acabaré haciendo como sigas así.

El estómago de Jamie gruñó. Tan solo había bebido unos cuantos tragos de camino y sabía que en breve estaría muriéndose de hambre. Se bebió el café despacio, con la esperanza de que la llenara. Su hermana lo hacía con la mejor de las intenciones, estaba de los nervios por una boda que no se debería celebrar. Su futuro marido era un capullo.

–¿Qué quieres que hagamos primero? –preguntó Jamie, sentándose en el sofá de cuero negro, mirando el que solía ser su apartamento.

A diferencia del estilo ahorrador que tenía el piso con ella, con sofás de segunda mano y cuadros de artistas locales, Christine y Stephen lo habían decorado en un estilo pseudo intelectual. El televisor estaba escondido en un armario de madera oscura y había estanterías en todas las paredes con libros encuadernados en piel. Reproducciones de cuadros famosos adornaban las paredes y había una falsa chimenea en uno de los lados del salón; sus llamas bailaban y proyectaban figuras en la mesa de centro de caoba. Daría la impresión de que ahí vivía gente inteligente y con carrera, hasta que mirabas los libros y te dabas cuenta de que ninguno de los lomos estaba desgastado. Christine se pasaba la mayor parte del tiempo mirando revistas de cotilleos y

Stephen solo veía deporte en su tiempo libre. Su decoración era tan falsa como sus personalidades. Jamie se reprendió por tener esos pensamientos. No era su vida, así que no tenía por qué juzgar.

–Creo que deberíamos repasar los sitios en las mesas –dijo Christine, dejando una carpeta sobre la mesa de centro como si se tratara de una reunión de trabajo–. No sé a quién sentar con quién. Además, va a ser raro que en la mesa principal solo haya un padrino. Así que he pensado que voy a juntar a toda la gente que pueda poner junta. –Se quedó callada un momento para recordarle a Jamie que no estaba cumpliendo con sus obligaciones de dama de honor y que, por lo tanto, tenía que renunciar a dicho papel.

–No pensemos en mí, ¿qué tal si nos concentramos para ver cómo sentamos a la gente? –Jamie se obligó a sonreír, sabía exactamente lo que su hermana estaba pensando.

–Como quieras, chica del batido –Christine hizo una mueca y sacó el diagrama de las mesas. Había escrito el nombre de Jamie a lápiz en una mesa escondida en una esquina, no en la mesa principal, donde iba a cenar la familia. Las letras eran tan grandes que el nombre de Jamie ocupaba dos sitios.

Jamie se tragó la rabia. *¿En la mesa de los niños? ¿De verdad?*

En ese momento Stephen salió del dormitorio al final del pasillo, iba vestido con tanta perfección y tan estirado como Christine. Llevaba un traje de mil dólares y corbata.

–¿Has hecho café, Christine?

–Está en la cafetera, amor. Recién hecho. –Christine le ofreció una sonrisa de lo más dulce.

–Gracias, cari. –Stephen levantó la mirada y les sonrió a las dos, pero la sonrisa desapareció en cuanto la atención de Christine volvió a la lista de invitados. Entonces miró a Jamie con odio–. Estaré en la habitación si me necesitas, Christine.

–Vale, cari –dijo ella. En cuanto Stephen desapareció, Christine miró a Jamie con ojos acusadores–. ¿Qué narices le has hecho? –siseó–. No lo había visto tan incómodo en toda mi vida.

–¡No he hecho nada! –dijo Jamie a la defensiva.

Y era verdad. Tan solo había estado en el lugar equivocado a la hora equivocada, pero ella era la víctima. Enderezó la espalda. *¡No soy ninguna víctima!* Él podría tener al menos la decencia de disculparse o de parecer que lamenta sus acciones. Desde luego no mostró vergüenza alguna cuando

empezó a acostarse con su hermana. Jamie no imaginaba por qué iba a ser distinto ahora.

–Bueno, sea lo que sea, tienes que disculparte con él –dijo Christine–. No puedo permitir que mi dama de honor haga enfadar al novio, ¿no?

–No he hecho nada, ¡te lo juro! –¿Entonces volvía a ser la dama de honor de Christine? Pensaba que le había quitado ese papel. Se habría echado a reír si no le molestara tanto que Christine le dijera que tenía que disculparse con Stephen.

Christine sonrió con indulgencia.

–Estoy segura de que, por muy vulgar o maleducado que haya sido lo que has hecho, creías que era perfectamente normal, Jamie. Pero eso no significa que todas las demás personas con buen gusto tengamos que aceptar comportamientos de bárbaros.

Jamie cerró los ojos y contó hasta diez.

–No le he hecho nada –dijo, rechinando los dientes–. No tengo que disculparme por nada. Y no me hables así. Soy tu hermana.

–No me importa lo que creas que has hecho o no –dijo Christine–. Es obvio que has hecho algo y no voy a permitir que me estropees la boda. Así que o le pides perdón o... o...

–¿O qué? ¿Vas a volver a privarme de la preciada posición otra vez? – Jamie se cubrió la boca sorprendida. ¿Por qué estaba burlándose de su hermana? Ahora iba a sacar las garras y enseñar los dientes.

Christine frunció el entrecejo y la cara se le puso roja.

–¡Putra vaca estúpida! Te crees mejor que nadie, ¿no? Pues si la has jodido vas a pedir perdón.

De pronto, los meses de rabia y resentimiento acumulados hirvieron dentro de Jamie y no pudo contenerse.

–¿Así que soy estúpida? –gritó–. No quiero ser tu maldita dama de honor, ¡para que lo sepas! ¡Y tu futuro marido es un capullo! ¡Eres idiota por no verlo! ¡Dejemos que Scarlet disfrute tu constante coñazo por teléfono y tus numeritos nerviosos porque yo paso! ¡Paso, paso! –Jamie deseaba soltar todo sobre Stephen y sus canalladas, pero consiguió morderse la lengua. Necesitaba comida. Necesitaba que su hermana estuviera de su lado. Pues bien, ¡ya podían irse todos a la porra!

–¡Bien! ¡Ya le dije a mamá que no lo lograrías –soltó Christine–. Tienes suerte de que te deje venir a la boda, ¡zorra envidiosa y desagradecida!

–¿Envidiosa? –replicó Jamie sin poder creer que su hermana pensara que le tenía envidia.

–¡De mi marido! –Christine se señalaba el pecho con un dedo–. ¡Te encantaría estar aún con él!

–No, ni de coña. –Meneó la cabeza–. Ni en un millón de años. Christine ya no la estaba escuchando.

–Para empezar ni siquiera quería que formaras parte de la boda, especialmente cuando está tan claro que no me quieres lo suficiente como para arreglar tu estúpido problema de peso. ¿De verdad es mucho pedir que dejes de atiborrarte como si fuera a llegar el Apocalipsis? Sinceramente, Jamie, ¿por qué iba yo a querer que una ballena gelatinosa como tú me estropearas las fotos de la boda?

–¡Qué cabrona eres! –Jamie tenía lágrimas en los ojos cuando se levantó.

–¡Fuera de aquí! –gritó Christine.

–Me alegro de no tener que pringarme más con tu chorrada de boda, Christine –dijo Jamie bajito–. Stephen y tú os merecéis el uno al otro. No te imaginas cuánto. –Caminó enfadada hasta la puerta y dio un portazo mientras Christine seguía gritándole palabrotas.

Capítulo 6

Jamie esperó a subir al coche para dejar que se le rodaran las lágrimas. No era su intención gritarle así a su hermana. Simplemente se había ido llenando y llenando hasta reventar. Era como si la misión de Christine en la vida fuera hacer que su hermana mayor se sintiera como si no fuera nadie. Había intentado adelgazar y lo estaba logrando. ¡Tenía un armario lleno de ropa nueva que lo atestiguaba! No sentía celos en absoluto de que Christine fuera a casarse con Stephen. O quizás sí. Pero no por Stephen, sino porque su hermana pequeña se casara antes que ella. “De todas formas, ese matrimonio no va a durar”, se dijo y se sintió fatal por condenarlo incluso antes de que se dieran en “sí, quiero”.

Por mucho que le dolieran los comentarios de Christine, Jamie debía admitir que se sentía aliviada. Estaba harta de las crisis de Christine, del trabajo que le daba y de los comentarios agresivo-pasivos sobre su peso. No quería ni pensar en lo mucho que la iba a odiar su madre, pero de pronto Jamie se sentía al fin como si pudiera respirar por primera vez desde que Christine y Stephen anunciaron su compromiso.

Se secó las lágrimas con el dorso de la mano y arrancó el coche. De pronto tenía el día libre y si se quedaba llorando en el coche acabaría encontrándose con su madre o con Stephen. En aquel momento no quería tener que aguantar a ninguno de los dos.

Cuando iba de camino a casa oyó que su móvil sonaba y miró quién era. Era su madre.

Apretó en seguida el botón de ignorar. Sin duda Christine ya le había contado todo y Jamie no estaba dispuesta a escuchar la charla de su madre sobre lo mucho que la había defraudado, o sobre cómo debería haberla abortado, pero el padre de Jamie la convenció para que se quedaran con el bebé. Jamie no era un error y no iba a permitir que nadie le dijera lo contrario.

Tiró el móvil al asiento trasero del coche e hizo un cambio de sentido para alejarse de su casa. Las cascadas no paraban de brotar de sus ojos. No podía ir a casa. Alex estaba allí y no quería encontrárselo en este estado. Él la juzgaría igual que había hecho su familia.

Bajó la ventanilla y dejó que el viento le secara las lágrimas. Había hecho planes para pasar el día ayudando a Christine y no tenía trabajo que hacer para Alex. Tenía tiempo libre y no pensaba desperdiciarlo llorando por nadie, ni siquiera por sí misma.

Se fue a un pequeño café perdido con decoración pintoresca y deliciosos bollos y tartas. Pidió una tortilla de verduras y café y luego se sentó en una mesa color marrón claro en el fondo del local. Era el único cliente, lo cual le parecía bien. Quería estar tranquila mientras pensaba.

Lo primero que le advirtió a su cerebro fue que no tenía permiso para pensar en Christine, ni para sentirse mal y luego llamar para disculparse. Tenía que aprender a ser fuerte. No iba a rogarle para que la dejara ser su dama de honor. Jamie sonrió, ahora ya no estaba obligada a pedirle a Christine que fuera su dama de honor cuando se casara.

Pensó en Stephen y en lo raro que estaba. Era verdad que parecía muy molesto por haberla visto, pero Stephen no tenía conciencia. Aún cuando recordara lo que había hecho al estar borracho no le importaría. Joder, probablemente hasta diría que había sido culpa de Jamie, que ella lo había provocado. Así que, ¿por qué estaba enfadado? ¿Le preocupaba que se lo contara a Christine?

No, seguro que no, porque ¿cuándo le había dado Christine la razón a Jamie antes que a él?

Jamie tenía la sensación de que Alex había dicho o hecho algo. Meneó la cabeza. Estaba paranoica. Alex era súper protector, pero de ninguna manera llegaría tan lejos como para amenazar a Stephen para que la dejara en paz.

Jamie sonrió al pensar en su sexy y rico jefe. Le gustaba pensar que la cuidaba. Le vino a la memoria la forma en la que la miraba la otra noche, cómo al tocarla encendió en ella un fuego que aún no se había apagado. Ella nunca había sido de las que mueren por el sexo. Sonrió con picardía, bueno, no mucho.

¡Para!

Alex era un jefe magnífico pero le había dejado muy claro que solo tenía un interés profesional por ella. Jamie meneó la cabeza. Ella misma le dijo que no estaba interesada. Daba igual. De todas formas no había posibilidades de

que pasara nada entre ellos dos. No saldría bien. Ella no era de las que podían estar con tíos buenos. Christine se lo había dejado muy claro.

Se comió su tortilla con calma y se obligó a disfrutar de la tranquilidad de aquel pequeño café. Durante aquellos treinta minutos no necesitó ni su móvil ni su ordenador portátil. Cuando acabó de comer ya se sentía mejor. No mucho, solo un poco.

Condujo durante una hora y luego, al no saber adónde ir, decidió ir a casa y tumbarse a leer un libro, quizás también hacer un poco de ejercicio.

Al entrar en el garaje vio que había cientos de coches bloqueándole el paso. Había olvidado que Alex le había dicho que iba a ofrecer un brunch a sus socios. No había caído en que iba a ser allí. Gruñó bajito. Solo le apetecía esconderse del mundo, pero al perecer no iba a resultar tan sencillo. Si tenía suerte podría entrar en su suite sin que nadie la viera.

Movió la mano frente al guardia de la puerta.

–Soy yo –dijo, dándose cuenta después de que el personal que Alex había contratado para el evento no la conocía–. Soy la asistente personal del señor Reid. Vivo aquí. Nada, solo voy a mi piso.

–¿Me muestra su identificación, por favor? –dijo el hombre, sacando una tabla con una lista.

Jamie le pasó la cartera con su DNI y él leyó su nombre arrugando el entrecejo.

–Lo siento, señorita Connors, pero no puedo dejar pasar a nadie que no esté en la lista de invitados.

Claro, Alex no les había dicho nada de ella. Además, se suponía que iba a estar todo el día fuera.

–Pregúntele al señor Reid, le va a decir que me deje pasar. –Miró en el asiento de atrás, pero no encontró el móvil. Jamie iba a abrir la puerta del coche, pero el hombre de seguridad se acercó para impedirselo.

–Lo siento, señorita, pero tengo órdenes muy estrictas para no dejar entrar a nadie que no esté en la lista. Si no le importa apartar su coche...

–Oye, chaval, yo vivo aquí. Pregúntale a Murray, el cocinero.

–¿A quién?

Ella levantó las manos sobre la cabeza.

–¡Yo qué sé, pregúntale al jardinero! A quien quieras. ¡Abre la reja y apártate de mi maldito coche!

–¿Jamie? –dijo una voz familiar.

Jamie suspiró. Claro, tenía que perder el control en presencia de su jefe. Por si él no pensaba ya que estaba loca. Tanto ella como el chico de seguridad miraron a Alex, que estaba con una pareja de mediana edad que llevaba ropa casual pero de diseñador, todos con cócteles mimosa en la mano y mirando el espectáculo con curiosidad.

El guardia abrió la puerta en seguida y Alex pasó caminando.

–Lo, lo siento, señor R-Reid –tartamudeó, sonrojándose hasta ponerse del color de su chaqueta–. La señorita se niega a marcharse, pero me han dicho que no...

–Sé lo que te han dicho –dijo Alex–. Yo mismo di las instrucciones.

El chico se puso aún más rojo y acribilló a Jamie con la mirada, como si por su culpa lo fueran a regañar.

–Jamie Connors es mi asistente personal. Por favor, déjala pasar.

–Claro –dijo el chico muy serio, haciéndole a Jamie una señal para que avanzara con el coche.

–Jamie, ¿por qué no te unes al brunch? –dijo Alex como si fuera lo más natural del mundo–. Nos encantaría tenerte con nosotros.

Tanto el hombre como la mujer, que al parecer estaban dando un paseo por el jardín con Alex, asintieron con una sonrisa.

Jamie les ofreció una débil sonrisa. No tenía elección.

–Claro, encantada –dijo–. Vengo en seguida, en cuanto me cambie.

Alex sonrió.

–Excelente –dijo–. Te estaremos esperando.

Jamie se puso las gafas de sol y condujo despacio hasta la casa, evitando las filas de coches aparcados y a la gente que caminaba por todas partes. Nadie le prestó atención mientras aparcaba detrás de su piso. Probablemente, quien se hubiera dado cuenta de su presencia, habría pensado que se trataba de una empleada más.

Entró a casa agachando la mirada. Corrió al dormitorio y luego al armario, desvistiéndose de camino.

¿Por qué no lo dejé comprarme ropa casual bonita? Jamie buscaba entre su ropa algo adecuado. Lo último que necesitaba era que se le cayera el pantalón en pleno brunch y tropezarse después contra algo. Ya había sido bastante malo cuando le ocurrió frente a Alex, no quería que le ocurriera frente a personas que no la habían visto desnuda ni tenían por qué verla.

Se puso unos chinos beige y una blusa rojo oscuro. Parecía que iba a ir a trabajar, pero al menos estaba cómoda y no tan estirada. Miró con ojo crítico

el resto de su ropa. Debería haberse comprado un par de vestidos.

Corrió al baño para maquillarse y soltarse el pelo.

–Así está bien –le dijo a su reflejo en el espejo. Se puso unos zapatos Mary Jane y salió con precaución, guardándose la llave en el bolsillo.

Caminó hasta la parte frontal de la casa y entró de manera casual.

Había unos cien invitados o más, todos charlando en entre el salón y el patio trasero. Estaban en pequeños grupos, comiendo bollería mini y bebiendo sidra y mimosas. Había un flujo continuo de personas entrando al salón para el buffet.

Jamie se sirvió una mimosa, estaba demasiado nerviosa para comer. *Puede que si encuentro situaciones tan estresantes como esta acabe con una talla treinta y cuatro para la boda. Si eso ocurriera podría ponerme el vestido que me diera la gana.* Sonrió y pegó un salto cuando una mano le tocó la parte baja de la espalda. Se giró esperando ver a Alex, pero se trataba de un hombre guapo al que no había visto antes.

Él le ofreció una sonrisa amplia, mientras sus ojos la miraban de arriba abajo. No era una mirada desagradable, sino más bien una que decía que le gustaba lo que veía.

–No era mi intención asustarte.

–No pasa nada –respondió Jamie con una risa nerviosa. Era muy guapo.

–No nos conocemos –dijo él–. Soy Nicholas. Fundador y CEO de Sunrise Applications.

–Sí, he oído hablar de ti –Jamie chasqueó los dedos–. Nicholas Wright. Soy Jamie Connors, la asistente personal del señor Reid.

Él le estrechó la mano.

–Encantado de conocerte, Jamie. –Volvió a sonreír–. He oído maravillas sobre ti.

Jamie le estrechó la mano y Nicholas la levantó para besársela con suavidad. Jamie sintió mariposas en el estómago, algo que no era en absoluto desagradable.

Justo en ese momento, Alex entró con dos invitados. Miró a Jamie a los ojos cuando Nicholas le besaba la mano. Jamie tuvo la impresión de que él fruncía el ceño y de que su cara se oscurecía, pero su gesto se alisó en seguida o quizás no hubiese ocurrido lo que ella creyó ver. Alex se giró para hablar con la mujer que estaba a su lado.

Jamie le dio un trago a su mimosa y le sonrió a Nicholas, prestándole atención mientras él seguía hablando.

–Cuéntame, ¿cómo una mujer extraordinaria como tú acaba trabajando para el gruñón de Alex Reid?

Jamie se mordió el labio para no reír. Pues sí que era una frase para ligar, pero eran tan pocas las veces en las que alguien intentaba ligar con ella, que se sintió halagada.

–Hay que tener un currículum excelente y necesitar trabajo. Y tú, ¿cómo creaste Sunrise Applications?

A Nicholas se le iluminó la cara. Era la pregunta perfecta para un hombre como él.

–Pues, un amigo de la universidad y yo queríamos poner un negocio juntos. Él era el típico empollón y yo el tío al que le va el riesgo. Él sabía un montón de tecnología, incluyendo lo de desarrollar aplicaciones complicadísimas para móvil. Yo había estudiado empresariales y una segunda especialidad en marketing. Así que lo lógico era que abriéramos una empresa de aplicaciones para móviles. Cosas complicadas entre bambalinas que se convirtieran en clics sencillos para los clientes.

A Jamie le encantaba escuchar las historias de otra gente sobre cómo habían llegado hasta donde estaban. Lo encontraba fascinante.

–Unos inicios muy humildes para una empresa que hoy vale cinco millones de dólares. –Jamie sonrió e ignoró las miradas descaradas que Alex le lanzaba a espaldas de Nicholas. Quería que se relacionara con los invitados, ¿no? Pues eso estaba haciendo.

–Mucho más humildes de lo que imaginas –Nicholas se rió–. No teníamos nada y debíamos nuestros préstamos para la universidad. Ni siquiera podíamos comprar comida cuando empezamos. Vivíamos a base de fideos y de la comida que nos daban nuestros padres.

Al menos vuestros padres se preocupaban. Jamie ahuyentó el pensamiento amargo. No quería más negatividad en su vida. ¿Cómo iba a avanzar si no dejaba atrás el pasado? Quizás algún día su historia fuera como la de Nicholas. Nunca se sabe.

–Cuéntame más –vio a Alex de reojo mientras este charlaba con la mujer de otro inversor. Su marido había ido por comida. Jamie lo reconoció de la reunión en la que sustituyó a Alex. Él la vio y levantó la mano para saludarla–. Lo siento, Nicholas. ¿Te importa si me sirvo algo de comer?

–Para nada. No pretendía monopolizarte. –Sonrió disculpándose–. Estás aquí para trabajar, no para escuchar la historia de mi escalada hacia la riqueza.

–Me gusta tu historia –Jamie le ofreció una sonrisa sincera–. Pero tienes razón, debería hablar con el resto de la gente. El señor Reid me lo agradecería.

Nicholas se rió.

–Estoy seguro de que Alex te aprecia. Si no es así, no olvides decírmelo, te encontraré un trabajo en mi empresa así –Chasqueó los dedos y le guiñó un ojo.

Jamie se echó a reír. Era agradable tener la atención de un hombre que no fuera complicado o que no fuera su jefe.

–Espera sentado porque tengo un buen puesto con el señor Reid. –Vio a Alex pidiendo otra copa en la barra–. Nos vemos en un rato, me encantaría escuchar el resto de la historia.

–Te tomo la palabra. –Nicholas sonrió con calidez y levantó su copa, luego se marchó hacia un grupo de hombres que charlaba.

Jamie fue al buffet y se sirvió unas cuantas cosas en el plato. No tenía hambre después de la tortilla que había comido, pero era la forma más sencilla de hacer conversación con el hombre de la reunión del viernes. Alex estaba demasiado cerca de la mujer y Jamie no quería que el inversor se llevara una impresión equivocada de él. No estaba segura, pero creía que no estaba en su área de negocios. ¿Se equivocaba?

–Hola, ¿señor Watkins? –odió que el nombre le saliera con entonación de pregunta, pero es que no estaba totalmente segura de que ese fuera el apellido de aquel hombre.

–¡Hola, señorita Connors! –Se pasó el plato a la mano izquierda para estrechar la mano de Jamie.

Jamie sonrió.

–Me alegro de verlo aquí.

–Yo también me alegro de verla. Por cierto, felicidades por su trabajo del viernes. Creo que podría venderle un submarino a un comerciante de camellos.

Jamie se rió con educación.

–Gracias. Estaba un poco tensa en la reunión, pero me alegro de que haya salido bien.

Él se echó más comida en el plato.

–Lo hizo usted extraordinariamente. El señor Reid ha sido muy listo al contratarla. –Levantó la mirada y frunció el entrecejo al ver que Alex le ponía la mano en el codo a su mujer y se acercaba a ella para hablarle al oído.

–¿Es su mujer? Me encantaría conocerla. –Jamie dejó su plato y le cogió del brazo al señor Watkins, llevando su mimosa en la otra mano. Se aclaró la garganta al acercarse a Alex—. ¡Señor Reid! El señor Watkins y yo hablábamos de la reunión del otro día. –Vio cómo Alex se echaba hacia atrás de manera abrupta y la miraba, luego miró al hombre—. ¿Tiene alguna pregunta, señor Watkins?

Que no sea por qué parece que Alex le tira los tejos a su mujer y por qué ella parece disfrutar dicha atención.

–No. Hizo usted un trabajo extraordinario, señorita Connors. Pero aún no estoy seguro si invertir. –El señor Watkins se quedó mirando a Alex y luego clavó los ojos en su mujer.

–¡Usted debe de ser la señora Watkins! –Jamie le ofreció la mano y le sonrió a la mujer morena y menuda de pecho generoso que estaba junto a su jefe—. Yo soy Jamie, la asistente personal del señor Reid.

–Hola. –Los ojos de la mujer recorrieron la figura de Jamie de arriba abajo. Luego sonrió con satisfacción, obviamente le parecía claro que Jamie no era del tipo de Alex—. Soy Tara Watkins.

Jamie se sintió molesta pero mantuvo la boca cerrada. Estaba allí para trabajar, nada más.

Alex se acercó al señor Watkins para ponerle la mano sobre el hombro.

–Vamos a traerles unas copas a las señoritas y aprovechemos para ver si puedo aclararle cualquier preocupación que tenga referente a la inversión. –No le dijo ni una palabra a Jamie al pasar.

Jamie charló educadamente con Tara y luego se excusó para ir a hablar con Nicholas, que estaba solo junto a los grandes ventanales que daban a la piscina y al bosque que había detrás.

–¡Señorita Connors! Que alegría volver a charlar contigo. –Le sonrió—. Unas vistas espectaculares, ¿eh?

Ella sonrió.

–Así es.

–¿Cómo está la señora Watkins?

Jamie siguió mirando por la ventada, admirando el paisaje.

–Está bien.

–Creo que aún tiene las garras fuera.

–¿Perdón? –Jamie giró la cabeza y sonrió—. Ah, sí. Parece agradable.

Nicholas contuvo la risa.

–Hace años que está detrás de tu jefe. Pero no acaba de pescarlo. –Agitó la mano–. Da igual. Alex siempre ha sido educado y consigue contenerla. El Watkins, en cambio, no ha tenido tanta suerte. No puede evitar que su mascota se cuele en los jardines de otras personas.

Jamie apretó los labios, no estaba segura de cómo responder a esos comentarios. Había dado por sentado que era Alex quien le tiraba los tejos a Tara, pero al parecer era Tara quien iba buscando problemas. Tenía sentido. Sin embargo Jamie no estaba allí para cotillear con los inversores.

–Lo siento –dijo Nicholas–. No quería ofenderte. Todo el mundo bromea sobre Tara. Creía que lo sabías o que alguien te habría puesto al corriente. – Se encogió de hombros–. No es que me guste cotillear, te lo aseguro. Pensé que lo sabías por lo bien que manejaste las cosas con el señor Watkins.

–¿Estabas mirándome?

Nicholas sonrió una vez más.

–Creo que casi todos los hombres aquí te miran. Es difícil no hacerlo.

Jamie se sonrojó, se quedó hipnotizada por el cumplido.

–Pues, gracias. –Se miró las manos, cortada, sin poder creer que los demás la miraran. Levantó la mirada despacio y echó un vistazo a su alrededor. Volvió a ver a Alex en la barra.

–Sírvenme otra –le gruñó Alex con voz grave al camarero.

Jamie se puso rígida al oír su voz, pero intentó ignorarlo.

–Lo siento, ¿qué decías? –Volvió a mirar a Nicholas, acercándose un poco a él.

–Que si me dejarías invitarte a cenar algún día. –Nicholas la miraba con interés–. Entendería si no quieres. Debes tener muchísimo trabajo.

–Sí, aunque no tanto –dijo Jamie–. Me encantaría.

A Nicholas se le iluminó la cara.

–¡Genial! Así podré terminar de contarte mi historia y tú podrás contarme la tuya. Me encantaría escucharla. –Él metió la mano en el bolsillo de su camisa y al hacerlo la tela se ajustó a su musculoso pecho. Jamie disfrutó las vistas–. Aquí tienes mi tarjeta. Mi número personal está en la parte de atrás. ¿Por qué no me mandas un mensaje cuando estés libre y yo me encargo de todo?

Jamie cogió la tarjeta, disfrutando el cálido roce de sus dedos, pero lamentó no sentir el temblor que sentía cuando Alex la tocaba. Expulsó la comparación de su mente. *Eso no es profesional, Jamie.*

Se oyó un ruido de algo rompiéndose cerca de la barra y Jamie entrecerró los ojos. Luego se giró y vio que Alex intentaba reírse de haber tirado una bandeja de copas al suelo.

–Perdona, Nicholas, ¿te importa que me marche otra vez?

–No pasa nada. –Nicholas le apretó la mano–. No olvides mi mensaje para cenar. Lo estaré esperando.

–No lo olvidaré. –Ella también le apretó ligeramente la mano y luego se soltó–. Creo que ahora el trabajo me llama.

–Suerte –dijo Nicholas.

La voy a necesitar. Jamie se abrió paso para ayudar a Alex. La mayoría, o no se había dado cuenta, o había vuelto a charlar.

–¿Todo bien?

Alex la miró con los ojos inyectados en sangre y con una sonrisa demasiado amplia.

–Nada, tan solo ha sido una base de bandejas incapaz de sostener el champán. Ya he llamado para que limpien. –Se encogió de hombros–. Cosas que pasan. –Miró hacia Nicholas, que se marchaba–. ¿Estás pasándolo bien?

Nicholas estaba borracho, pero podría ser peor. Al menos tenía la coherencia de marcharse con la dignidad intacta y sin que nadie se diera cuenta.

–Señor Reid, Murray me ha pedido que lo buscara –dijo Jamie–. Es por un problema en la cocina. –Jamie tragó–. Por favor –dijo, intentando que su voz sonara cordial–. Parece importante. –Arqueó las cejas y la mente medio borracha de Alex pareció procesar la información

Asintió y siguió a Jamie a la cocina. Murray estaba limpiando los armarios.

–Necesita un vaso de agua.

Jamie hizo que Alex se sentara en la silla más cercana.

–¿Passa, Murray? –Las palabras de Alex patinaban un poco.

Murray la pasó una botella de agua y lo miró con sospecha.

–Nada, señor.

–No –dijo Jamie poniéndose frente a Alex–. Tienes que espabilarte un poco y dejar de beber alcohol antes de que hagas alguna tontería. Por Dios, son solo las dos de la tarde.

Alex movió la mano frente a ella.

–Estoy bien –gruñó–. No necesito tu ayuda.

–Debería escucharla –dijo Murray–. Huelo el alcohol. Si su asistente le sugiere que se lo tome con calma, yo le sugiero que la escuche.

–¿Ah, sí? –Alex los miró arqueando las cejas.

–¿No la contrató para eso?

–No para que midiera mi alcohol y me controlara como si fuera mi madre.

Jamie le puso la botella de agua a Alex entre las manos.

–No soy tu madre, pero me gusta mi trabajo y si montas un numerito en tu propia casa voy a quedar mal.

Alex la miró fijamente.

–Así que es por ti, ¿no?

Ella lo había dicho solo como una excusa.

–No. Mi trabajo es que el multimillonario Alex Reid le haga creer a los inversores que es fiable como una roca. No debes quedar mal.

Alex suspiró.

–Vale. No voy a beber más. –Se levantó y se bebió toda la botella de agua–. Ya está. ¿Contenta?

–De momento.

–Si no te importa, mis invitados me esperan. –Alex salió de la cocina tambaleándose y volvió a la fiesta.

Jamie vio cómo se marchaba.

–Me preocupa. Últimamente está muy raro. –No se dio cuenta de que lo había dicho en voz alta hasta que Murray asintió y también habló.

–No te culpo –Murray empezó a limpiar la encimera–. No eres la única que está preocupada por él.

¿Qué podía hacer Jamie?

Jamie giró la tarjeta de Nicholas una y otra vez entre sus manos. Hacía mucho que el brunch había terminado. No volvió a la fiesta después de ir a la cocina con Alex. Se fue a su piso y lo dejó solo con sus invitados. Él no volvió a llamarla, así que asumió que todo estaba bien.

Se quedó mirando la cara tarjeta, jugueteando con ella entre los dedos. Ya había grabado el número en el móvil, pero aún no había mandado ningún mensaje. No sabía qué decir. Parecía un buen chico, simpático y guapo. Jamie sabía que la cena acabaría siendo una cita increíble, pero cada vez que pensaba en mandarle un mensaje, la cara de Alex aparecía en su mente. *Él no*

está interesado en ti. Solo eres su asistente personal. No quieras ver lo que no hay. No te contrató para salir contigo. Haz tu trabajo y sal con otras personas. Es así de sencillo. Pero no era tan fácil. Quizás salir con alguien la ayudara.

Alguien llamó a la puerta, impidiendo que tomara una decisión.

–¿Jamie? Soy yo. Alex.

Jamie suspiró.

–Pase, señor Reid.

Oyó la puerta abriéndose y los pasos de Alex, que se sentó en el sofá que había frente a ella. La miró con un gesto de vergüenza.

–Perdón –dijo él–. Por lo de hoy.

Vale, ¿cuál era la forma adecuada de manejar esto? ¿Reprenderlo? ¿Perdonarlo? ¿O decirle que no fuera idiota y aún así conservar el trabajo?

–Era su fiesta, señor Reid, podía beber –dijo Jamie con cuidado–. Es aceptable y estoy segura de que sus invitados estarían de acuerdo conmigo.

–¿Quieres dejar de ser tan formar conmigo, Jamie? –ladró Alex–. ¡Estoy intentando disculparme por actuar como un idiota! Sé que puedes hablar con quien te dé la gana, pero me pongo como loco.

Ella parpadeó sorprendida.

–¿Cómo?

¿Acababa de admitir que estaba celoso?

Alex se quedó mirándola, su pecho subía y bajaba.

–Mira, sé que te dije que vinieras y hablaras con la gente. Pero eso no significa que tengas que revolcarte con el primer tío que te dé su tarjeta. – Señaló a la tarjeta en las manos de Jamie.

–Esto –Jamie levantó la tarjeta y se la guardó en el bolsillo– no es asunto tuyo. Creía que habías venido a disculparte por beber. –Se levantó de un salto, la rabia se estaba apoderando de sus palabras–. Y si decidiera salir con Nicholas, tampoco es asunto tuyo.

–Lo es, si por ello decide ya no invertir o si quiere contratarte y robarte de mi empresa. –Alex agitó la mano y movió la cabeza negativamente–. Ni siquiera sé por qué ibas a querer salir con ese gilipollas enchufado con el gobierno.

–Para tu información, no está enchufado con el gobierno –replicó Jamie–. Ni siquiera podía comprar comida cuando empezó con Sunrise Applications. Vivía a base de fideos y de lo que le daban sus padres.

–Oh, sus padres –dijo Alex con sarcasmo, poniendo los ojos en blanco–. Los enchufes pueden ser de muchos tipos. Eso es mil veces mejor que ser repudiado e ignorado durante toda tu vida.

Jamie se quedó helada, se dio cuenta de que Alex había seguido bebiendo después de que la fiesta terminara. Estaba borracho.

–¿Eso fue lo que te pasó a ti? –preguntó bajito, su irritación había desaparecido de forma instantánea.

Alex tragó.

–No importa. Ha venido a disculparme y ahora te estoy gritando–. Se pasó las manos por la cara–. No tengo derecho a ponerme celoso, pero a veces me sacas de mis casillas, Jamie.

Ella meneó la cabeza.

–No lo hago, Alex. Tú elegiste beber hoy y yo solo sugerí, como tu asistente personal, que bajaras el ritmo. Eso fue lo que pasó hoy. Trabajo para ti, eres mi jefe. Así de sencillo. No voy a hacer nada que ponga eso en peligro, te lo aseguro. Creo que deberías marcharte.

Alex se levantó, pero en vez de ir hacia la puerta, cogió a Jamie y tiró de ella. Jamie se quedó sin respiración y un escalofrío le recorrió la espalda. No tenía ni idea de si se debía a miedo o a deseo. A diferencia de cuando Stephen la sujetaba, ahora sentía que tenía el control. Alex la dejaría marchar en el mismo instante en que ella lo quisiera, estaba totalmente segura. Pero es que no quería marcharse. Aún no. Las imágenes de Tara flirteando con él, la idea de que hubiese bebido porque estaba celoso de que otro hombre tonteara con ella, lo increíblemente sexy que estaba con esa camisa blanca y sus pantalones negros... Todo ello se le pasó por la cabeza y lo cierto era que le gustaba.

Los labios de Alex se posaron sobre los de Jamie, con firmeza y suavidad al mismo tiempo. Contenían la misma añoranza que había estado presente dos noches atrás, cuando ella deseaba con toda su alma que él la besara. Ella quería que pasara, pero...

Tragó y dejó que él volviera a besarla. Se merecía algo maravilloso, ¿no? El único inconveniente era que no sabía qué era ese algo maravilloso. Se apartó poco a poco de él y le miró el pecho. Alex se había desabrochado unos cuantos botones, dejando a la vista su cremosa piel bronceada. Jamie imaginó pasar por allí los labios y la lengua.

–Creo que deberías irte –susurró, dividida entre su deseo de que se quedara y pedirle que se marchara.

Alex asintió y dio un paso hacia atrás.

–La veo en la oficina el lunes, señorita Connors.

Sonaba tan resignado que a Jamie casi se le partió el corazón. Casi.

–Buenas noches, señor Reid.

Mantuvo la puerta abierta para él y esperó a que se marchara para suspirar y dejarse caer contra la puerta cerrada. Él nunca volvería a entrar en su apartamento para besarla. Acababa de darse cuenta de ello. Nunca se volvería a presentar esa oportunidad.

No supo cuánto tiempo se quedó apoyada en la puerta, sentada en el suelo, hasta que oyó un chapoteo en la piscina. Se había hecho de noche. Fue hasta la ventana para ver a Alex haciendo largos. El agua hacía brillar sus brazos y su torso cincelado bajo la luz que iluminaba la piscina como un cartel de publicidad. Verlo le bastó para recordar el poder que él siempre emanaba, también en la cama, y eso le calentó la sangre. Había renunciado a él, ¿y para qué?

Capítulo 7

Jamie se arrastró hasta la cama. No podía sacarse de la cabeza la imagen de Alex en la piscina. Con solo pensar en su cuerpo se humedecía.

–Contrólate –se bisbiseó y tiró de las mantas para cubrirse la cabeza–. Es tu maldito jefe. ¡Déjalo ya!

Pero su imagen haciendo largos siguió clavada en el interior de sus párpados mientras se quedó dormida. No tardó mucho en entrar en un sueño inquieto en el que soñar era su única escapatoria.

Jamie estaba tumbada, tomando el sol junto a la piscina. Disfrutando del poco habitual calor de aquel día primaveral. Sonreía feliz porque al fin se sentía cómoda en bikini en una piscina. Al parecer la dieta y el ejercicio habían funcionado. Tenía la tripa totalmente plana y ni rastro de exceso alguno; sus músculos abdominales marcados se veían entre las sombras del protector solar.

Retiró las gafas de sol de su cara y cerró los ojos, disfrutando del calor que el sol dejaba sobre su piel.

–¿Lo pasas bien? –La voz profunda de Alex sonó encima de ella unos segundos después.

Abrió los ojos y se sentó sonriendo.

–Es el primer día que puedo salir sin temblar. He pensado que debía aprovecharlo.

Los ojos de él, de un azul brillante y cargados de deseo, se deslizaron hacia abajo, recorriendo todo su cuerpo, haciendo que Jamie sintiera aún más calor.

–Me alegro –dijo con voz grave y sonrió. Jamie se sonrojó y vio cómo los ojos de él se hacían más profundos–. Ni te imaginas lo sexy que estás cuando te sonrojas de esa forma–. La voz de Alex salió como si le rogara que parara, aunque ella no estaba haciendo nada.

Jamie se mordió el labio y sintió la necesidad de frotar sus muslos entre sí. Se removió ante la penetrante mirada de Alex, incapaz de respirar con normalidad.

Alex echó un vistazo al paisaje que había frente a ellos y se quitó la camiseta.

–Había salido a nadar –dijo, tirando la camiseta sin ningún cuidado cerca de Jamie.

Ella percibió una oleada del aroma de él mientras la camiseta aterrizaba a tan solo unos milímetros. Volvió a sentir que él la miraba, bebiéndosela entera.

–¿Vienes? –La voz de Alex había vuelto a adquirir ese tono de ruego.

Jamie se quedó sin voz, cada vez más excitada. En la piscina iba a ocurrir algo más que nadar.

–Cre... Creo que voy a pensarlo –murmuró.

Se le encogió el estómago al pensar en cómo sería el sexo con él en la piscina. Se puso las gafas de sol y dejó que sus ojos recorrieran los abdominales y los bíceps que se movían mientras él bajaba la cremallera de sus vaqueros para dejar a la vista un bañador azul oscuro que le sentaba de maravilla.

–Sé que me estás mirando. –Alex sonrió y se giró para que ella pudiera verlo mejor, sin importarle en absoluto que ella quisiera mirarlo.

–Estás de un sexy que te mueres –le dijo a Alex sin ninguna vergüenza de admitirlo.

Alex se arrodilló y tomó su mano para levantarla y tirar de ella hasta que sus cuerpos quedaron pegados. Sus manos bajaron para sujetarle la cadera, sus dedos explorando su trasero. A Jamie se le cortó la respiración cuando sus ojos bajaron hasta encontrarse con los labios de él. Alex le quitó las gafas y le sujetó con suavidad la mejilla para hacer que levantara la cara. Sus labios se encontraron hambrientos.

Jamie suspiró y se fundió en el beso, entrelazando los brazos sobre los hombros de Alex y, después, echándose hacia atrás. Tenía que estar segura.

–Alex –Jamie respiró, intentando concentrarse–. ¿Estás seguro de esto? Quiero decir, soy tu asistente personal.

Él le sonrió, enredando los dedos en su largo pelo, que caía con perfección por debajo de sus hombros.

–Sé que no deberíamos, pero no puedo evitarlo cuando estás cerca, Jamie. ¿Cómo iba a poder resistirme viéndote así? Su mano bajó y dibujó círculos en la delgada cintura de Jamie. Alex le dio un beso en la sien–. Eres hermosa. Dulce y perfecta. –Sus labios bajaron para encontrarse con los de ella–. Lo único que podría pararme ahora mismo sería que tú me dijeras que no. Por

favor, no lo hagas. –El ruego había vuelto y era tan increíblemente sexy que ella no se podía resistir.

¿Alguien como Alex la necesitaba? ¿Quién en su sano juicio le iba a decir que no?

Jamie suspiró.

–No pares.

Una sonrisa sensual se dibujó en los labios de él.

–Bien –susurró–. No sé qué habría hecho si me hubieras dicho que no.

Él se agachó para sujetarle las piernas por las corvas y la levantó sin ningún esfuerzo. Jamie le rodeó el cuello con los brazos, se sentía diminuta entre los brazos de Alex.

–Podría llevarte así siempre conmigo –susurró él, besándole otra vez la sien–. ¿Te sientes segura en este momento?

Jamie asintió. Ni se le pasaba por la cabeza que él pudiera dejarla caer. Se recostó contra su pecho y cerró los ojos. Notó cómo él caminaba despacio y luego oyó el suave chapoteo del agua. Jamie se estremeció ligeramente cuando una ligera brisa rozó su cuerpo y él la abrazó con más fuerza.

–Te tengo –dijo Alex, entrando en el agua hasta que esta llegó a la altura de su cadera, luego bajó a Jamie poco a poco.

La temperatura del agua era perfecta, le acariciaba la piel, al igual que la lengua de Alex la última vez que se habían acostado. Jamie bajó las manos hacia el pecho de él, acariciando el contorno de sus músculos.

Alex gimió.

–Vas a matarme, Jamie.

Ella se echó a reír y deslizó los dedos sobre el abdomen desnudo de él, sintiendo cómo los músculos se contraían.

–Espero que no –bromeó Jamie–. Al menos no todavía.

Él hizo un ruido entre los dientes y puso la mano sobre la de Jamie para detenerla.

–Si sigues provocándome no voy a durar todo lo que querría. –Se apoyó contra el muro, su voz cargada de deseo sexual–. Ahora me toca a mí. –Acarició suavemente la espalda de Jamie, dejando rastros de agua por toda la piel. Ella contuvo la respiración y se estremeció de placer ante aquel roce y él puso los labios contra los de ella–. Me encanta cuando te quedas sin respiración –dijo contra los labios de Jamie antes de reclamarlos.

Jamie suspiró y luego volvió a contener la respiración mientras la mano de Alex viajaba más abajo y entraba en el bikini. La apretó, tirando a la vez

de ella, haciendo que sus caderas se restregaran. Ella gimió y le besó la clavícula despacio hasta que él también gimió.

–No hagas eso –dijo él en tono serio–. No te imaginas lo cerca que estoy de perder el control.

Su mano se deslizó hacia la parte frontal de la braga del bikini y le metió un dedo, dejándola sin respiración. La acarició despacio con el pulgar mientras con la otra mano le desataba la parte de arriba.

–Voy a hacerte rogar.

Jamie se sonrojó cuando el top de su bikini cayó.

Alex bajó la mirada hacia sus pechos desnudos, tomando uno con la mano libre.

–Eres jodidamente sexy. –Respiró y luego su boca capturó el floreciente pezón, tirando con fuerza.

Su lengua le acarició el pezón en círculos hasta endurecerlo, excitado por completo.

Jamie hizo un ruido gutural y echó la cabeza hacia atrás, su pelo rozándole los hombros, las puntas rozando apenas el agua. Se removió bajo las caricias de Alex, rogándole que le diera más. La presión se acumuló rápidamente dentro de ella.

Alex sonrió porque lo sabía, luego levantó la cara e hizo que Jamie lo mirara. Le quitó la parte de abajo del bikini para poder acariciarle la piel desnuda. Volvió a deslizar un dedo hacia el interior de Jamie y ella gritó mientras el pulgar de él encontraba su centro y empezaba a frotarlo. La estimulación de Alex y el sensual movimiento del agua resultó imparable. Jamie gritó con fuerza cuando su cuerpo explotaba, corriéndose sobre los dedos de él.

Se colgó de Alex mientras los restos de la sensación desaparecían.

–No he hecho más que empezar. –El aliento cálido de Alex susurraba contra su oído–. Desnúdame –le ordenó.

Jamie estaba en sus manos. Le bajó el bañador y en seguida fueron hacia los escalones de la piscina, su trasero desnudo chocó contra el fondo y uno de los chorros le rozó el muslo.

–Tómame ya –rogó, acariciando a Alex hasta que estuvo aún más grande y más duro. Más duro de lo que lo había sentido antes.

–Será un placer –dijo él, sujetándole la cadera y entrando en ella de una estocada.

Jamie volvió a gritar, el placer explotó dentro de ella al instante. Quería más de él... Más adentro... una vez... y otra vez...

Jamie se sentó jadeando. Estaba cubierta de sudor y las sábanas estaban enrolladas a su alrededor. Y ella estaba mojada. Muy, muy mojada. Se pasó los dedos por las bragas empapadas y se las quitó con la esperanza de que eso la ayudara a enfriarse. Apartó las sábanas de una patada y se quedó mirando al techo, preguntándose si Alex había tenido ese tipo de sueño alguna vez. Probablemente no.

Había tenido un orgasmo dormida: ¡dos! Su cuerpo aún temblaba por los sentimientos crudamente sensuales que había experimentado.

–Joder, ¡contrólate, Jamie! –siseó en la oscuridad–. Él está fuera de tu alcance.

Logró volver a quedarse dormida, aunque con inquietud y poco después volvió a despertarse, aún sudada y húmeda. Se levantó y se pasó las manos por el pelo mientras iba a la cocina a buscar un vaso de agua fría. No se había molestado en correr las cortinas del salón la noche anterior y vio cómo el vapor formaba rulos sobre el agua de la piscina en la madrugada.

Alex siempre mantenía perfecta la temperatura de la piscina, igual que en su sueño caliente. Volvió de prisa a la habitación y se puso un bañador. Era un bañador de una sola pieza, negro, nada que ver con el sexy bikini que llevaba en sueños.

Ignorando las sensaciones que le asolaban el cuerpo, pensó en lo que Alex le había hecho en aquella piscina. Cogió una toalla con rabia y corrió descalza.

El aire estaba mucho más fresco de lo que esperaba. Sus pezones se alzaban por debajo de la delgada capa de su bañador de nylon. Corrió hasta el extremo más alejado de la piscina. Intentó ignorarlos, así como el dolor con el que le rogaban que los liberara.

Tiró la toalla en una silla y se tiró a la piscina. Salió a coger aire solo cuando sus pulmones amenazaron con explotar por la falta de respiración. Nadó, vueltas y más vueltas, en un intento de exorcismo de los deseos que le invadían el cuerpo con tanta fuerza. Siempre había disfrutado del sexo y su cuerpo respondía fácilmente a las caricias de los hombres. Pero, ¿en un sueño? ¡Venga ya!

Debió ser por la culpabilidad de estar cerca de Alex. Su mente estaba en un subibaja de emociones, pero su cuerpo tan solo quería que lo aplacaran con sexo duro... Lo justo y necesario para dejar de desearlo. Se rió mientras

metía la cabeza debajo del agua y nadaba otra vez hasta la orilla opuesta. Era como una drogadicta, solo que de sexo y sin posibilidad de desengancharse. Ni siquiera la masturbación podría curarle el mono. Sabía lo que necesitaba, pero eso no iba a ocurrir.

Una hora más tarde finalmente salió de la piscina y se echó la toalla alrededor de los hombros, exprimiéndose el pelo. Levantó la mirada hacia el sol naciente y se estremeció de frío. Se giró y habría jurado haber visto un movimiento rápido en una de las ventanas de arriba, aunque luego pensó que se trataría tan solo de alguien que abría las persianas. Temblando de frío, volvió rápido a su piso. La primavera estaba en el aire y pronto el verano traería consigo mañanas cálidas y días calientes. Lo esperaba con ansias.

Después de darse una ducha caliente y de desayunar cogió el móvil y le mandó un mensaje a Nicholas para ver si quería ir a cenar alguna noche de esta semana. Mientras se duchaba decidió que tenía que pasar página, alejarse de Alex. No iban a tener una relación y cuanto antes lo entendiera mejor se sentiría... También dormiría mejor y sin ridículos sueños húmedos.

Se quedó mirando el armario. Tenía un fantástico guardarropa nuevo, pero nada que ponerse para una cita romántica. Alex le había dado un bono por su trabajo y decidió que había llegado la hora de gastarlo en sí misma. Iba a ir a comprar ropa que le quedara y que no fuera para trabajar. Habían pasado años desde la última vez que fue a comprar ropa, pero como su vieja ropa le quedaba enorme, estaba dada de sí y era aburrida, de pronto se moría de ganas de ir a comprar. Necesitaba algo bonito que ponerse para cuando quedara con Nicholas. No necesitaba más excusas.

Fue al nuevo centro comercial a las afueras al que la llevó Alex y miró escaparates, buscando algo que le pareciera bonito. Nunca había tenido ropa bonita, ni sexy. Sonrió de oreja a oreja, quizás tuviera que pasar por Victoria's Secret y comprarse algunas cosas bonitas. Volvió a sonreír. Empezaría por allí.

Buscando conjuntos de bragas y sujetador, eligió uno negro, uno blanco y uno increíblemente sexy con encaje que sabía que no se iba a poner nunca, así como otro de suave seda rosa. Al probárselos se sintió guapa, incluso un poco sexy al verse en el espejo. Tenía la sensación de que las tiendas usaban espejos que hacían verse más delgada. No es que se quejara, no le importaba en absoluto.

Se compró también dos camisones de seda y una bata para estar en casa. Feliz, salió de la tienda con sus compras y volvió a mirar escaparates.

Nicholas le había mandado un mensaje para decirle que le encantaría cenar con ella cuando estuviera libre, que se aseguraría de estar libre él también cuando ella quisiera.

Sonrió.

Él parecía casi perfecto. Era encantador y atractivo, su relación con el dinero también era un poco atractiva. Jamie intentó fingir que no lo era, pero al pensar en no tener que preocuparse nunca por cómo pagar las facturas o en poder ir de compras cada vez que le apetecieras... ¿cómo no le iba a parecer tentador? No había nada falso en él, a diferencia de Stephen, su último novio y parecía querer tener una relación de verdad con ella, a diferencia de Alex. De todas formas no lograba sentir más que un poco de alegría cuando pensaba en él. Eso era lo que Nicholas la hacía sentir. Algo agradable. Relajada. Para nada la hacía sentir calor, ni nada fiero y lleno de pasión. *Como le ocurría con Alex.*

Jamie se insultó a sí misma. Otra vez pensando en Alex, a pesar de que se había jurado que no lo volvería a hacer. Tenía que parar de inmediato. Nada de Alex durante aquel día. Nada de pensar en hombres en general. Iba a ser un día Jamie. Puso los ojos en blanco. Nunca se había tomado un día para sí misma. Además, tal como había quedado lo de la boda de su hermana, más le valía disfrutar del día antes de que todo se pudriera. Jamie estaba muy sorprendida de que ni su madre ni su hermana la hubieran vuelto a llamar. Quizás estuvieran demasiado enfadadas para hablar. Quizás debiera llamarlas ella.

Mostró una amplia sonrisa, que la ignoraran era agradable. Quizás debiera dejarlas rumiando unos cuantos días más.

Se paseó por sus tiendas favoritas y encontró una blusa bonita y coqueta que combinaba con unos pantalones negros de vestir. El estilo de la ropa le sentaba bien, casi la hacía verse delgada. Empezó a silbar al salir de la tienda. Después de todo iba a ser un día maravilloso.

Siguió viendo escaparates mientras caminaba. En un arranque de inspiración, se subió al coche y condujo hasta el centro de la ciudad para ver las pequeñas boutiques y comer algo. Con el sol brillando, el asfalto caliente y los pájaros ocupados construyendo nidos y canturreando en los árboles por encima de su cabeza. Se detuvo fuera de una tienda para mirar la preciosa ropa que exponía.

Un increíble vestido rojo llamó su atención. Era más que espectacular, más que sexy. Abrazaba perfectamente la figura del maniquí, resaltando todas

sus curvas esculturales sin apretarlas ni sin resultar demasiado evidente. El cuello con corte de corazón tenía una pequeñísima cantidad de pedrería que atraía la mirada hacia los pechos sin ser demasiado obvio. Una indirecta que se podía acentuar con un buen collar.

Lo único que evitaba que el vestido se le cayera al maniquí era un par de delgadísimos tirantes rojos que hacían que los hombros también resultaran sexis. El vestido se movía a la perfección en la fina línea entre lo conservador y provocativo. Bastaba con ponerse unos zapatos que no fueran adecuados, demasiado maquillaje o algo de poco gusto y el vestido se echaría a perder. Sin embargo, con los accesorios adecuados, era más que maravilloso. Un sueño maravilloso.

Jamie se enamoró del vestido.

Desafortunadamente no había forma posible de que pudiera ponerse algo así ni tenía ningún sitio al que ir vestida de aquella manera. Pensó en el vestido de dama de honor que se suponía que debía ponerse. Era rojo, pero ni de lejos tan bonito como este. Este bien podía usarse como vestido de novia.

Suspiró sin dejar de ver el escaparate. *Sé realista, Jamie. Ese vestido es una talla treinta y seis. Ni de coña vas a entrar en algo así.*

Ni con el entrenamiento habitual en el gimnasio, ni nadando, ni con su nueva dieta estricta ocurriría. Estaba adelgazando deprisa, pero no tenía una talla treinta y seis. Sonrió con esperanza. Si pudiera perder más peso estaría cañón con ese vestido, lo sabía sin ninguna duda.

¿Qué dirían su madre y su hermana si la vieran con aquel vestido? Les daría un infarto o se les abriría la boca hasta el suelo, literalmente. Stephen se odiaría a sí mismo por haberla dejado.

Jamie meneó la cabeza. Si iba a adelgazar tenía que hacerlo por ella misma, no por un asunto tan trivial como el que tenía con su hermana o con el que pronto iba a convertirse en su cuñado, ni para presumir frente a su madre.

Tenía que hacerlo sólo por sí misma.

El vestido debía ser exageradamente caro. Más de lo que ella ganaba en un mes. De pronto sonrió. ¿Y si se lo comprara y lo tuviera en el armario para recordar cómo quería ser? Podía ser un estímulo para ponerse objetivos que pudiera alcanzar, luego saldría con ese vestido. Seguramente sería para ir sola al cine, pero ¿qué importaba? ¿Qué era la vida si no intentaba vivir un poco?

Se echó a reír por lo bajini, acercándose a la entrada de la tienda. ¡Era una locura! Ella no era de las que hacía las cosas por impulsos. No usaba

vestidos. Especialmente no se ponía cosas tan sexis ni tan bonitas como ese.
¡A la porra! Ese vestido era suyo.

Capítulo 8

El lunes Jamie pasó casi toda la mañana sola en la oficina. Gina llamó para decir que estaba enferma y Alex le mandó un mensaje diciendo que iba a ver a clientes fuera de la oficina. Cuando ella le preguntó si vendría a trabajar en algún momento para que pudiera decírselo a los otros inversores, Alex no contestó.

Al tener que contestar tanto el teléfono de su despacho como el de recepción, se pasó la mañana corriendo de un lado a otro y casi no tuvo tiempo de hacer nada más. Tenía que redactar un contrato y un millón de cosas más. Estar ocupada era bueno, así no se preocupaba por si Alex había planificado sus citas fuera de la oficina para no verla después del último encuentro en el piso. Jamie esperaba que las cosas volvieran a la normalidad, como cuando se acostaron.

Les había costado semanas actuar con normalidad e incluso así se dedicaban largas miradas y dejaban palabras sin decir. O quizás fuese solo ella. Tal vez estuviera imaginárselo todo porque él le gustaba mucho. Tan solo se trataba de una atracción física bestial. Debía ser eso. Si no, ¿por qué iba a tener sueños húmedos con él?

Se preparó un batido de proteínas para comer y se quedó en la recepción, en la mesa de Gina con su Mac notebook.

Se rindió después de intentar llamar a Alex por tercera vez y casi lanza el móvil al otro lado del despacho de la frustración.

–¡Coge el maldito teléfono, capullo! –siseó y dejó caer el teléfono en la mesa.

–Recuérdame que no te haga enfadar.

Jamie saltó al escuchar una voz masculina.

Mark estaba junto al ascensor con una sonrisa en los labios y los brazos cruzados. Tenía la misma seguridad que su hermano.

Jamie se quedó helada al verlo.

–Eem, Alex no está –murmuró mientras se le encendía la cara.

–Lo sé –dijo Mark acercándose a ella–. Me aseguré de que no estuviera. No quería provocarte problemas por verme. –Le ofreció una gran sonrisa–. Además, me habría echado otra vez.

–¿Querías verme a mí? –Jamie arqueó las cejas. Aquello no podía ser nada bueno.

–Sí –Mark se aclaró la garganta y se movió con incomodidad.

Jamie se preguntó qué debía hacer. ¿Echarlo o escuchar lo que había venido a decirle? Alex no estaba para tomar una decisión.

–¿Vamos a hablar a mi despacho? –Jamie miró el reloj y puso el contestador en el teléfono de recepción, tal como hacía Gina siempre para salir a comer.

Mark asintió y la siguió al despacho. Se acercó a la silla frente al escritorio de Jamie.

–¿Puedo sentarme? Te prometo que solo voy a robarte unos cuantos minutos de tu tiempo. No quiero causarte problemas, pero esto es muy importante.

–Sí, claro.

Jamie señaló la silla y luego se sentó en la suya mirándolo, tomándose un momento para estudiarlo con atención. Se parecía mucho a Alex, pero aunque pareciera más mayor, Jamie sabía que era más joven. Tenía ojeras y unos callos notables en las manos, se veían aún de lejos. Aunque iba bien vestido, no tenía los mismos gustos caros de Alex. Se parecía a Alex pero era totalmente distinto. Jamie no era una experta en ropa, pero Mark iba vestido como ella, como alguien de clase media, al menos antes de que Alex le comprara ropa para trabajar.

Mark también la estaba observando. Quizás se preguntaba por qué Alex había contratado a alguien como ella. O tal vez por qué ella trabajaba para alguien como Alex.

Estaba claro que algo estaba dando vueltas y más vueltas en la cabeza de Mark.

–¿De qué quieres hablar?

–De nuestro padre –Mark se aclaró la voz–. Mi padre. –Dudó y Jamie se dio cuenta de que se le endurecía la mandíbula mientras intentaba explicar lo que quería decir–. De Alex y de mi padre. Está enfermo, tiene cáncer. Alex no lo sabe. O quizás lo sepa y quiera fingir que no. –Mark se encogió de hombros y suspiró–. Mi padre lleva tres meses con quimioterapia y radiación. Pero no está funcionando. No sabemos cuánto tiempo le queda. –La

mandíbula se volvió a endurecer mientras intentaba controlar sus sentimientos. Se puso recto en la silla y volvió a aclararse la garganta—. Quiere hacer las paces con todos y corregir lo que ha hecho mal. Lleva mucho tiempo intentando contactar con Alex, pero él no le coge el teléfono ni responde sus emails. —Mark se pasó las manos por el pelo, era un gesto que recordaba mucho a Alex—. Todos hemos hecho muchas cosas mal. Pero Alex tiene que ver a nuestro padre. Necesito que lo convenzas.

¿El padre de Alex tenía cáncer y él no lo sabía? Era horrible y muy triste. Jamie tenía ganas de llorar por el hombre que estaba sentado frente a ella y por su hermano. No los conocía, salvo por la foto del salón, pero se le partía el corazón por el dolor que debían estar soportando.

Se sentía mal por Mark y también por Alex. ¿Qué podía ser tan malo para que no quisieras saber nada de tu familia? Ella tenía una familia loca, insoportable, pero aún así los quería. No lo suficiente como para soportar el estrés de ser dama de honor, pero no se perdería la boda de su hermana por nada del mundo, por muy enfadada que estuviera con Christine. Alex no era mala persona, era un hombre de negocios rudo, pero como persona era muy amable y considerado. Jamie no lo había oído nunca hablarle mal a nadie, salvo a Nicholas y Stephen, pero eso no contaba. Aquellos ejemplos eran la excepción.

—¿Por qué piensas que yo puedo convencerlo? —preguntó Jamie—. Soy su asistente personal y no llevo mucho tiempo trabajando aquí. Hace menos de un año que lo conozco.

Un amago de sonrisa apareció en los labios de Mark por un segundo.

—Es verdad, pero he visto cómo te mira mi hermano. Estamos alejados, pero aún sé ver lo que le pasa. Sé que te respeta. —Abrió la boca para decir algo más, pero Jamie lo interrumpió.

—Trabajo duro para ganarme ese respeto. Me ha pedido que me mantenga al margen de su vida personal y no me siento cómoda con lo que me estás pidiendo. —Jamie se miró las manos, sintiéndose avergonzada por ponerse en modo quejica en vez de ayudar.

—Nunca había visto a Alex mirar a una mujer como te mira a ti.

Jamie levantó la cabeza de golpe.

—Creo que estás intentando venderme la moto, Mark. Nos viste un segundo nada más y en ese segundo Alex nos gritó a los dos y amenazó con despedirme.

Mark no tenía ni idea de lo que Alex pensaba de Jamie.

–Lo recuerdo –dijo Mark y contuvo la risa–. La última vez que Alex y yo nos vimos, hace unos diez años, no fue agradable. Por eso se enfadó tanto al verme otra vez. Pero la rabia no era por ti. Habría vuelto a contratarte aquel mismo día si no hubieras llamado a seguridad. –Arqueó las cejas. Se parecía muchísimo a su hermano–. Quizás. Quizás te hubiera vuelto a contratar.

–Tengo mis dudas –Jamie puso los ojos en blanco echándose a reír–. No te puedo prometer nada, pero intentaré hablar con él. Si pierdo el trabajo probablemente no volverá a contratarme.

Mark sonrió, había un alivio claro en su cara mientras reía.

–Gracias –dijo–. De mi parte y de mi familia.

–No te prometo nada –repitió Jamie–. Pero te has equivocado en lo que piensas de Alex. Con él tengo muy pocas o ninguna capacidad de convicción, aún menos si se trata de algo relacionado con su familia. Pero voy a intentarlo por tu padre.

–Con eso me basta. –Mark se levantó y caminó hacia la zona de recepción–. Mi vuelo sale en dos horas. Si decide volver a casa, dile que seguimos en la misma dirección, ¿vale? –Pulsó el botón del ascensor.

Jamie asintió y tragó. No tenía ni idea de si iba a ver a Alex aquel día ni de si podrían hablar.

–Se lo diré. –Se sentía mal al prometer algo que probablemente no iba a poder cumplir. Le ofreció la mano a Mark cuando se abría el ascensor–. Me alegro de haberte conocido, Mark. Mis mejores deseos para tu padre, espero que volvamos a vernos en mejores circunstancias.

–Lo mismo digo –dijo él y le estrechó la mano.

Cuando se marchó, Jamie se dejó caer en la silla de Gina y gruñó. ¿Qué le pasaba?

Capítulo 9

Alex no pasó por la oficina hasta después de las seis. A esa hora Jamie ya había vuelto a su despacho y estaba imprimiendo el contrato. Alex asomó la cabeza.

–¿Sigues aquí, señorita Connors? –dijo–. ¿Por qué no te has ido a casa?

–Estaba acabando. Gina está enferma, así que he tenido que cubrir los dos puestos. –Le dio la espalda girando en la silla para coger el contrato de la impresora. Al ver que Alex no respondía se giró para mirarlo. Él asintió y estaba a punto de cerrar la puerta–. Por cierto –Jamie alzó la voz–. Tengo que hablar de algo contigo. –Se levantó y entró al despacho de él antes de que pudiera detenerla.

Alex la miró. Toda una serie de sentimientos se mostraron en su cara antes de que volviera a ponerse la máscara.

–Si es por lo del viernes...

–No es por el viernes –se apresuró a decir Jamie, cogiendo la silla que había frente a la mesa de Alex y plantándola a su lado para que no hubiese nada entre ellos más que aire–. No se trata de nosotros ni de trabajo.

–¿Y entonces por qué mueves la silla? –preguntó Alex arqueando las cejas. Afortunadamente no se movió–. Definitivamente me parece demasiado personal para tratarse de algo de trabajo. ¿Estás segura de que no es algo personal?

Aún ahora Jamie podía ver trazas de deseo en sus ojos, aunque no se permitió calentarse por ello. Sabía que desaparecería en un segundo y no tenía sentido prestarse a fantasías inútiles.

–Es personal, pero no se trata de nosotros –confirmó–. Mark ha venido a verme.

–¿Mark? ¿Aquí? –dijo Alex con desprecio–. ¡Maldita sea! Le prohibí entrar en estas oficinas. ¿Por qué ha vuelto?

–Vino a verme.

–¿Y por qué narices iba a querer verte a ti? –Arqueó las cejas y echó la silla un milímetro hacia atrás. –No habrás...

Jamie se dio cuenta de a qué se refería y se apresuró a cortarlo.

–¡No! No. No, para nada. –Puso los ojos en blanco–. Vino porque no quieres verlo. –Jamie se retorció las manos, de pronto ya no sabía hacia dónde iba la conversación. A Alex no le iba a gustar que metiera las narices en cuestiones de familia. Estaba jugándose. Tragó–. Esperaba que te hiciera entrar en razón.

–Pues se equivoca. Sea lo que sea que quiere, no voy a ceder. –Cruzó los brazos sobre el pecho y la miró con odio–. ¿Es dinero?

–No.

–Apuesto a que es dinero. Le dije...

–Alex, tu padre tiene cáncer.

Se quedó helado. Abrió la boca pero no dejó salir ninguna palabra. Volvió a cerrarla y se quedó mirando a Jamie sorprendido.

–¿Qué? –susurró al fin.

Jamie asintió y le ofreció una sonrisa de apoyo.

–Por eso ha venido. Tu padre quiere verte.

Alex se quedó mirándola como si Jamie tuviera dos cabezas.

Incómoda al intentar fingir que su jefe era solo su jefe, apoyó la mano en el reposabrazos de la silla de Alex, no sabía si debía ir un poco más allá y tocarlo.

–Mark dijo que tu padre quiere arreglar las cosas contigo... Enmendar. –*¿En serio? ¿Tenía que usar la palabra enmendar? No tengo ni idea del problema que hay entre ellos y aquí estoy, haciéndolo sonar arcaico–. Lo siento.*

–¿Desde cuándo tiene cáncer?

Jamie se encogió de hombros sin poder evitarlo. No tenía ni idea.

–Lleva tres meses con quimio. Es lo que ha dicho Mark.

Alex meneó la cabeza. Miró la mano de Jamie en su silla y luego se estiró y apretó los labios hasta formar con ellos una línea recta. Su respiración era pesada.

–Da igual. Eso no cambia nada. Ya puede pudrirse en el infierno el muy bastardo, para lo que me importa.

Jamie se echó hacia atrás como si Alex le hubiera dado un manotazo. No podía creer que lo dijera en serio.

–No hablas en serio.

Mark le había pedido que lo intentara y eso estaba haciendo. Iba a usar un último disparo, ya que había llegado tan lejos. Conocía los sentimientos que se le habían pasado a Alex por la cara antes de intentar ocultarlos con una capa de rabia.

–No importa lo que haya pasado. No dejes que la rabia o el orgullo te impidan verlo. Lo lamentarás, créeme.

–¿Que te crea? –se burló Alex–. Te voy a decir una cosa, la reconciliación es imposible y mi orgullo no tiene nada que ver con eso –rugió–. No sabes lo que me hizo, lo que todos hicieron. Por lo que tuve que pasar. No tienes ni puta idea.

–¿Por qué no me lo cuentas? –preguntó Jamie bajito–. Por favor. Quiero ayudar. Tu padre se está muriendo y quiere verte otra vez. Tu hermano también está intentando arreglar las cosas. –Jamie se echó hacia adelante y las rodillas de ambos se tocaron–. Sé que no estás contento con las cosas como están ahora. Quizás pueda ayudarte a encontrar una solución. Pero no puedo hacerlo si no me cuentas lo que ocurrió.

Alex la miró mal durante mucho rato. Jamie tuvo que hacer un esfuerzo enorme para no decir nada y dejarlo a su aire. Luego él miró la pared, moviendo la mandíbula mientras controlaba sus pensamientos y sus sentimientos.

–Es una larga historia –dijo al fin.

–No tengo prisa –dijo ella.

Alex se levantó y le dio la mano para ayudarla.

–Vámonos. Necesito una copa.

–Claro. –Jamie sentía terror de que una vez en el coche Alex cambiara de opinión–. ¿Quieres ir a casa?

Alex meneó la cabeza.

–Hay un bar aquí cerca.

Acabaron en un bar a medio camino entre la oficina y la casa. Un lugar un poco pasado de moda en el que Jamie nunca habría imaginado a Alex. Era una taberna con cabezas de renos y otros animales disecados que te miraban descaradamente desde las paredes. Alex señaló una mesa debajo de una cabeza de ciervo con una cornamenta enorme y fue a la barra a coger las bebidas.

Jamie se sentó con cuidado debajo de la cabeza, mirándola con recelo. Algún motivo habría para que nadie estuviera sentado por ahí, esperaba que no fuera por el animal que tenían encima.

Alex volvió un momento después con dos pintas.

–Yo no... –Sus palabras se quedaron suspendidas mientras miraba sobre Jaimie y luego otra vez a su cara. Hizo un gesto pero no dijo nada. Se echó hacia adelante con cuidado poniendo un vaso de líquido color ámbar claro con burbujas frente a ella. Luego se sentó enfrente. Alex miró al ciervo una vez más–. Es sidra. No estaba seguro de que te gustara la cerveza. La verdad es que no sé qué bebes, salvo whisky caro. –Mostró una amplia sonrisa–. Y si no me falla la memoria, no bebes mucho.

Jamie se sonrojó y cogió su vaso para darle un trago y probar. Burbujeante pero ligera, casi afrutada.

–¿Sidra? ¿Cerveza en versión chica? –A Jamie le gustó el retrogusto y bebió otro trago.

Alex sonrió.

–Más o menos –Le dio un buen trago a su vaso color ámbar oscuro.

Permanecieron callados unos minutos, mirando a los demás clientes reír y hablar.

–Mi padre siempre prefirió a Mark antes que a mí –empezó Alex mientras Jamie bebía a traguitos su sidra y se acercaba para poder oírlo. –Mark tiene un par de años menos que yo. Mi padre era marine, llevaba nuestra casa como si fuera su barco. Mark era el chico de oro. Capitán del equipo de fútbol y del de baseball. Todo sobresalientes. Presidente de la asociación de estudiantes.

Jamie lo miraba sin estar segura de qué decir cuando Alex dejó de hablar. Decidió esperar como la mejor opción. Él hablaría cuando estuviera preparado.

Alex jugueteaba con el posavasos de publicidad de una cerveza, haciéndolo girar mientras lo miraba atentamente.

–Yo lo hice todo bien desde el punto de vista académico, pero simplemente aprobaba. Las clases no me interesaban, y por supuesto que las actividades extraescolares tampoco. Me gustaba el deporte, pero no el del colegio. –Se encogió de hombros–. Mi padre odiaba que yo no me aplicara más. Siempre me decía que debía parecerme más a Mark. Que no llegaría a ninguna parte si no me ponía las pilas. –La miró brevemente y luego volvió a bajar la mirada, perdiéndose en los recuerdos–. Sus palabras me cabreaban

mucho. Me esforzaba aún menos en los estudios y salía con gente que sabía que a él no le gustaría. Fumaba, porros también. Todo con tal de molestarlo. Y supongo que funcionó. Empezó a llamar cada semana a mi colegio para controlar mis notas y para ver si faltaba a clase, para ver si me metía en problemas. Juro que llamaba uno a uno a todos mis profesores cada viernes para ver si había dejado de hacer algo de los deberes y, si era así, no me dejaba salir de mi habitación hasta que lo hiciera. –Alex tragó–. Y si creía que le mentía, me ponía a hacer trabajo extra.

–Suenas muy severo –comentó Jamie–. Quizás lo hacía porque te quería. Quería obligarte a ser mejor para que no te metieras en problemas.

–Sí, eso pensaba yo cuando tenía dieciséis años –dijo mofándose–. Hice todo lo que pude por no cogerle manía a Mark. Después de todo no era culpa suya ser tan asquerosamente perfecto, ¿no? Podía aguantar que mi padre me llamara bueno para nada y me mandara a hacer las tareas de casa que le correspondían a Mark cada vez que Mark tenía un partido, pero se me quedaba el resentimiento. Tenía que ser tan asquerosamente perfecto y no tenía ningún problema en restregarme en las narices lo maravilloso que era. Era un creído, el típico adolescente que lo tiene todo, incluida a la chica más popular del colegio. –Puso los ojos en blanco y Jamie tuvo la sensación de que Mark le quitó la novia a Alex. O quizás la chica cambiara de hermano por cuestiones de popularidad–. Empecé a buscar problemas más a menudo. Peleas, copiar en los exámenes, lo que fuera. Me echaron del colegio y mi padre se puso como loco. Por supuesto eso solo empeoró mi vida en casa, lo cual me puso más furioso y no sabía qué hacer. Hasta que un día llegué al límite. –Alex hizo una pausa y miró su vaso vacío.

Jamie lo miraba, sintiendo pena por el adolescente que nunca fue aceptado por su padre tal como era. Si el padre de ella hubiera... ¿Qué? Se quedaba sentado en silencio detrás del teléfono mientras su madre cacareaba sin parar sobre lo perfecta que era una de sus hijas y lo gorda que estaba la otra. Jamie meneó la cabeza, comprendiendo los sentimientos de la adolescencia de Alex mejor de lo que él pensaba. Había visto a Alex enfadado y resentido antes, pero esto era distinto. Esto era... vergüenza. Mucha vergüenza. Le dio otro trago a la cerveza y esperó a que él continuara cuando estuviera preparado.

–Tuve una pelea muy fuerte con un chico en el colegio –dijo Alex finalmente–. Había estado de cachondeo con otros chicos sobre cómo su novia por fin le había dejado echar un polvo con ella. Y uso lo de “dejar” en

un sentido demasiado amplio. Supe, por como lo contaba, que no había habido precisamente un consentimiento y sabía que su novia estaba llorando en el baño de chicas mientras él le describía a todo el mundo en medio del pasillo los actos sexuales que ella le había rogado que le hiciera. Ese tipo de cosas me cabreaban especialmente. Así que después de clase lo esperé junto a su coche y empecé a golpearlo tanto como pude. Dieciséis años de rabia contenida cayeron sobre el pobre chico y lo dejé casi inconsciente junto a su coche. Le dije que si volvía a tocar a aquella chica volvería para acabar mi trabajo.

–Madre mía –susurró Jamie.

Alex no podía ni mirarla y Jamie vio cómo le temblaban las manos mientras él cogía la bebida de ella y se la bebía entera.

–Ahora soy muy distinto –dijo bajito–. Ya no pierdo los nervios de esa manera.

Jamie se dio cuenta de que en realidad le estaba pidiendo que estuviera de acuerdo con él. Necesitaba que ella lo aprobara y tenía miedo de que no lo hiciera ahora que Jamie conocía toda la verdad. Jamie le tocó la mano.

–Entiendo lo que hiciste –dijo sin más–. No digo que estuviera bien que perdieras los papeles de esa forma, pero tus intenciones eran admirables.

Alex la miró sorprendido.

–¿De verdad lo piensas?

–Sí. Vamos a ver, no puedo decir que hayas hecho mal. Ninguna otra persona defendió a aquella pobre chica. Tú hiciste lo mismo por mí.

Alex dejó escapar un suspiro de alivio y apretó la mano de Jamie.

–Gracias –le dijo–. Estaba seguro de que me ibas a considerar un monstruo.

–No eres un monstruo ni de lejos –dijo ella con una risilla–. Quizás un demonio en los negocios, pero eso no te convierte en monstruo.

Alex sonrió con debilidad.

–Mi padre no estaría de acuerdo contigo. Se puso furioso cuando supo lo que había hecho. En vez de apoyar a su hijo o siquiera molestarse en preguntar por qué lo había hecho, decidió que yo era culpable. Cuando el capullo al que le pegué llamó a la policía para presentar cargos contra mí mi padre lo apoyó. ¡El hijo de puta había violado a su novia y resultaba que yo era el malo por haber hecho algo al respecto! Mi padre debería haber estado orgulloso. Debería haberme reprendido por la paliza pero se debería haber sentido orgulloso de que hubiese defendido a alguien que era más débil y no

se podía defender sola. Se suponía que por eso era marine, ¿no? Para servir a la justicia y toda esa mierda. –Alex la miraba con los ojos brillantes de rabia.

–No sé. –Jamie intentó sonreír y sintió que los ojos se le llenaban de unas lágrimas que no quería dejar correr–. Tú me defendiste y me protegiste cuando Stephen se me tiró encima borracho. Para mí eso fue admirable.

–Pues me pasé tres meses en un reformatorio. Gracias al Capitán Naval Reid. –Alex jugueteaba con los dedos de Jamie, no quería renunciar al apoyo que le ofrecía su mano–. En los tres meses que estuve dentro ni mi padre ni Mark vinieron a verme una sola vez. ¡Era como si se avergonzaran de mí! Mi propia familia se negaba a mirarme a la cara. Cuando volví a casa mi padre no me hablaba ni me miraba. Me mandó a un internado en cuanto salí del reformatorio y me hizo pasar todos los veranos en campamentos militares.

Jamie se quedó mirándolo horrorizada por lo que había tenido que pasar. ¿Por qué le habían hecho eso?

–Tenía diecisiete, casi dieciocho años cuando me marché. Terminé los estudios y me mudé tan lejos como pude para escapar de mis orígenes. Encontré trabajo de camarero para pagarme la universidad. A los diecinueve invertí por primera vez y empecé a investigar cómo funcionaba la Bolsa y Wall Street. Cuando acabé la carrera de Empresariales ya ganaba suficiente dinero con mis inversiones para poder vivir. Para vivir bastante bien en realidad. Abrí mi empresa como broker la misma semana en la que acabé la carrera.

–Increíble.

–Estaba decidido a llegar lejos para demostrarle al bastardo que se equivocaba cada vez que me llamaba vago inútil.

–¿Por eso trabajas tanto? –preguntó Jamie–. ¿Porque estás enfadado con tu padre?

Alex meneó la cabeza y le soltó la mano para ir a la barra a buscar más bebida.

–Así fue como empecé –admitió–. Luego se convirtió en una obsesión. Cuanto más dinero ganaba más fácil me resultaba fingir que era otra persona. Alguien sin un pasado difícil, sin un padre cabrón. Sin un hermano que no me apoyó una sola vez. –Hizo una pausa cuando el camarero puso dos vasos llenos en la mesa. Alex bebió un poco y se aclaró la garganta–. Intenté mantener la relación con mi madre y mi hermano. Después de todo no tenían culpa de lo que había pasado. Pero permitieron que mi padre siguiera siempre enfadado conmigo, nunca intentaron defenderme. No iba a casa por Navidad,

no llamaba para los cumpleaños, nada. Más o menos mantuve el contacto con Mark, pero cuando empezó a presionarme para que hiciera las paces con mi padre me alejé de él. Por supuesto estaba del lado de mi padre y me dijo que tenía que disculparme. La última vez que vi a Mark acabamos pegándonos. Le rompí la nariz y él me puso un ojo morado. Eso fue hace diez años. La siguiente vez fue cuando vino a la oficina.

–Lo siento –dijo Jamie–. No tenía ni idea.

Alex se encogió de hombros.

–Ahora ya lo sabes. No me pidas que entienda a mi familia. Están mejor sin mí y yo estoy mejor sin ellos. –Alex cogió su vaso y lo usó para señalar a Jamie–. En cierta forma es lo mismo que con tu familia. Tu hermana es una niña mimada a quien tu madre no deja de pulir y sacarle brillo. La única diferencia es que tú lo llevas bastante mejor que yo.

–No tanto –dijo Jamie, siguiendo las vetas de la madera de la mesa con un dedo–. Me he dejado pisotear toda la vida. He intentado plegarme a los deseos de mi familia. Joder, incluso he dejado que mi hermana me quite el puesto de dama de honor. Básicamente me ha echado de la boda.

Alex levantó la cabeza de golpe.

–¿Qué? ¿Por qué no me lo has contado?

–Ocurrió el viernes. No es el tipo de cosas que se cuentan en un brunch de trabajo.

–¡Mierda! –Alex se pasó los dedos por el pelo–. Lo siento, Jamie. Ha sido culpa mía.

–Claro que no. No hice lo que mi hermana quería y se ha enfadado. Por fin estoy poniéndome un poco firme. Gracias a mi trabajo. Así que debería darte las gracias. –Intentó sonreír, pero el dolor por no ser como su hermana esperaba le dolía más de lo que pensaba.

–Intenté arreglarlo pero lo estropeé más –dijo Alex.

–¿A qué te refieres? –Jamie no tenía ni idea de a qué se refería.

–No se me iba de la cabeza la forma en la que Stephen te atacó en el parking. Me preocupaba que volviera a hacerlo. Como se va a casar con tu hermana siempre va a estar en tu vida y lo último que quiero es que te vuelva a ocurrir algo como lo de aquel día y que yo no esté allí para protegerte.

–¿Qué hiciste? –susurró Jamie mientras se le aceleraba el corazón.

–Amenacé a Stephen. –Alex la miró. Sus ojos se llenaron de rabia ante el recuerdo–. Le dije que si no se mantenía alejado de ti, que si hacía cualquier cosa que te incomodara iba a joder la empresa de su padre. Puedo comprarla

por menos de lo que vale y desmantelarla para que nadie recuerde siquiera que algún día existió. No solo destruiría el trabajo de toda la vida de su padre, sino que Stephen además se quedaría sin su cómodo estilo de vida. Creo que él le pidió a tu hermana que te echara de la boda. –Meneó la cabeza–. Lo siento, Jamie. Solo quería ayudar. Lo arreglaré, ¿vale? Voy a explicárselo a Christine y...

–No. –Jamie sacudió la cabeza sonriendo de pronto. No podía evitar sentirse orgullosa y extrañamente feliz porque Alex hubiese amenazado a Stephen para protegerla. Sabía que hacer algo así podía arruinar su reputación si la prensa se enteraba, pero ¿tanto deseaba protegerla?–. De todas formas no quería ser dama de honor. Era un trabajo agotador. Tenía que aguantar todas las tonterías de Christine y, ¿para qué? ¿Para ponerme un horrible vestido tipo sirena de talla treinta y seis? No valía la pena. –Se echó a reír–. ¿De verdad amenazaste a Stephen? –Cuando Alex asintió, Jamie continuó–. Es muy dulce que hayas hecho algo así por mí.

Alex sonrió sin comprender.

–¿Dulce? Pensaba que había sido algo bruto y machista.

–Sí –se rió Jamie–. Muy bruto, algo propio de un monstruo. Puede que no debieras hacerlo, pero aprecio que hayas puesto en riesgo tu reputación por tu asistente personal.

Alex le cogió la mano y posó los labios sobre los nudillos de ella, lo cual hizo que a Jamie se le volviera a acelerar el corazón.

–Volvería a hacerlo sin dudar –dijo él–. Eres lo que más me importa.

Jamie tragó con dificultad. Estaban cruzando una línea que no sabía si debían cruzar. Ni siquiera sabía si ya la habían cruzado.

Alex también pareció darse cuenta de ello. Se enderezó y le soltó la mano.

–Quiero decir, ¿qué haría sin tu ayuda como asistente? Nadie puede hacer todo tu trabajo. No encontraría otra empleada así, no existe. Eres una *superwoman* o algo así. –Alex sonrió, pero era una sonrisa forzada.

Quizás después de todo Mark tuviese razón respecto a los sentimientos de su hermano, pero al pensar en Mark Jamie recordó por qué estaba allí.

–¿Qué vas a hacer con tu familia?

Alex suspiró y se apretó el puente de la nariz como si de pronto le doliera mucho la cabeza.

–Voy a ir a verlos –dijo al fin.

–¿De verdad? –Jamie no podía ocultar el alivio en su voz.

–Solo si me acompañas. –La sorprendió con sus palabras–. Eres la única persona en a la que le he confiado esta información. Así podremos seguir trabajando y asegurándonos de que la empresa vaya bien.

Alex acababa de conseguir que el viaje personal se convirtiera en uno de negocios. Jamie entendía su razonamiento pero no estaba segura de poder controlar sus sentimientos para que fueran solo profesionales. De todas formas él la necesitaba, lo cual la asustaba y la entusiasmaba en igual medida. Jamie no entendía por qué él le tenía tanta fe.

–Vale –dijo asintiendo despacio–. Iré. Mark dijo que siguen en la misma dirección y que...

–Lo sé –Alex cogió su cerveza y se la terminó.

Capítulo 10

Volvieron a casa en silencio. Cuando el coche entró en el largo camino que llevaba hacia la casa de Alex, él empezó a hablar.

–Si te incomoda venir conmigo...

–Estaré bien. Puedo arreglar lo que haga falta mañana en la oficina.

Liberaré tu agenda y buscaré a alguien que pueda sustituir a Gina temporalmente por si sigue enferma. –Jamie sacó el móvil. Tenía una llamada perdida de Nicholas y un mensaje de Gina–. Mira, Gina ya está bien.

–Bien. –Alex entró al garaje–. ¿Seguro que no te importa venir conmigo?

–Apagó el coche y se giró para mirarla.

Jamie dudó, no sabía si Alex estaba arrepintiéndose de haberla invitado. Quizás lo hubiese dicho en un arranque y ahora que lo pensaba bien ya no estuviera seguro de quererla mezclar con su familia. Le daría vergüenza presentarla.

–Como quieras, Alex. Puedo ir contigo o quedarme al frente en la oficina.

–Se mordió el labio, esperando que esa respuesta le permitiera a Alex decidir lo que quisiera sin sentirse obligado a nada.

Alex abrió la puerta del coche y salió.

–De acuerdo, te digo algo por la mañana. –Caminó hacia la casa mientras Jamie bajaba del coche–. Hasta mañana, Jamie. Gracias. –Desapareció detrás de la puerta dejando que se cerrara sola.

Jamie se quedó en el garaje y no se movió hasta que la luz automática de la puerta se apagó. Entonces se movió rápido porque se sentía rara. Fue hasta la puerta lateral y luego a su piso. Ya se había puesto el sol y las luces de encendido automático parpadeaban a su paso. En el cielo había estrellas brillando como un polvo de diamantes. Jamie no sabía qué pensar o cómo hacer que su cerebro dejara de pensar en Alex.

Quizás fuese mejor no acompañarlo. Le costaba tanto no involucrar a su corazón, pero los sentimientos volvían una y otra vez. Quería que Alex viera a su familia, que pudiera despedirse de su padre, pero ¿era necesario que ella

estuviera allí? A veces tenía la impresión de que Alex quería acercarse a ella pero luego se alejaba. Dejó muy claro que la necesitaba como asistente personal, nada más. ¡Acababa de irse a pasar unos días con otra mujer! No deseaba tener a Jamie en su cama. Jamie seguiría siendo profesional. Si quería que lo acompañara... ¿Adónde tenían que ir? No lo sabía. Pateó una piedrecilla por el camino. Si Alex quería que la acompañara sería solo un asunto de trabajo. Nada más. Por parte de ella no iba a haber nada personal. Podía ser profesional. Otra vez.

Abrió la puerta de su piso y se dio en la cabeza al entrar. ¡Mierda! Iba a tener que pedirle a Alex que la llevara a la oficina al día siguiente. Volvió a casa con él y dejó el coche en el garaje del trabajo. Otra vez.

Su móvil vibró en el bolsillo de la chaqueta. Lo sacó y vio el nombre de Nicholas en la pantalla.

–Ahora no –murmuró, tentada a dejar que saltara el contestador automático, pero respondió–. Hey, Nicholas. –Tenía que decirle que no quería tener una cita con él. Al menos de momento.

–Hola, Jamie –respondió Nicholas, sonaba feliz. A Jamie se le encogió el estómago. De ella dependía que esa alegría fuera a más o que desapareciera por completo. Pero luego Nicholas la sorprendió. Se aclaró la garganta–: Puede que pienses que te he llamado para invitarte a cenar, pero en realidad es para librarte de ello.

–¿Librarme?

–Pues sí. Cuando volvía de trabajar hice una parada en mi bar favorito para tomar algo. Un garito pequeño. Genial por sus alitas de pollo. –Dudó, como si esperaba a que ella dijera algo. Jamie no sabía qué decir–. Vi a Alex Reid en una esquina, debajo de la cabeza de ciervo. Tú también estabas allí. Parecía una conversación bastante intensa, ni siquiera me viste.

Jamie gimió.

–No es lo que piensas –dijo–. Es mi jefe. Solo era una reunión de trabajo rápida. Nada más. –*Pésimo, lo estás haciendo pésimo, Jamie.*

–No tienes que darme explicaciones, Jamie –dijo Nicholas–. No es asunto mío. Da igual el tipo de reunión que fuera. Vi cómo lo mirabas y sé que no estás disponible para ir a cenar.

Jamie se quedó callada, estaba demasiado avergonzada para decir nada. Nicholas se mostró agradable.

–Oye, no pasa nada. De todas formas quedamos para cenar si quieres.

Así que no iba a renunciar a ella tan fácilmente. Jamie estaba a punto de dejar pasar a un tipo encantador. Alex mencionó que Nicholas no era pobre y que no se fiaba de él. Pues estaba muy equivocado.

–Alex y yo no estamos juntos.

–Aún no –se rió–. No dejes que se comporte como un idiota y lo estropee. Oye, tengo que colgar. Quédate con mi número por si las cosas cambian.

–Claro. Seguro. Gracias. Ya nos veremos.

Jamie sabía que había quedado como una tonta, pero no sabía qué más decir. Después de colgar se dejó caer en la cama. Nicholas tenía razón, no podía negar que sentía algo por Alex y que se trataba de algo nada profesional, daba igual lo que él sintiera. Estaba engañándose a sí misma al pensar que podía ser estrictamente profesional. No podía.

Tenía ganas de gritar en la almohada.

¡Joder! Primero se había enamorado del hijo del jefe y había metido la pata hasta el fondo. Y ahora estaba enamorada del jefe.

Su móvil le vibró en la mano. Lo levantó para ver quién llamaba.

Era un mensaje de Alex: **Vuelo confirmado. Nos vamos por la mañana.**

Aun en aquellas circunstancias a Jamie le entusiasmaba viajar en primera. ¡Los asientos eran enormes! La gente te miraba con envidia al pasar hacia los lugares del fondo en los que iban como sardinas. Solo estaban ellos dos en primera clase. La auxiliar de vuelo había venido ya varias veces a ofrecerles algo de beber y Alex, que parecía que necesitaba una copa, dijo con amabilidad que no.

Casi no habían hablado en la oficina. Jamie se levantó temprano, fue a correr en la cinta y luego hizo la maleta. Iba a pedir un taxi cuando Alex dijo que iba a la oficina y se ofreció a llevarla. Jamie aceptó y eso fue lo último que hablaron, hasta que llegó la hora de ir al aeropuerto. Era muy incómodo. Jamie lo odiaba.

–¿Aún piensas ir a la boda? –preguntó Alex de pronto.

Jamie lo miró, levantando la mirada del libro que tenía entre las manos pero que no estaba leyendo.

–No lo sé. –Se encogió de hombros–. Esperaba que mi hermana me llamara. –Dejó el libro–. Días atrás me llamaba y me mandaba mensajes veinte veces al día y ahora nada. Es muy raro.

–Deberías ir. Y estaría bien que le dieras una pequeña dosis de hacerla sentir pequeña –dijo Alex. Su cara no revelaba nada–. Estás muy guapa. Has perdido peso. Estás segura de ti misma. Y tienes un trabajo maravilloso del que puedes presumir. –Le guiñó un ojo–. Deberías presentarte radiante y hacer que tu hermana desee haberte tenido a ti de dama de honor, en vez de a cualquier amiguita de esas tuyas huesudas a la que haya elegido.

Jamie se rió.

–No. No soy de las que se vengan. –Sonrió, se alegraba de que Alex volviera a hablar–. No me divertiría. Además, mi hermana cree que ser huesuda es genial.

–Entonces tal vez haya otra forma de vengarte. –Alex tamborileó con los dedos sobre el reposabrazos–. Tienes que ir con algún chico guapo. Alguien que la deje tanto a ella como a todos los demás con la boca abierta. ¡Yo podría ir contigo! Cuando te contraté, Stephen me dijo que Christine no paraba de decir que te ibas a enamorar de mí y que no tenías ni la más mínima posibilidad. Que yo nunca tendría interés por una chica como tú.

Jamie se sonrojó.

–¿Eso te dijo?

–Muchas veces. He tenido muchos más encontronazos con tu familia de los que me gustaría. No soporto a la mía. Pero la tuya... están locos. –Se echó a reír–. A Christine le sentaría fatal si nos presentáramos juntos, estoy seguro. –Alex levantó la mano–. Tú estás viniendo a este viaje conmigo. Para compensarte puedo ayudarte con eso.

La desilusión fue como un golpe en el estómago. Alex no se lo ofrecía porque quisiera ir con ella sino por corresponder.

–No te va a gustar venir a la boda. Ni siquiera te caen bien los novios.

–No, pero es una cuestión de trabajo –Alex sonrió con amargura–. Y quiero que Stephen se dé cuenta de que eligió mal a la hermana.

Jamie se estremeció. Solo Alex podría considerar una boda como una cuestión de trabajo.

–Intentar vengarme de Christine me parece demasiado trabajo. Prefiero seguir con mi vida.

–Tú decides. Pero que sepas que mi oferta está ahí por si la quieres. – Alex se enderezó en el asiento cuando se encendió el aviso de abrochar los cinturones–. No me gusta deber favores, siempre pago.

Jamie lo miró un momento y luego suspiró.

–No me debes nada. Me alegro de poder ayudarte con esto. –*Como amiga.*

–Siento que te perdieras tu cita con Nicholas por mí. –Se aclaró la voz–. Lo vi en tu agenda... Nuestras agendas están conectadas. –Apartó la mirada de golpe.

Jamie arqueó una ceja.

–No pasa nada –dijo–. De todas formas la cita se había cancelado. Nick nos vio en el bar anoche. Intenté explicárselo pero... –Meneó la cabeza–. Da igual.

Alex hizo una mueca, parecía que lo lamentaba.

–Lo siento. Hablaré con él cuando volvamos para explicárselo.

–No pasa nada. –Jamie apoyó la cabeza en el cojín de cuero–. Pensándolo bien no tenía muchas ganas de ir a la cita. No me atrae tanto. –¿Acababa de decir eso en alto? ¡Mierda!

–¿De verdad?

–De verdad. ¡Joder!

Alex mostró una amplia sonrisa.

–Bien. –Se recompuso de inmediato–. Quiero decir, que está bien saberlo. No tengo que sentirme mal por haberte estropeado los planes.

Jamie contuvo las ganas de reír. Casi nunca veía a Alex perder su fachada como acababa de ocurrir. Sería tonta si no disfrutara el momento. Se relajó para esperar el aterrizaje.

El destino era Philadelphia. Alex creció a las afueras, en un barrio de clase media.

–No me puedo creer que no se hayan mudado –murmuró Alex mientras una limusina los llevaba al hotel–. Joder, que soy multimillonario. Una cosa es que no quiera verlos, pero les daría dinero.

Jamie no dijo nada. Se preguntaba si Alex les había ofrecido dinero alguna vez o si le daba vergüenza que no se hubieran mudado. Antes de trabajar para él lo buscó por Google y no encontró nada sobre su familia. En aquel momento pensó que había comprado su privacidad con dinero. Podría comprar cualquier cosa, ¿por qué no?

Alex reservó la suite del ático en el hotel The Rittenhouse. Había dos habitaciones, pero la idea de dormir tan cerca de Alex le produjo a Jamie

escalofríos. Llevó la maleta a su habitación y sacó las cosas. La suite era espectacularmente lujosa.

Dio una vuelta, observando todos los detalles caros y los muebles. Cuando entró en la gran sala que conectaba las dos habitaciones encontró a Alex sentado en el sofá con la cabeza entre las manos.

–No sé si deberíamos hacer esto.

Levantó la mirada. El miedo era evidente en sus ojos. Parecía un adolescente perdido y asustado.

–Ya hemos venido hasta aquí –murmuró Jamie bajito, se moría de ganas de abrazarlo. Se abrazó a sí misma–. Puedes hacerlo.

–No sé.

–Es tu padre y se está muriendo. Si no lo haces lo vas a lamentar el resto de tu vida.

Alex asintió y se levantó.

–Venga, acabemos de una vez con esto.

Se enderezó la corbata y se puso la chaqueta, entonces su cara volvió a ser ilegible.

Jamie se sentía fatal. Sabía lo que él estaba sintiendo y deseaba poder borrarlo. También sabía que ella no debería estar allí. Acabaría con todas sus probabilidades de tener una relación con cualquier otra persona nunca más.

No había quien se enamorara de Alex Reid y luego pudiera recoger los pedazos y seguir adelante. Los pedazos se perdían en el viento y el corazón se te quedaba destrozado para el resto de tu vida.

Capítulo 11

La limusina los esperaba cuando salieron del Rittenhouse. Alex le dio instrucciones al conductor para que los llevara directamente al hospital. El camino se hizo largo y en silencio. Alex permanecía agachado, mandando mensajes con el móvil o revisando los que le llegaban. Jamie miraba por la ventanilla, poniéndose cada vez más nerviosa a medida que pasaban los segundos. Las imágenes de Alex gritándole a Mark o poniéndose como loco junto a la cama de su padre le pasaban por la cabeza. ¿Y si haber venido era un gran error? Alex le echaría la culpa a ella si todo salía mal. Y tendría razón, había sido ella quien lo había presionado para que le abriera la puerta al pasado y viera a su familia. Cruzó los dedos, esperando que todo saliera bien. En el fondo sabía que estaban haciendo lo correcto, que Alex lo necesitaba tanto como su familia. Pero los nervios la llevaban a preocuparse. Se mordió el labio y siguió mirando por la ventanilla cuando se acercaron a una de las entradas del gran edificio gris de cemento del hospital. Irónicamente, el cielo se había cubierto de nubes y parecía que iba a llover.

Alex preguntó por la habitación de su padre en la recepción. En el ascensor, tomó la mano de Jamie y entrelazó sus dedos con los de ella. Ninguno de los dos dijo nada. La puerta del ascensor se abrió y Jamie vio a Mark caminando de un lado a otro en la sala de espera. Se quedó helado al verlos.

Alex dudó dentro del ascensor, apretaba la mano de Jamie tan fuerte que dolía, pero ella no intentó retirarla.

Los hermanos se miraron. Sin hablar, sin moverse. Finalmente Jamie dio un paso hacia adelante, tenía miedo de que la puerta del ascensor se cerrara y volvieran a la planta baja.

–Hey, hermano. –Mark habló primero y se aclaró la voz. Movi6 la cabeza hacia Jamie–. Hola, Jamie. Me alegro de verte.

–Mark. –Una sola palabra, cargada de emoción y sin embargo dura como la piedra.

–Papá te espera. –Mark se metió las manos en los bolsillos traseros de los vaqueros–. Solo puede entrar una persona a la vez. Está en la 203.

–Lo sé –La voz de Alex sonó dura, fría como el acero.

Soltó la mano de Jamie como si le quemara y caminó por el pasillo, dejándola a solas con Mark.

Jamie se sentó en una de las sillas de la sala de espera. Dejó salir una larga exhalación por la boca. La tensión se cortaba con cuchillo. Había oído antes esa expresión, pero no la había entendido hasta aquel momento.

–Gracias por traerlo –dijo Mark sentándose a su lado.

Jamie asintió. No sabía qué decir, una parte de ella estaba enfadada con el Mark adolescente por no haber defendido a su hermano.

Él la miró con atención.

–Así que te lo ha contado todo, ¿eh?

–Sí –dijo ella–. Una historia interesante.

–Me alegro de que se haya tragado el orgullo y haya venido. No ha hecho bien ignorando a nuestro padre todos estos años, pero al menos va a enmendar al final.

Jamie frunció el entrecejo.

–¿Eso es lo que piensas? ¿Que ha sido culpa de Alex?

Mark la miró sorprendido.

Jamie ignoró su sorpresa.

–Si tu padre de verdad hubiera querido verlo, ¿por qué no se disculpó con él? Si tu padre formó parte del cuerpo militar, ¿por qué tenía favoritos? Tú eres el hijo bueno, ¿no? ¿Nunca te equivocas?

Las cejas de Mark se unieron.

–Pero, ¿de qué narices hablas? ¡No había favoritismos!

Jamie lo miró con odio. Era normal que él no lo considerara favoritismo. Su hermana tendría la misma reacción. Ambos estaban ciegos ante el trato inadecuado.

–Alex me lo ha contado todo. Sinceramente no lo culpo por haberse mantenido alejado después de que tu padre se portara tan mal con él. – Sacudió la cabeza molesta–. ¡Su propio padre! Declarar contra su hijo en el juicio.

–¡Porque Alex se lo merecía! –Mark levantó la voz–. ¡Casi mata a aquel chico!

–¡Se peleó con alguien de su edad para defender a una chica inocente! Y de todas formas, tu padre debería haberlo apoyado. ¿Crees que habría hecho

lo mismo si se hubiese tratado de ti?

–¡Sí! –gritó Mark y luego bajó la voz–. Porque lo que Alex estuvo mal. ¡No fue nada noble como te ha hecho creer! –Mark meneó la cabeza, mirándola con ojos oscuros y enfadados–. ¿Sabes qué? Deberías mantenerte al margen de nuestros asuntos de familia.

–¿Por qué? ¿Porque tu padre y tú habéis pasado demasiados años creyéndos la historia que os habéis contado a vosotros mismos y sois incapaces de ver que fue de otra manera? ¿Porque no podéis admitir que quizás os equivocasteis? ¿Porque eres demasiado orgulloso para pedir perdón, súper chico? –Se levantó, enfadada por haber pensado que Mark era buena persona. Solo representaba un papel para lograr que Alex viniera.

–¡Joder, cállate! –Cogió el brazo de Jamie y lo apretó haciéndole daño.

De pronto, Alex apareció como de la nada. Cogió a Mark por el cuello de la camiseta, sus ojos lanzaban chispas mientras lo estampó contra la pared. Pegó su cara a la de Mark.

–Jamás vuelvas a tocarla –siseó, su voz mortalmente baja–. O te mato, juro que te mato.

Jamie levantó la mirada y vio a las enfermeras que se ponían de pie desde su puesto de guardia. Una de ellas cogió el teléfono, probablemente para llamar a seguridad.

–Alex, Mark, tranquilizaos los dos.

Los cogió a los dos del brazo e intentó separarlos. Mark se sacudió con un gruñido, lo cual hizo que Alex se enfadara aún más.

–¿Alex? ¿Mark?

–¿Qué? –Los dos hombres miraron a una enfermera mayor de cara pálida.

–No le queda mucho tiempo a vuestro padre –dijo bajito–. Quiere veros a los dos. –Los miró con seriedad–. Os sugiero que os comportéis unos minutos.

Mark respiró hondo y se separó de su hermano para seguir a la enfermera.

Alex le cogió la mano a Jamie y tiró de ella. Jamie dejó escapar un suspiro tembloroso. Las cosas se estaban poniendo feas, no parecía que fuera a llegar la reunión familiar feliz que ella había esperado.

El padre de Alex se veía increíblemente frágil, pero sus ojos, del mismo azul brillante que los de Alex y Mark, aún estaban en alerta, igual que los ojos de sus hijos. Miró cansado a sus dos hijos y luego su mirada pasó despacio a Jamie. Consiguió sonreír, pero aún ese diminuto movimiento pareció dejarlo exhausto.

–Tú debes de ser Jamie –dijo sin aliento–. He oído hablar mucho de ti... De parte de los dos.

–Papá, descansa –dijo Mark–. No te canses. –Se acercó para coger la mano de su padre.

–Es demasiado tarde para eso, hijo. –Movi6 la mano–. No me queda tiempo. Pero os necesito a los dos aqu6. –Respir6 un poco para recuperar fuerzas–. He hecho las paces con Alex. Ahora necesito que los dos me promet6is que los problemas conmigo no os impedir6n tener una relaci6n en el futuro.

Los hermanos se lanzaron miradas asesinas y, por un segundo, Jamie estuvo segura de que iban a empezar a discutir.

–Prometedlo. –La voz del padre era tan d6bil que casi no se o6a–. Por favor.

–Vale –dijo Alex.

Al mismo tiempo, Mark dijo:

–Lo intentar6.

–Bien. –El hombre cerr6 los ojos, su respiraci6n era err6tica–. Estoy cansado.

–Pap6... –susurr6 Mark–. Espera.

La enfermera intervino.

–¿Por qu6 no dej6is descansar a vuestro padre ahora?

Mark asinti6 y sali6 de la habitaci6n con ella.

–¿Pap6? –Alex se acerc6 al o6do de su padre–. Lo... Lo siento, por todo.

Su padre le ofreci6 una sonrisa d6bil, los efectos de los medicamentos y del c6ncer se hac6an notar.

–No tienes que disculparte por nada. Saliste mucho mejor de lo que jam6s habr6a imaginado.

Alex inspir6 con fuerza y una l6grima rod6 por su cara. Jamie le toc6 el brazo y 6l tir6 de ella para acercarla. Le temblaban los hombros.

Se quedaron sentados en la habitaci6n del padre sin hablar, de la mano, mirando el monitor y escuchando la respiraci6n superficial de su padre. El m6dico les explic6 que su padre iba a entrar en coma y probablemente ya no despertar6a. Alex asinti6 e hizo algunas preguntas. Luego fue al mostrador de las enfermeras para asegurarse de que todas las facturas del hospital estuvieran pagadas. Mark entr6 unas cuantas veces, m6s tarde volvi6 con su mujer. Se presentaron brevemente y se sentaron en silencio.

Alex se llevó a Jamie al pasillo para caminar un poco mientras Mark y su mujer se quedaban con su padre. –Mi padre me ha dado una carta –dijo Alex mientras bajaban las escaleras hacia la planta baja para tomar un café. Se detuvo en el penúltimo escalón. Estaban solos en las escaleras–. Mi madre murió hace poco más de diez años. –Se le quebró la voz mientras hablaba–. Esa fue la última vez que los vi. Juré que no volvería. –Se cubrió la cara con las manos–. ¡Joder, joder, joder!

Jamie lo abrazó fuerte mientras lloraba. Dejó que a ella también se le rodaran unas lágrimas silenciosas. Deseaba poder paliar el dolor de Alex.

Finalmente, Alex inhaló y se apartó. Se secó la cara y sonrió con tristeza.

–Lo siento.

–No pasa nada. –Jamie se secó las lágrimas con el dorso de la mano–. Es horrible, lo sé.

–Sí, es horrible. –Alex arrugó el entrecejo y sacó el móvil del bolsillo. Miró sus mensajes–. Se ha acabado. –Se giró y subió de nuevo a la habitación de su padre.

–¿Estás seguro de que quieres pasar aquí la noche? –preguntó Jamie.

Habían vuelto a la suite del hotel a pesar de la invitación que Mark les hizo en un esfuerzo de ir todos juntos a la casa en la que crecieron.

–Estoy seguro.

Alex se sentó en el sofá, tenía la voz ronca de llorar. Giraba entre las manos el sobre de su padre.

–¿Quieres beber algo?

El minibar de la habitación tenía de todo.

Alex meneó la cabeza y le indicó que se sentara junto a él. Tiró de ella cuando se sentó a su lado y le apoyó la cabeza en el hombro.

–Ahora mismo solo te necesito a ti.

Jamie le acarició el pelo.

–¿Qué decía la carta? –preguntó Jamie con suavidad.

–Todo. –Alex suspiró–. Intentaba pedir perdón y explicármelo todo. Sentía que las cosas hubieran sido como fueron. Me exigió demasiado y deseaba no haberlo hecho, pero también dice que se alegra de haberlo hecho. Le preocupaba que me hubiese metido en un camino oscuro del que no pudiera salir. Pensaba que presionándome me motivaría. Dice que su padre hizo lo mismo con él, que por eso entró en la Marina y subió escalafones tan

rápido. –Se le cortó la respiración, pero continuó–. Accedió a testificar en mi contra para que no me trataran como un adulto. Si me trataban como menor mis antecedentes penales se borrarían al cumplir la mayoría de edad y empezaría de cero. Lo hizo todo por mí, yo no tenía ni idea. Y lo ignoré. – Nuevas lágrimas cayeron sobre el hombro de Jamie.

–No podías saberlo. Has hecho las paces con él. Está bien.

Alex meneó la cabeza.

–No, no está bien –gimió–. Podría haber pasado más tiempo con él si de verdad hubiese hecho un esfuerzo, pero... –sollozó y se cubrió la cara con las manos–. Es culpa mía, otra vez.

Jamie le levantó la barbilla para mirarlo.

–No puedes cambiar el pasado, Alex. Solo puedes actuar en el presente y en el futuro. La mejor forma para ello es que retomes el contacto con tu familia. Arregla la relación con tu hermano.

–Lo intentaré. Por mi padre. –Alex apretó los labios–. Te lo aseguro.

Pasaba de las tres de la mañana. No se fueron a dormir, se quedaron en el sofá, esperando el amanecer. Alex extendió el brazo sobre el respaldo del sofá y Jamie se recostó sobre su hombro. Poco a poco se quedó dormida, escuchando el fuerte y estable latido del corazón de Alex.

Capítulo 12

–Ya lo he arreglado todo en el tanatorio –dijo Mark con cabezonería–. Todo está listo.

–¿Puedo ayudar en algo?

“No. Habrá una breve ceremonia dentro de dos días en el Tanatorio Spurr. Papá quería que mantuviéramos su ataúd cerrado. Lo vamos a enterrar al lado de mamá.

Alex asintió. Llevaba una camiseta de golf y vaqueros oscuros. Se veía como un hombre de negocios rico aún sin su traje. Mark, por su parte, llevaba vaqueros y una vieja camiseta de Queen. Se parecían tanto y a la vez eran tan distintos.

El atractivo rostro de Alex estaba pálido, con ojeras oscuras por no haber dormido. Jamie aguantó las ganas de ponerle una mano en el brazo para reconfortarlo, fingió mantenerse ocupada adaptando su agenda de trabajo para que pudiera quedarse un par de días más. Sin embargo, hacía ya una hora que lo había arreglado todo y no le quedaba nada más que hacer que escuchar a los demás y recibir mensajes llenos de rabia de su familia. Habían reaparecido como por arte de magia para quejarse de que no estaba ayudando a Christine. Sobre todo su madre... y Christine. Jamie decidió ignorarlas de momento.

–Me gustaría pagar el funeral y el entierro –dijo Alex–. Es lo mínimo que puedo hacer.

–Él nunca quiso un céntimo tuyo –gruñó Mark–. ¿Qué te hace pensar que yo ahora sí voy a aceptar tu dinero?

–No se trata de eso –dijo Alex. No había nada de enfado en su voz, tan solo resignación. Iba a costar mucho que los hermanos limaran asperezas, pero al menos Alex estaba intentando ser civilizado–. Es lo justo, ya que tú te has encargado de todos los trámites.

Mark dudó y cuando su mujer tosió a posta, puso los ojos en blanco.

–De acuerdo. Puedes pagar la mitad. Papá ya se había hecho cargo de casi todo cuando murió mamá. Aunque no lo recuerdes –balbuceó. Sacó una cerveza del frigorífico–. Ah, papá quería que hablaras en el funeral.

Jamie levantó la cabeza de golpe a la vez que Alex decía:

–¡¿Qué?!

–Lo ha pedido él, no yo –le soltó Mark y le dio una palmada en la espalda a Alex–. Todo para ti.

–Pero si llevaba sin hablar con él... ¿Qué voy a decir?

–Seguro que algo se te ocurrirá. –El tono de Mark sonó áspero, como si fuera incapaz de sentir empatía. Sin embargo Jamie sabía que él también estaba intentando ser civilizado. Los había saludado bien cuando llegaron por la mañana y les ofreció café y desayuno. Claramente había pasado mala noche, igual que ellos, y el cansancio de las últimas veinticuatro horas ahora se le notaba.

Alex se frotó la frente.

–De acuerdo –Suspiró–. Hablaré.

–Bien. –Mark se movió por la pequeña cocina hacia la puerta trasera–. No sé vosotros, pero yo necesito descansar, voy a echarme una siesta breve y luego haré el resto de llamadas.

Alex asintió.

–Si necesitas que haga algo...

–Yo me ocupo. Si os aburrís, hay una tele en el salón y una estantería en el estudio de papá. Comed lo que queráis. Vamos a poner en venta la casa dentro de unas semanas, cuando se abra el testamento.

–Vale –dijo Alex, obligándose a sonreír–. Podemos quedarnos por si alguien llama o viene por aquí. –Ya habían llegado flores de varias floristerías locales–. Jamie y yo nos mantendremos ocupados un buen rato.

Mark asintió y se marchó con su mujer. Alex esperó hasta que desapareció para girarse hacia Jamie.

–Voy a dar una vuelta en el coche.

–No tienes coche aquí. –Jamie no estaba segura de que fuera una buena idea, parecía que de un momento a otro iba a caer rendido.

Alex abrió una cajita de madera que había colgada junto a la puerta y sacó unas llaves.

–Nada cambia por aquí –murmuró.

–¿Quieres que te acompañe?

–Haz lo que quieras. –Salió y soltó una palabrota en voz alta. Luego abrió la puerta de mosquitera un segundo después y se asomó–. Lo siento, no quería que sonara así.

–No pasa nada.

Jamie se sentía mal por él y sabía que la rabia o frustración que pudiera mostrar no era por ella. Tendría toda la paciencia que hiciera falta.

–¿Quieres venir?

Jamie asintió y lo siguió hasta el garaje. Dentro había una vieja camioneta F150. Aunque tenía sus años estaba en perfectas condiciones. Lo mismo con el orden en toda la casa. Orden naval. Perfección militar.

Alex se quedó sentado un momento, mirando al frente, luego emitió un suspiro profundo y arrancó. La camioneta cobró vida de inmediato y salió del garaje.

Jamie alzó la mirada al cielo, que estaba cubierto de unas nubes oscuras.

–¿Estás seguro de que te apetece dar una vuelta en coche?

–Sí. –Le dio con más fuerza de la necesaria al mando que cerraba la puerta del garaje–. Necesito salir y que se me aclare la cabeza. No puedo quedarme en la casa mirando esas malditas paredes de siempre. Me siento como si hubiera vuelto al Instituto.

–Parece que va a caer una tormenta.

Alex miró las nubes y se encogió de hombros.

–Solo lloverá un poco.

Jamie se echó hacia atrás y permaneció en silencio. Las nubes eran oscuras y amenazantes. Iba a ser más que una simple lluvia. Al menos ella estaba con él por si necesitaban parar.

Condujeron durante quince minutos sin hablar. Cuanto más se alejaban de la casa familiar más se relajaba Alex. Su expresión no cambió ni dijo nada, pero Jamie notó que algunas de las arrugas del entrecejo y los hombros adquirirían una posición de más comodidad. Empezó a llover y, poco después, la lluvia se hizo más intensa. Los truenos rugían a gran volumen y los rayos en la distancia eran como un dedo que intentara señalarlos.

La lluvia se volvió torrencial. Jamie no veía si aún estaban a las afueras debido a la lluvia, la visibilidad no alcanzaba más de dos metros.

–Para a un lado –dijo ella.

Alex emitió un ruido de queja pero lo hizo. Se apartó hacia el arcén debajo de un puente. El viento empujaba la lluvia hacia ellos, pero al menos

no resultaba tan fuerte como si hubiesen aparcado directamente bajo el agua. No había ni un coche ni un solo animal. Todos habían sido más sensatos.

Alex apagó el motor y se giró para mirar a Jamie. Sin una palabra, se acercó y tiró de ella. Jamie se soltó el cinturón de seguridad y se acercó a él. Odiaba verlo tan perdido. Le apretó la mano.

–¿Qué puedo hacer para ayudarte?

–Esto. –Alex la levantó para sentarla sobre sus piernas y la besó con fuerza.

Un calor instantáneo se apoderó de Jamie en cuanto la tocó. Correspondió al beso y le rodeó el cuello con los brazos. Se le levantó la falda cuando él la sentó sobre sus piernas. La camioneta tenía el espacio perfecto entre Alex y el volante. Alex le sujetó el trasero y le levantó aún más la falda. Jamie restregó la cadera contra los muslos de Alex, su cuerpo actuaba solo.

–Haz que no piense durante un rato –murmuró él mientras sus labios bajaban por el cuello de Jamie.

Era algo que ella podía hacer. Bajó las manos para desabrocharle la camisa. Jamie arqueó ligeramente la espalda para ver el cuerpo de Alex, quien gimió cuando ella le tocó el pecho desnudo.

–Eres increíblemente sexy –susurró.

Jamie contuvo la respiración cuando la mano de Alex se deslizó por el hueso de su cadera, por encima de la falda. Luego entró y los dedos pasaron sobre las delgadas bragas. Jamie correspondió acariciando uno de los pezones de Alex entre el pulgar y el índice mientras con la otra mano le desabrochaba el pantalón. El deseo se apoderó de ella, mientras el calor le recorría el cuerpo y se humedecía ante las caricias de Alex. El pelo de Jamie cayó sobre su cara cuando se acercó para probar la deliciosa carne blanda del lóbulo de la oreja. Lo mordisqueó con suavidad, su aliento caía caliente sobre la piel de Alex y calentaba la cara de Jamie.

Alex dijo casi sin aire:

–¿Cómo se te da tan bien esto?

Jamie no respondió. No podía. En primer lugar porque no sabía. En segundo porque en aquel momento no le importaba un pepino por qué lo hiciera bien. Solo podía pensar en una cosa. Él dentro de ella. Le sujetó la polla y se la acarició mientras lo besaba y sus lenguas se saboreaban. Él volvió a gemir y le acarició los pechos antes de desabrocharle la blusa. Con un solo movimiento desabrochó el broche frontal del sujetador y le cogió los pechos con las dos manos cuando quedaron libres. Jamie gritó suavemente

cuando la mano de Alex dejó de frotar las bragas mojadas para tocarle los pechos.

Alex parpadeó, saliendo por un instante de su ensimismamiento de excitación. La miró con un deseo que le costaba controlar.

–¿Te he hecho daño? –preguntó con voz ronca–. ¿Quieres que pare?

Jamie sonrió con una seguridad que sabía que no poseía.

–¡Por Dios, no! –Se mordió el labio y levantó la cadera para intentar que la polla de Alex se abriera paso entre las bragas–. No pares. Por favor. –Cerró los ojos cuando la punta empujó contra ella, provocándole un temblor que casi la llevó al abismo.

La boca de Alex chocó contra la de ella y él bajó la mano para echar el asiento hacia atrás..

–Tumbate bocarriba –siseó. Con un movimiento la giró y la tumbó sobre el asiento de la camioneta.

Aún cubría uno de sus pechos con la mano mientras Jamie caía tumbada. Le pellizcaba con fuerza el pezón. El dolor trajo una nueva ola de pasión mientras Jamie gemía de placer. Alex estaba encima de ella, besándole la mandíbula, el cuello y luego los pechos. Los escalofríos se desataron por la espalda de Jamie cuando Alex atrapó con la boca su pezón. Lamió y el placer recorrió el cuerpo de ella. Alex gemía, mordiendo el pezón mientras su mano bajaba por la tripa de Jamie.

Le levantó más la falda y metió la mano en las bragas para tocarle el coño desnudo.

Jamie apretó los dientes para evitar gritar cuando sintió su mano. Alex sonrió contra su pecho y siguió lamiéndolo mientras le frotaba el clítoris. Jamie levantó la cadera cuando el placer se propagó por su cuerpo como si fuera electricidad. No podía pensar ni hacer ninguna otra cosa. Sujetó el hombro de Alex cuando él le metió dos dedos y empezó a empujar con suavidad.

–No aguanto más –soltó ella–. Por favor. Fóllame, Alex. Fóllame.

Él gruñó y sacó la mano de las bragas.

El placer que se había ido acumulando en el interior de Jamie se desinfló lentamente. La boca de Alex abandonó su pecho para mirarla con unos ojos azules encantadores.

–Aún no –dijo provocándola–. Tendrás que rogar mucho más.

–Por favor –susurró ella.

Él sujetó sus bragas y el sonido de estas rompiéndose hizo que el placer se desatara una vez más dentro de Jamie. Los ojos de él le recorrieron el cuerpo mientras rasgaba el otro lado de las bragas y sacaba los jirones. Sujetó ambos lados de su cadera y la levantó para que la cabeza de Jamie quedara contra la puerta del pasajero.

Jamie suspiró con anticipación cuando se dio cuenta de lo que él quería hacer.

Alex bajó la cabeza hasta su entrepierna y le lamió el coño. Jamie casi gritó cuando la lengua de él empezó a explorarla. Su cadera se alzó y él se la sujetó para que no se moviera.

–No te muevas. –Dibujó una línea de besos en la cara interna de uno de los muslos y luego subió para atormentar el otro.

Alex parecía disfrutar los suspiros de Jamie y el temblor de su cuerpo porque continuó aquella dulce tortura volviendo una vez más a su coño.

–Alex –gimió ella–. Por favor.

–Por favor, ¿qué? –dijo mordeándole un lado de la cadera.

–Por favor fóllame.

Él sonrió, presumido, seguro de sí mismo.

–No. Aún no. Quiero probarte.

Bajó la cabeza y su lengua encontró el clítoris y empezó a acariciarlo. Jamie arqueó la espalda, intentando que entrara en ella. Alex le metió dos dedos mientras seguía la dulce tortura con la lengua.

Jamie se corrió, explotando sobre su boca y gritando a la vez que todos y cada uno de sus músculos se contraían, provocándole olas de placer. Pero no quedó saciada como habría querido.

–Por favor, Alex. –Levantó la cabeza y lo miró. Él seguía lamiéndola–. Si no me follas ahora mismo ¡te mato!

Alex levantó la cabeza con una ceja arqueada por la sorpresa. Se deslizó despacio sobre ella, de manera que su camisa, su cinturón y sus pantalones también le rozaron el clítoris, provocándola. Alex se bajó el pantalón y los bóxers con un movimiento rápido, liberando su dura roca. La restregó contra la piel interna del muslo de Jamie.

Jamie se estremeció, le encantaba sentirse expuesta de aquella manera. Observó fascinada cómo de deslizaba él hacia su interior y luego salía despacio. Quería cerrar los ojos para disfrutarlo, pero la cara de Alex se lo impidió. En ella había deseo, pasión y algo poco familiar que le dio miedo identificar.

Alex agachó la cabeza y su frente se apoyó contra la de Jamie. Apoyó los brazos, atrapando a Jamie debajo de él. Entró hasta el fondo de ella con una suave estocada. Apagó los gritos de ella colocando su boca encima de la de Jamie, besándola sin miramientos, mientras la embestía.

La presión creció dentro de Jamie, hasta que ya no pudo aguantar más. Su cadera se agitó y se corrió con fuerza. Otra vez. La potencia de aquello la dejó temblando y jadeando en los brazos de Alex, lo cual lo llevó al límite. La cadera de él también tembló al correrse con ella. Cayó encima de Jamie, enterrando la cabeza en su cuello.

La furiosa tormenta que había en el exterior no era nada comparada con lo que ocurría dentro de la camioneta.

Despacio, Alex salió de ella, temblando y gimiendo al hacerlo.

–Eres increíble.

Volvió a temblar cuando se puso de rodillas para subirse los bóxers y los pantalones. Sujetó las manos de Jamie y la ayudó a sentarse. El trasero desnudo de ella se movió sobre el asiento de cuero. Alex enderezó el asiento y por ello la cara de Jamie quedó pegada a su pecho. Jamie se bajó la falda sobre el sexo desnudo, sintiendo pudor repentinamente. No frente a Alex, sino por si acaso alguien llamaba a la ventanilla empañada de la camioneta para ver si estaban bien.

Alex le acarició el pelo suavemente. Emitió una risa ligera y el sonido vibró en su pecho.

–Chica, eres una artista.

Jamie sonrió y le besó el pecho.

–A ti tampoco se te da mal.

Él volvió a reír.

–Pero *tú eres* increíble, Jamie. No tienes ni idea de lo increíble que eres.

Ella tembló y él la estrechó entre sus brazos.

–¿Tienes frío?

–Un poco –mintió. Ese no era el motivo por el que temblaba, sino por la descarga de placer que sentía al escuchar aquellos cumplidos.

Alex se quitó la camisa y se la puso a Jamie sobre los hombros.

–Toma –dijo–. ¿Mejor?

–Mucho mejor –dijo Jamie. Especialmente porque ahora podía acariciarle los brazos y el pecho.

Le pasó los dedos con suavidad sobre el bícep, disfrutando cómo Alex contenía la respiración mientras ella lo acariciaba.

Alex le dio un beso en la frente.

–Eres preciosa, Jamie. Absolutamente preciosa. Y tienes un cuerpo espectacular. ¡De muerte! –Le sujetó la cara entre las manos–. Lo digo en serio.

No. Jamie suspiró, recordando el sueño que había tenido y lo perfecto que era su cuerpo allí.

–Ojalá pudiera creerte.

–Deberías –dijo él–. Porque es verdad. –Se pasó las manos por el pelo, su look desarreglado lo hacía parecer aún más increíblemente sexy.

Esto no iba a durar. Ella se había enamorado perdidamente de él pero él tan solo buscaba una distracción. Cuando volvieran a trabajar ella no sería más que su asistente personal otra vez y él sería su jefe. Suspiró.

–¿Sabes algo? –Jamie entrelazó los dedos y apoyó sobre ellos la barbilla para poder mirar la expresión de Alex. Se giró para que su tripa quedara sobre la tripa dura y plana de él.

–¿Qué? –susurró él.

–El otro día tuve un sueño sexual contigo.

La polla de Alex se endureció contra el muslo de Jamie mientras él arqueaba las cejas y le ofrecía una sonrisa sexy.

–¿En serio?

–Me corrí dormida –le dijo en un susurro–. Dos veces.

–¿P-Perdona? –Su polla entendía lo que Jamie acababa de decir, pero quería volver a escucharlo.

–Tienes talento, chaval –dijo ella guiñándole un ojo.

Él gimió y le rodeó el trasero con las manos.

–¿Y en sueños soy mejor que en la vida real?

Ella inclinó la cabeza como si tuviera que pensárselo.

–No estoy segura... ¿Crees que podrías enseñarme otra vez cómo lo haces para que pueda comparar?

–Por supuesto –gruñó él y luego sus labios tomaron una vez más los de ella.

Capítulo 13

Hacía bastante rato que la tormenta había terminado cuando volvieron a casa del padre de Alex. Mientras conducían, la radio sonaba bajito con una estación de música country. Jamie se quedó dormida, con un cansancio placentero.

Cuando Alex paró la camioneta Jamie se dio cuenta de que habían llegado a la casa. Se enderezó y parpadeó, mirando a su alrededor.

–Jamie... –Alex tenía la mirada al frente, sus manos jugaban con las llaves. Abrió la puerta del garaje pero no había metido la camioneta aún–. Quiero disculparme por lo que ha ocurrido.

–No tienes que disculparte –Jamie le tocó la mano–. Yo lo deseaba claramente. –Sonrió con amplitud–. Las dos veces.

Alex pasó las manos al volante para evitar las manos de Jamie.

–No debe volver a ocurrir. –Alex meneó la cabeza–. No ha significado nada. Con todo lo que está ocurriendo necesitaba distraerme. Solo ha sido eso. Lo siento. No debería haberlo hecho. –Se negaba a mirar a Jamie a los ojos.

Aquella confesión fue como un golpe en el estómago. Jamie dijo una palabrota entre dientes. ¡Debería haberlo sabido! Ella solo podía ser un pasatiempo para él, una distracción agradable. Él era incapaz de sentir nada más por nadie. Quizás se había abierto a ella más que a ninguna otra persona, así que Jamie debía sentir como un logro haber obtenido tanto de él. Había creído que se había tratado de algo más que puro sexo debajo del puente. *Pero solo son ilusiones. Un pensamiento estúpido.*

–Por supuesto. –Tragó–. Me... Me alegro de que me lo digas. No busco nada más. No volverá a ocurrir.

¡Joder, le había hablado de su sueño! Quería morir de vergüenza.

Él la miró con lo que Jamie tan solo podía interpretar como lástima.

–Jamie...

–No. Está bien. –Abrió la puerta de la camioneta–. Los vecinos van a empezar a preguntarse por qué nos quedamos sentados aquí dentro. –Forzó

una media sonrisa antes de bajar, dejando a Alex sentado en la camioneta, mirándola con anhelo y lamento.

La cara de Alex la hirió más que sus palabras. Jamie sabía que él nunca podría interesarse por ella. Ella era tan solo una distracción. No había otra persona disponible y ella estaba más que dispuesta. Había actuado como una maldita perra en celo. ¡Y luego había pedido más!

¿Qué demonios estaba pensando?

¿Cómo narices iba a aguantar los días que faltaban?

Jamie entró de prisa a la casa, agradeciendo que la puerta no estuviera cerrada con llave. Corrió escaleras arriba hasta el baño. Cuando salió oyó a Alex moviéndose en la cocina y el tintineo de un vaso sobre la encimera. Esperó en el pasillo, no quería bajar y tener que hablar de nada con Alex. Se dio cuenta de que solo una de las puertas de la planta de abajo estaba cerrada del todo.

Con curiosidad, se acercó e intentó abrirla. No estaba cerrada con llave, así que pudo mirar dentro.

La habitación estaba llena de fotos de familia y pósters de estrellas del rock y de jugadores de baseball. Jamie reconoció a unos jóvenes Alex y Mark con sus padres. Mark parecía el chico de oro, mientras que Alex siempre tenía un aire de malicia. A medida que los chicos se hicieron mayores, la oscuridad en Alex se hizo mucho más evidente. No había ninguna foto de Alex más allá de los quince, pero sí que había un par de sus padres con Mark más mayores. Jamie tragó. Aunque todo hubiese sido por el bien de Alex, ella entendía que él se hubiera amargado. Aquellas fotos le recordaban a su propia familia. Cuando empezó a engordar su madre y su hermana la animaban a que fuera ella quien hiciera en las fotos para que no apareciera en ellas, de manera que la primogénita desapareció del álbum de fotos familiares después de cumplir doce años.

Sabía que aquella era la antigua habitación de Alex. La de Mark, que estaba del otro lado del pasillo, junto al baño, tenía maletas por todo el suelo y ropa doblada y colocada en distintos sitios por las numerosas veces que se había quedado para cuidar de su padre. Todas las demás habitaciones de la casa había entrado en el siglo XXI, pero la de Alex se había quedado atascada en el tiempo.

No había ningún rastro del potente hombre de negocios que ella conocía.

Tan solo veía a un adolescente normal al que le gustaba el rock, los deportes y los videojuegos. El escritorio estaba desordenado y lleno de cosas,

era como si nunca lo hubiera usado para estudiar. Los cajones del armario estaban cerrados de cualquier manera, un trozo de camiseta salía de uno y un calcetín de otro, como si el Alex adolescente fuera a volver en cualquier momento para cambiarse rápidamente de ropa.

Jamie se sentó en la cama y se echó hacia atrás. Algo chirrió y sacó dos revistas arrugadas de debajo de la almohada. Una era un ejemplar desgastado de *Playboy*, la otra de la revista de negocios *Business Insider*, que parecía robada de la biblioteca municipal veinte años atrás. Sonrió. Así era el Alex Reid que ella conocía.

—¿Jamie?

Se levantó de golpe de la cama, como si hubiera estado haciendo algo malo cuando oyó que Alex la llamaba al subir las escaleras. La puerta entreabierta se abrió por completo.

Alex miró despacio por toda la habitación, luego sus ojos se detuvieron en ella. Su cara no decía nada. Alex había logrado esconder sus sentimientos y su vulnerabilidad.

—¿Por qué estás aquí?

No había acusación en su voz, tampoco sentimiento alguno. Si se hubiese enfadado Jamie podría discutir, pero esto... A esto no sabía cómo responder.

—Yo no... Pensé que... —Suspiró—. Tenía curiosidad.

—No es asunto tuyo.

Jamie se sonrojó por lo directo de las palabras.

—Tienes razón. Lo siento. —Salió hacia el pasillo, pero Alex no se apartaba de la puerta.

—Ya te he pedido perdón por lo ocurrido. ¿Qué más quieres que te diga?
¡Que me quieras! ¿Que soy lo mejor que te ha pasado en la vida?

—Nada. Está bien. No le busques una interpretación a esto. Solo quería ver por qué estaba cerrada la puerta.

—¿Importa? —Alex meneó la cabeza y cerró los ojos un momento, el cansancio de antes estaba de vuelta. Movié la mano—. Olvida que te lo he preguntado. No importa. Acaba de llamarme uno de los inversores del nuevo negocio. Se retira.

Jamie estaba oyendo a Alex, pero en su mente ya sabía lo que estaba haciendo. Lo que Alex quería era alejarla, sacarla del cuadro para no tener que sentirse culpable o raro cada vez que la miraba mientras estuvieran en el entierro.

–... Necesito que vuelvas y te encargues de ello. Obviamente yo no puedo. No quiero perder a este inversor. Es uno de los motivos por los que el negocio va a salir adelante. Tienes que convencerlo de que se quede con nosotros. –Alex miró su reloj–. Te mandaré en el próximo vuelo. Tendrás tiempo para pasarte por el hotel y hacer la maleta antes de ir al aeropuerto. Gina ya está reservando tu billete y encargándose de que una limusina te recoja en el aeropuerto. –Se metió las manos en los bolsillos–. Siento tener que mandarte de vuelta después de... bueno, entiendes lo importante que es esto. Y por eso te contraté, después de todo. Para que pudieras hacerte cargo de las cosas cuando yo no puedo. Tengo el funeral. Tengo que escribir lo que voy a decir esta tarde. No puedo volver.

–Está bien. –A Jamie no se le escapó el alivio que asomó a la cara de Alex cuando ella aceptó–. Cojo el bolso y puedes llevarme al hotel. –Tenía que ducharse y hacer la maleta, pero una parte de ella se alegraba de la oportunidad de escapar y no tener que hacer frente a lo ocurrido en la camioneta.

–Mark viene de camino, así que no puedo irme ahora. –Miró su Rolex–. Te he pedido un taxi. Debería llegar de un momento a otro. –Y, como cronometrado, un pitido se oyó fuera de la casa–. Debe ser el taxi.

–¿Estarás bien con el funeral y con todo? –Jamie cerró los ojos. ¿Por qué se preocupaba?

–Estaré bien. Gracias. –Alex se hizo un lado para dejarla pasar–. Gracias por haber venido, ha sido un gran detalle.

–Y yo me alegro de haber estado aquí para ti.

Jamie pasó a su lado apretando los labios. El nudo que tenía en la garganta la estaba matando pero se negaba a dejar correr las lágrimas. Al menos no lloraría hasta llegar a casa y estar en su propia cama. Estaba furiosa con Alex porque, básicamente, la había puesto de patitas en la calle. Sin embargo no podía discutir porque ella también tenía unas ganas desesperadas de huir.

Capítulo 14

Jamie llegó a su piso debajo de la casa de Alex a última hora de la noche. Exhausta, se arrastró hasta la cama con la ropa puesta y puso el despertador para levantarse a tiempo. Tenía que bajar de la montaña rusa emocional en la que se encontraba.

Estaba demasiado cansada para seguir pensando, así que se quedó dormida y decidió que ya vería por la mañana qué hacer con la vida. Alex, su familia, su desastrosa vida personal, todo podía esperar. Nada iba a cambiar aquella noche así que no tenía por qué preocuparse por arreglarlo. Debía dormir.

La mañana no trajo consigo ninguna comodidad adicional, pero se sentía mejor. Se vistió y llegó temprano a la oficina, preparada para ponerse manos a la obra y refugiarse en el trabajo.

Si Alex la necesitaba, solo atendería a asuntos laborales.

Se reprendió. ¿Cuántas veces se había dicho lo mismo?

Gina entró y le dijo que el inversor estaba en el despacho de Alex. Jamie asintió y cogió su carpeta de la mesa.

–Gracias, Gina. –Fue al despacho de Alex y se quedó sorprendida–. ¿Nicholas?

–Hey, Jamie –dijo Nicholas, estaba tan sorprendido como ella–. ¿Qué haces aquí?

–Alex... El señor Reid me ha pedido que hablara con un inversor que no estaba seguro de su interés por el proyecto. Justo ahora estaba revisando los papeles. –Jamie bajó la mirada a la carpeta–. No me di cuenta de que eras tú.

Él se aclaró la voz.

–¿Dónde está Alex?

–En... –Jamie dudó si debía mencionar al padre de Alex–. El señor Reid está de viaje. Me ha pedido que hablara contigo. ¿Qué ocurre?

Nicholas sonrió de oreja a oreja mientras Jamie daba la vuelta para sentarse en el gran escritorio de Alex.

–Tengo dudas... Dudas sobre mis dudas.

Jamie sonrió.

–Cuéntame de qué se trata.

–¿Te lo cuento comiendo? –Nicholas miró a su alrededor–. ¿Las cosas no van bien entre tú y el *Señor Reid*?

Jamie sintió que le ardían las mejillas pero no les prestó atención.

–Ya te lo he dicho, Nicholas. Trabajo para el señor Reid. Nada más.

Él sonrió.

–Una mujer hermosa como tú, ¿y me vas a decir que Alex no lo ha intentado? Imposible.

Jamie se quedó mirándolo, se preguntaba si Nicholas sabía algo. Dudaba que Alex se lo hubiera contado. Quizás ella hacía que resultara obvio. Sostuvo la mirada de Nicholas, negándose a revelar nada.

–¡Madre mía! Pues sí que debes ser buena en tu trabajo para que él no quiera arriesgarse a perderte.

Jamie ignoró el comentario.

–Creía que querías hablar sobre tu inversión, no sobre el señor Reid, ni sobre mí –Jamie mantuvo un tono cortés pero firme.

Nicholas se tocó el lóbulo de la oreja.

–Lo siento. No era mi intención...

–Cuéntame por qué tienes dudas. ¿Por qué te estás pensando lo de invertir?

La conversación siguió y Jamie se mantuvo profesional en todo momento. Nicholas la felicitó por sus conocimientos y se disculpó mil veces por sus comentarios sobre ella y Alex. Cuando terminaron, él volvió a intentarlo:

–Jamie, quiero disculparme otra vez por mi comentario de antes. Fue muy poco profesional y no soy un tipo celoso. No sé por qué lo dije y espero que lo olvides o lo dejes pasar.

–Raya en el acoso sexual, Nicholas. –Jamie permaneció seria cuando él abrió mucho los ojos.

–Lo sé. Lo sé, ha sido algo estúpido. No era nada en contra de ti, es tan solo que Alex tiene un historial...

Jamie arqueó las cejas y él se quedó callado.

–Lo voy a dejar pasar por esta vez, Nicholas. Solo por esta vez. Mantén tu nombre en el contrato y cuando ganes unos cuantos millones extra recuerda que te di una segunda oportunidad.

Jamie no sabía por qué lo hacía, pero estaba aprovechando el error de Nicholas para obligarlo a no romper el contrato. Los negocios a este nivel

eran letales y estaba dispuesta a hacer lo que hiciera falta.

Nicholas sonrió y le dio un cheque.

–Aquí tienes. Pero no lo hago para borrar lo que he dicho, sino porque eres una mu... Una persona de negocios extraordinaria. Alex es idiota, pero no me quejo. –Le estrechó la mano–. La oferta para cenar sigue en pie si quieres que hablemos de negocios o si tienes en mente poner tu propia empresa algún día. Yo puedo hacer que suceda. –Nicholas sonrió y salió del despacho silbando.

Alex volvió a New York una semana después del funeral de su padre. Estaba exhausto y saltaba con cualquier cosa, pero también parecía que se había quitado un peso de encima, estaba mucho más ligero. Le pidió a Jamie que le hiciera una cita para cenar con Mark en New York en un mes y también que le dejara algunos días libres cerca del fin de semana del cuatro de julio para volver a casa de su familia. No dijo nada más, se mantuvo en plan profesional y Jamie decidió que debía hacer lo mismo. Su corazón no estaba de acuerdo, pero intentó ignorarlo de la mejor manera.

El incidente en la camioneta no volvió a mencionarse y la incomodidad entre ella y Alex se fue disipando a medida que pasaban los días. Se tuteaban cuando estaban solos y había cordialidad. Jamie odiaba no poder dejar de echarlo de menos. Nadie la había hecho sentir tan bien como él. Nunca.

–¿Estás bien? –le preguntó un día Gina al salir de trabajar.

–¿Eh? Ah, sí, sí. –Jamie sonrió sin mucha convicción–. Lo siento, me he quedado en blanco un segundo. ¿Qué decías?

Gina meneó la cabeza.

–Te has quedado en blanco bastante más que un segundo. Ni siquiera has tocado tu copa.

Jamie miró su margarita y se dio cuenta de que Gina casi se había terminado la suya, pero ella tan solo le había dado un par de tragos.

–¿Qué te pasa? –Gina arrugó el entrecejo–. ¿Es por la boda de tu hermana? Christine y tu madre no paran de llamar a mi teléfono, yo les cojo el mensaje y luego lo tiro a la papelera. –Esbozó una gran sonrisa y luego se puso seria e inclinó la cabeza mirando a Jamie–. ¿Pasó algo con Alex en Philadelphia? Estás con la cabeza en las nubes desde que volvisteis.

–No debemos hablar del jefe llamándolo por su nombre de pila –dijo Jamie en automático.

Gina puso los ojos en blanco.

–Venga, por favor. No estamos en el trabajo, sino en un bar y no te estoy hablando de nuestro jefe sino del hombre con el que tienes una tensión sexual acumulada desde que empezaste a trabajar en la empresa. Flota entre vosotros.

Jamie se sonrojó.

–Yo no diría que haya nada *flotando* entre nosotros.

–Entonces te estás engañando. Y Alex también.

Se acabó la bebida y echó un vistazo por el bar.

–Mira, aunque hubiese algo entre nosotros, es mi jefe. Me gusta demasiado mi trabajo como para ponerlo en riesgo. –Jamie levantó la mano para detener a Gina–. No ha pasado nada. No hay nada que me moleste.

–Te engañas si crees que no hay nada entre vosotros.

Jamie suspiró.

–No se trata de Alex, ¿vale? Estoy bien con él. Es la boda de mi hermana lo que me preocupa. –Era verdad que se sentía culpable por la boda y por no haber hablado con su madre. Había prometido que asistiría y que no montaría un número–. No quiero ir. Pero se trata de mi hermana, claro.

Gina asintió con comprensión.

–Normalmente diría que deberías ir porque hay que llevarse bien con la familia. Pero en tu caso no sé. Tu familia no te ha apoyado para nada... Joder, incluso intentaron sabotearte, así que ¿por qué ibas a tener que apoyarlos? No tienes una decisión fácil. Pero creo que deberías ir si quieres seguir en contacto con ellos. Demuéstrales que eres mejor de lo que creen.

Jamie podía imaginar su vida sin su familia. Ya no la harían sentirse mal con su cuerpo. Christine no podría volver a insultarla y no tendría que ver a Stephen. No tendría que aguantar que su madre se pusiera constantemente a favor de Christine, ni que su padre prefiriera el trabajo antes que a ella. Pero también habría cosas que echaría de menos. Aquellos momentos en los que hablaba de chicos con Christine y veían comedias románticas. Cuando preparaba alguna receta nueva con su madre y se daban cuenta, cuando casi habían terminado, de que se habían olvidado algo muy importante y tenían que volver a empezar. Ir a las obras de teatro de Broadway con su padre. Las cosas se habían puesto muy feas con lo de la boda y por el conflicto con Stephen, pero antes de eso la relación no era tan mala. Al menos Jamie no la recordaba así.

–No sé –dijo Jamie al fin. Suspiró. Escondese no iba a arreglar las cosas. Tampoco se arreglarían si no hablaba con su familia. Pensaba en lo que le había ocurrido a Alex–. Es tan complicado.

Gina asintió.

–La familia siempre lo es –dijo y cogió la copa de Jamie para darle un trago–. Aunque tu familia es aún más complicada que la mayoría.

Capítulo 15

Jamie seguía pensando en su situación familiar cuando llegó a casa. Para intentar aclararse se puso el bañador y saltó al agua. Nadó unos cuantos largos en el agua fresca y luego flotó de espaldas, mirando los últimos colores del cielo antes del anochecer. Cerró los ojos, moviéndose despacio en el agua. Dejó que sus pensamientos corrieran por su mente sin ni siquiera intentar ordenarlos. No tenía ni idea de qué iba a hacer y estaba demasiado cansada para decidir. Tan solo necesitaba relajarse.

–Ten cuidado, vas a chocar con la pared.

Jamie abrió los ojos de golpe y se encontró con Alex parado en un extremo de la piscina. También llevaba puesto el bañador y sujetaba la toalla con cierta incomodidad. Al verlo allí, Jamie recordó el sueño sexual que tuvo tiempo atrás. Se sonrojó y se giró en el agua.

–Gracias –murmuró–. No pensaba que quisieras usar la piscina. –Nadó hasta la orilla.

Él le sonrió, aunque parecía un poco forzado. Desde que volvieron las cosas habían estado un poco tensas fuera del trabajo. Se evitaban en casa, salvo que hubiese algo del trabajo.

–No hace falta que te vayas.

–¿Seguro? –Jamie dudó, no estaba segura de lo que debía hacer. Si se marchaba parecería que estaba escapando, pero si se quedaba tendría que hablar.

Alex dejó la toalla en el respaldo de una de las sillas de jardín y se tiró. Una entrada perfecta, sin salpicar. Cogió aire al sacar la cabeza del agua.

–¡Qué fría! –dijo.

Jamie contuvo la risa. Estaría a unos quince grados, no tan fría.

–En cuanto te muevas estarás bien.

Alex empezó a nadar, trazando un círculo alrededor de Jamie y ella no pudo evitar fijarse en lo espectacular que era su cuerpo. El agua brillaba sobre su piel, reflejando los últimos rayos de sol que había bajado poco a poco.

Destacaba aún más sus músculos, haciéndolo parecer un dios griego. Era imposible no admirar su físico. Jamie nunca lo había visto de cerca mientras nadaba y tuvo que resistirse para no mirarlo fijamente. Aquel estúpido sueño le devolvía una y otra vez imágenes triple X.

–¿No te vas a quedar fría si te quedas allí parada? –le preguntó él con una sonrisa.

Jamie se sonrojó, sabía que la había pillado. Empezó a nadar, pasó delante de él y luego flotó de espaldas.

–Tan solo estaba pensando –murmuró Jamie, nadando de espaldas hasta el final de la piscina. Lo miró de reojo, con la satisfacción de ver que él la estaba estudiando como ella lo había estudiado antes. Jamie giró al llegar a la orilla y nadó hacia él–. Ahora eres tú el que se va a quedar helado.

Alex sonrió con picardía.

–Solo pensaba. –Nadó hacia ella y su sonrisa se desvaneció despacio–. ¿Todo bien? Hoy parecías distraída en el trabajo.

–Lo siento. Intentaré estar más atenta. –Su respuesta fue automática. Se negaba a hablar con él de sus sentimientos.

–No me refiero a eso –dijo Alex y se aclaró la garganta–. Sé que hemos estado un poco raros desde que... Murió mi padre. Solo quiero asegurarme de que estemos en el mismo punto.

Jamie suspiró. Estar cerca del jefe tenía sus pros y sus contras, estar continuamente pillada de él era definitivamente una de las cosas en contra. Resultaba casi imposible mentirle. –Lo e siempre –dijo–. Cosas de familia.

Él asintió con una cara indescifrable. Nadó, alejándose de ella e hizo varios largos. Jamie lo miró y contuvo el aliento cuando él paró y nadó hacia ella.

–¿Has hablado con tu familia últimamente?

Jamie meneó la cabeza.

–No desde mi pelea con Christine. No les he cogido las llamadas y tan solo me dejan mensajes de voz diciéndome lo mala persona que soy –dijo–. Sin embargo les echo de menos.

–Lo entiendo –dijo él–. Ya sabes que te entiendo.

Jamie se encogió de hombros.

–Mi familia no es tan mala en realidad. Quiero decir, sé que es raro que mi ex se case con mi hermana, pero no es lo más raro del mundo. Es tan solo que –suspiró y continuó–, es complicado.

Alex asintió.

–Creo que sé a qué te refieres. Yo también me he dado cuenta de que las cosas en mi casa no eran tan malas como parecían. El empecinamiento lo estropeó todo en mi familia, no solo que yo fuera cabezota, sino que todos lo eran. –Alex sacudió la cabeza y unas gotitas cayeron en el brazo de Jamie provocándole un escalofrío–. ¿Vas a ir a la boda? Eso podría ayudarte a arreglar las cosas, quizás no como te sugería yo en el avión... –Alex se quedó callado, como si recordara lo ocurrido en Philadelphia. Tragó con dificultad y entrecerró los ojos.

–No... No sé –dijo Jamie, dejando de lado sus sentimientos y obligándose a mantener la conversación en torno a sus familias y no a ellos dos–. Una parte de mí quiere ir pero, al mismo tiempo, estoy cansada de que me tomen por el pito del sereno y me traten mal, aunque lo hagan sin querer. Si voy es como si me rindiera, supongo. Seguirán tratándome mal.

Alex asintió pensativo.

–No estoy tan seguro. Has cambiado mucho desde que empezaste a trabajar conmigo. No solo físicamente, sino que te has parado frente a un grupo de inversores potentes y pijos y supiste defender tu terreno. Me has demostrado una y otra vez lo valiosa que eres para la empresa. No te dejaría escapar ni me gustaría que trabajaras en mi contra. –Le ofreció una gran sonrisa–. No es que seas implacable, pero eres increíblemente inteligente. Sabes cómo trabajar con la gente y cómo hacer que no te den un no por respuesta. –Se aclaró la garganta–. Gracias por recuperar a Nick, por cierto. Te lo agradezco.

Jamie sonrió.

–De nada. –Pensó en la oferta de trabajo de Nicholas y en lo que Alex acababa de decir sobre que no la quería trabajando en su contra y eso la hizo sentir muy bien. –Me pensaré lo de la boda. No puedo evitarlo para siempre. Así no arreglo nada.

–Tienes razón.

Jamie se dio cuenta de que Alex pensaba que ella insinuaba que eso era lo que él había hecho. Tembló, en parte de frío, pero en parte porque sentía vergüenza. Volvió a nadar, pero en cuanto empezó a moverse tuvo un calambre en una pierna y se hundió.

Los brazos de Alex la rodearon en un instante, apretándola contra su pecho. El deseo la invadió al verse obligada a abrazarlo.

–¿Estás bien? –le preguntó él con voz ronca.

Ella lo miró y vio una luz de deseo en sus ojos antes de que Alex la hiciera desaparecer. Jamie también intentó controlar su propio deseo.

–Sí –dijo, apartándose de Alex–. Solo me he resbalado. Obligó a sus piernas a patallar, aunque el gemelo izquierdo amenazaba con volver a acalambrarse–. Creo que me está dando frío, nada más. Me voy a casa. –Se acercó a la escalera y salió, sintiendo cómo los ojos de Alex seguían todos sus movimientos. Ella cogió la toalla y se envolvió–. Gracias por dejarme hablar.

Alex tragó y asintió. El deseo en sus ojos y la forma en la que se pasó la lengua por el labio superior hicieron que Jamie sintiera fuego en su interior.

Se giró y se marchó de prisa. Aunque no podía negar que había tensión sexual, Jamie deseaba que Alex no la hubiese mirado así. La hacía sentir más que sexy. Algo que nunca había sentido y que le impedía pensar en otra cosa que no fuera cómo la había tocado, cómo se había movido dentro de ella, haciendo que le rogara que lo hiciera otra vez.

Cerró los ojos y se apoyó en la puerta en cuanto entró en su piso. Tenerlo cerca en las horas de trabajo ya le costaba aguantarlo, pero dormir bajo el mismo techo y estar constantemente cerca estaba desbordando sus deseos sexuales. Quizás fuese mejor poner distancia.

Ah. Meneó la cabeza y el pelo mojado se le pegó en la cara. Jamie hizo una mueca al retirárselo y se fue al baño a secarse. No iba a poner distancia. No quería. Ya se le pasaría lo que sentía por Alex, ¿no?

Al día siguiente recibió un mensaje de voz de su padre. No había tenido noticias de él, aunque sí y mucho de su madre y su hermana. Imaginó que le iba a pedir que se arreglara con ellas porque no puede aguantar a su mujer cuando está enfadada. Jamie decidió escuchar el mensaje.

–Hola, cariño –dijo su padre con torpeza. Se oía raro–. Quería ver si te apetece comer conmigo algún día esta semana. Yo invito, por supuesto. No te preocupes, no voy a darte la brasa por los problemas que puedas tener con Christine. Tan solo he pensado que sería bonito que nos pusiéramos al día. Llámame. Te quiero.

Jamie lo escuchó tres veces más sin podérselo creer. ¿Su padre quería verla? ¿Por qué? No la invitaba a comer sin motivo aparente desde que estaba en el Instituto. Su padre quedaba para comer cuando hacía negocios, no lo veía como algo tan frívolo e improductivo como una simple reunión familiar. Jamie se sentó y se quedó mirando el móvil; decidió llamarlo y se sintió aliviada cuando saltó el buzón de voz. Repasó mentalmente los días que tenía

libre la hora de comida y luego volvió a la pantalla de su ordenador, perdiéndose en el trabajo.

Fueron a comer el viernes. Quedaron en un restaurante italiano en la misma calle del trabajo de Jamie. Cuando ella llegó su padre ya estaba allí, se le veía raro, incómodo cuando se levantó a darle un abrazo. Jamie se dio cuenta de que su padre no llevaba el móvil.

Él le sonrió.

–Hola, cariño. Te veo muy bien.

Jamie bajó la mirada, llevaba una blusa nueva y pantalón negro. Había perdido aún más peso desde que Alex le compró ropa y tuvo que comprarse un par de conjuntos más, además de un kit de costura para arreglar la ropa que ya tenía. La talla treinta y ocho empezaba a quedarle un poco floja.

–A ti también te veo bien –dijo ella, acercándose para darle un abrazo rápido–. ¿Pedimos ya?

Él asintió.

–¿No tienes mucho tiempo?

–No tanto como me gustaría.

Jamie sonrió y se pidió un pollo Marsala, uno de los platos con más calorías de la carta. Su padre pidió lo mismo. A Jamie no le importaba pedir algo engordador estando con su padre porque él era el único de la familia que no la había molestado con lo del peso. Además, él también se estaba saltando la dieta.

–¿Cómo has estado? –preguntó él.

–Bien. –Jamie lo miró con curiosidad–. ¿Qué ocurre, papá? Nunca hemos quedado para comer, así que no finjamos que esto es normal.

–Lo sé, lo sé. –Suspiró–. Te hecho de menos, Jamie. Sé que no soy muy familiar y que no he sido el mejor padre, pero te quiero de verdad y quiero arreglar las cosas. –Se obligó a sonreír–. Además, a veces creo que eres la única familia que tengo–. Su cara se tornó ligeramente triste.

Jamie sonrió.

–Gracias, papá, significa mucho para mí.

–Eres una buena chica. No dejes que nadie te diga lo contrario. –Sonrió–. Y ahora dime, ¿cómo estás? ¿Cómo va tu trabajo? Estoy tan orgulloso de tu nuevo trabajo.

–Va bien. El señor Reid me ha subido el sueldo. Al parecer estoy trabajando bastante bien. –Jamie se echó a reír, le encantaba poder presumir con su padre y que él no se lo tomara mal. Estaba orgullosa.

Su padre arqueó una ceja.

–¿De verdad?

–¡Sí, es increíble! Me hice cargo de una reunión cuando él no estaba y les saqué a los inversores el doble de lo que él les había pedido. Desde entonces me ha dejado al frente de más cosas y me ha subido el sueldo.

–Es maravilloso –dijo, estaba claramente impresionado–. Cuéntame más.

Hablaron sobre el trabajo de ambos. Evitaron el tema de la madre y la hermana, para alegría de Jamie. Cuando acabaron de comer, Jamie acompañó a su padre el coche y le dio un abrazo.

–Gracias por la comida –dijo–. Me alegro de que me hayas llamado.

–El placer ha sido mío –dijo él y sonaba sincero, lo cual le dio esperanzas a Jamie para el futuro–. Deberíamos repetir. ¿Qué tal la próxima semana?

Jamie asintió, no podía contener la felicidad.

–Me encantaría –dijo sonriendo de oreja a oreja–. Por supuesto.

Él sonrió.

–Bien. Sé que ninguno de los dos quiere hablar del desagradable tema de casa pero... Sabes que seguirás siendo mi niña aunque no vengas a la boda de tu hermana mañana, ¿no? –El padre meneó la cabeza–. Está totalmente estresada, pero no por eso tiene que echártelo encima, además de que la historia entre Stephen y tú... –Levantó la mano–. No me refiero a ti sino a ese canalla–. Hizo una mueca–. Personalmente me encantaría que tu hermana cancelara la boda. Stephen es un capullo, pero al parecer yo soy el único en la familia, además de ti, que ve más allá de su cara bonita y del poco dinero que tiene.

Jamie se rió.

–La verdad es que su cara tampoco es tan bonita.

Él rió un momento y luego volvió a ponerse serio.

–Quiero que sepas que estoy orgulloso de ti, Jamie. Muy orgulloso. Eres la hija que siempre quise y mucho más.

Jamie tragó pero no pudo evitar sentir que se le salían las lágrimas. *Por favor no te vengas abajo ahora. No te vengas abajo.* Abrazó a su padre para esconder las lágrimas y recomponerse.

–Te quiero, papá –susurró.

–Yo también te quiero –dijo él cuando se separaron–. No te cases con un capullo como Stephen. Por favor no hagas que te acompañe en el altar para entregarte a un crápula como ese. No lo haré.

Jamie estalló en una carcajada y levantó una mano.

–Te lo prometo.

Él miró el reloj e hizo una mueca.

–Tienes que volver al trabajo –dijo Jamie–. No llegues tarde.

–La verdad es que debería haberme marchado hace veinte minutos –le ofreció una sonrisa apacible.

–¡Papá! ¿Por qué no me lo has dicho? Lo habríamos hecho más breve.

Él meneó la cabeza.

–He estado demasiado metido en mi trabajo, ya es hora de que haga tiempo para mi familia. No va a pasar nada porque alguna vez llegue tarde.

Jamie meneó la cabeza y sonrió.

–Gracias por invitarme a comer. Nos vemos la próxima semana. Yo invito la próxima vez.

Su padre sonrió.

–Entonces voy a pedir postre.

Cuando se separaron, Jamie consiguió contenerse hasta que llegó al edificio en el que trabajaba. Entonces empezó a llorar. Quería a su familia. Lloró más de lo que había llorado en mucho tiempo. Ni siquiera se dio cuenta de que las puertas del ascensor se habían abierto hasta que sintió que unos brazos fuertes la rodeaban para consolarla, frotándole la espalda y ciñéndola cerca. Jamie enterró la cara en el pecho del extraño, tan solo se alegraba de que alguien quisiera abrazarla. Era agradable, aunque sabía que dentro de nada se avergonzaría.

–Cuéntame qué ha pasado –murmuró Alex.

Ella levantó la cara sorprendida y se apresuró a dar un paso hacia atrás.

–Lo siento, no me di cuenta...

Alex pulsó el botón de parada de emergencia.

–Dime qué ha pasado para que pueda arreglarlo. ¿Ha sido Stephen?

Jamie se secó los ojos.

–No ha pasado nada –dijo–. Todo está bien.

–¿Y entonces por qué lloras? –Alex sacó un pañuelo del bolsillo y se lo pasó.

Ella lo aceptó y se sonó la nariz.

–Mi padre está orgulloso de mí –dijo y se echó a llorar otra vez. Él la acercó con más fuerza a su cuerpo y Jamie notó su olor. Alex olía a pino–. Hoy me lo ha dicho. Hemos ido a comer. No está enfadado conmigo.

Alex sonrió y apoyó la barbilla en la cabeza de Jamie.

–Bien –murmuró–. Me alegro.

Jamie hipó.

–Ha sido tan inesperado que me invitara a comer. Aún no puedo creer que lo haya hecho. Y luego me dijo que estaba orgulloso de mí. –Jamie sintió que regresaban las lágrimas.

–¿Y cómo no iba a estarlo? –Alex le sonrió.

Jamie respiró hondo y se miró las manos.

–Gracias. Siento haber llorado. No suelo llorar. –Le iba a devolver su caro pañuelo.

–Quédatelo. –Alex rió arrugando la nariz. Estaba increíblemente encantador.

Jamie rió un poco y se guardó el pañuelo en el bolsillo.

–Te compraré otro.

–Creo que puedo permitirme perder un pañuelo. –Bromeó él, probablemente se alegraba de que Jamie ya no llorase. Volvió a pulsar el botón de parada y empezaron a subir.

Jamie se mordió el labio al darse cuenta de que habían estado parados más de veinte minutos.

–Oh no –dijo ella–. ¿Hemos parado el ascensor tanto tiempo?

–No pasa nada –dijo Alex–. Es mi ascensor privado para mi despacho. Solo lo usamos tú y yo, ¿recuerdas?

Jamie asintió y sonrió.

–Sí –dijo–. Pero de todas formas la gente se va a dar cuenta, ¿no?

–Tal vez, pero no importa –dijo Alex–. No estábamos haciendo nada indecente. Y aunque así fuera, no es asunto suyo. –Dudó un poco al pronunciar la palabra indecente.

Jamie sintió que se le encendían las mejillas.

–No los culpo por pensar que nos acostamos. Lo hemos hecho alguna vez.

–Sí. Pero no es asunto suyo –Alex frunció el ceño–. Lo que tú o yo hagamos fuera del trabajo no afecta a nuestra vida profesional. Aún trabajamos bien juntos.

–¿Y entonces por qué no quieres tener una relación de verdad conmigo? – soltó Jamie y se sonrojó–. Lo siento –dijo–. No tienes por qué responder.

Él también se sonrojó.

–No, está bien –dijo–. No he sido justo contigo, Jamie. Lo sé. Te mereces una explicación.

Jamie se quedó mirando el suelo. Deseaba no haber dicho nada. No estaba segura de querer saberlo. No quería oír que no estaba a la altura para que él le dedicara su tiempo.

–No te merezco –dijo Alex–. De verdad. Jamie, nunca he tenido una relación de verdad. No una relación de iguales, ni una en la que fuera en serio. Me cuestan los vínculos emocionales... –Meneó la cabeza–. Te mereces algo mejor, Jamie. Mereces mucho más que un tío adicto al trabajo que no puede hacer más que ofrecerte cosas materiales. Y he hecho muy mal en jugar con tus sentimientos como lo he hecho; no tengo ninguna excusa. – Jamie vio el lamento en sus ojos, así como deseo y angustia–. Te mereces a alguien que te pueda cuidar.

El ascensor se abrió y Alex rápidamente le dio la espalda y salió antes de que ella pudiera decir algo. Jamie quería decirle que se equivocaba, que había hecho mucho más por ella que nadie más y que, por supuesto, no era un mal tipo. Insegura, fue a su escritorio. Era tan obvio que todo lo que él acababa de decirle no era verdad, no eran más que excusas. *¿Por qué no me dice simplemente que no le gusto de esa forma?* Se puso a trabajar, ligeramente enfadada. Le habría gustado creer la historia de Alex más que nada en el mundo, pero sabía que solo eran mentiras.

De ninguna manera Alex Reid podía sentirse inseguro. De ninguna manera sería un mal compañero para alguien que le importara de verdad.

Capítulo 16

Para cuando acabó el día, Jamie había logrado ponerse furiosa pensando en Alex. ¿Por qué le había venido con excusas de pacotilla? ¿Se pensaba que era demasiado frágil para aguantar la verdad? ¡Que le den! Ella se merecía algo maravilloso y si él no era capaz de ver lo extraordinaria que era ella, ¡ya podía venir y besarle el culo!

Bajó enfadada al parking y caminó hasta su coche pisando fuerte.

Alex estaba allí, a punto de subir a su coche. Levantó la mirada y abrió mucho los ojos al verla marchando hacia él.

Antes de que pudiera decir algo, ella le dio una bofetada.

–¡Hijo de puta! –Jamie sacudió la mano de lo que le dolía la vibración de la bofetada–. ¡Cómo te atreves a venirme con una excusa de mierda como esa! Si no me quieres, ¡bien! ¡Dilo! No me digas que me merezco algo mejor y que tú no puedes querer porque los dos sabemos que no es verdad. Eres un auténtico cabrón, ¿lo sabías? No eres mejor que Stephen. –Jamie se giró para marcharse, pero luego volvió a mirarlo–. Tenías razón en una cosa: ¡no deberías haber jugado con mis sentimientos porque ahora estoy enamorada de ti y ya no puedo hacer nada para remediarlo! Pero, ¿qué te pasa? ¿Es que te pone arrancarles el corazón a las mujeres para luego pisotearlo? Joder, Alex. ¡Te odio!

Él no dijo nada, lo cual no hizo sino ponerla más furiosa. Alex se llevó la mano a la mejilla en la que ella le dio la bofetada. Tenía unos dedos rojos marcados en señal de la rabia de ella. Se frotó la mejilla con suavidad.

–¿Y entonces cuál de las dos cosas es, Jamie? ¿Me quieres? ¿O me odias? Decídetelo.

Jamie gruñó enfadada. Cruzó los brazos, se negaba a contestar.

–Nunca he negado que soy un cabrón –dijo Alex– Pero *no* soy tan malo como Stephen. Nunca te he echado de tu propia casa ni he denigrado tu cuerpo como lo ha hecho él y, desde luego, no he abusado de ti.

–Tú me has denigrado de otra manera. Dejaste que te rogara que me tocaras y luego dijiste que aquello estaba mal cuando ya lo habíamos hecho.

A Jamie se le quebró la voz y, a pesar de que no quería, una lágrima rodó por su mejilla. Alex se acercó como si fuera a consolarla, pero Jamie se echó hacia atrás y él se quedó parado, con un dolor crudo en los ojos.

–Nunca quise hacerte daño –dijo con la voz ronca–. De verdad. Joder, Jamie, te deseo como no he deseado a nadie en toda mi vida. –Se pasó los dedos por el pelo–. Lo decía en serio cuando te dije que no te merezco. Nunca merecería a alguien tan generosa y dulce como tú.

–¡Deja de mentir! –gritó ella.

Él meneó la cabeza despacio, sin dejar de mirarla a la cara.

–No miento –susurró–. No sé cómo estar en una relación. Nunca me he enamorado. Dejé de sentir amor hace años para que no me hicieran daño. Ni siquiera sé si podría volver a sentirlo después de todos estos años y lo último que quiero es hacerte daño, Jamie. Lo he intentado con todas mis ganas –se le quebró la voz–. Debes creerme

Jamie meneó la cabeza.

–¿Cómo iba a creerte? Lo único que has hecho es hacerme daño.

–Nunca fue mi intención.

Ella meneó la cabeza mientras las lágrimas rodaban por sus mejillas.

–No importa. No me importa lo que digas –dijo–. Ya no. De todas formas no son más que mentiras.

Se giró para marcharse, pero él la sostuvo del brazo y tiró de ella.

–No –dijo Alex con rudeza–. Eso no es verdad. Nunca te he mentado. Me importas más que ninguna otra cosa. ¿Cómo puedo demostrártelo?

–No puedes. Ya no.

Antes de que ella pudiera resistirse, Alex la acercó y le secó las lágrimas con suavidad. Apenas le tocaba la piel y su otro brazo estaba apoyado en el coche, en vez de abrazándola como solía hacer, era como si le diera la oportunidad de escapar.

–Debe haber alguna manera –dijo él suplicando–. Me encantaría poder prometerte el cielo y las estrellas, pero no puedo. No quiero que pienses que te he usado y que no sentía nada por ti porque no es verdad. Por favor, Jamie. Dime cómo puedo compensarte.

Ella meneó la cabeza, intentaba no llorar, no abrazarlo. Si lo tocaba, si se movía aunque solo fuera ligeramente, sus labios acabarían sobre los de él y su cuerpo querría hacer que su mente olvidara lo mucho que aquello dolía. Pero no debía hacerlo. No sería sino torturarse aún más.

—No puedo con esto, Alex. —Se giró para marcharse y se quedó helada al oír voces que salían de una esquina. Un grupo de empleados venía charlando y riendo. Reconoció la voz de Gina entre ellos.

Alex también lo oyó. Abrió la puerta trasera del coche.

—Entra. Mis cristales son tintados. No se darán ni cuenta de que estamos aquí.

Jamie entró sin darse cuenta y Alex se escurrió detrás de ella. Se agacharon para que nadie los viera por el cristal trasero y contuvieron el aliento cuando el grupo se acercó. Alex le cogió la mano y empezó a acariciarle el dorso con el pulgar. Jamie odiaba que aquello la reconfortara.

El grupo de gente pasó y los dos se sentaron despacio. Alex no le soltaba la mano. Se quedó mirando al asiento, el hueco entre ellos, parecía más avergonzado de lo que Jamie lo había visto nunca.

—No voy a dejar que te marches así —susurró—. Necesito demostrarte lo mucho que me has afectado. Lo mucho que significas para mí.

Alex levantó la mano hacia sus labios y se la besó con suavidad, con toda la ternura del mundo. No había ni rastro de seguridad en sus acciones. Parecía más vulnerable de lo que Jamie lo había visto nunca. Parecía completamente genuino.

Jamie sintió cómo su rabia y su resolución se disolvían y supo que estaba en el punto en el que le podrían hacer daño otra vez.

Alex se giró hacia ella y se acercó para besarla suavemente en los labios. Los labios de él temblaban sobre los de ella. Alex no tiró de ella para acercarla, ni siquiera la tocó, dándole total libertad para que se apartara o se marchara.

Jamie se quedó anclada en su sitio. Congelada. Cada molécula de su cuerpo quería quedarse donde estaba, besándolo así. Jamie sentía que moriría si se apartaba, así que no lo hizo.

Alex fue el primero en apartarse, aunque de mala gana.

—Si sigo besándote voy a querer tomarte ahora mismo. Pero te mereces mucho más que echar un polvo en un coche, Jamie. Te mereces a alguien que te quiera y que te cuide. Alguien que siempre esté allí para ti en todos los sentidos que tú quieras. Alguien que te haga el amor con toda la paciencia y la ternura del mundo. Nada desearía más que merecerte, pero la verdad es que no te merezco. Yo no soy ese hombre. No sé amar de verdad, Jamie. Y tú te mereces un experto.

Jamie meneó la cabeza.

–Todo el mundo sabe amar si está con la persona adecuada, Alex. –
Tragó–. Supongo que simplemente no soy el tipo de chica que inspira amor.

–No *digas* eso –susurró él con voz grave–. He intentado explicarte que la culpa la tengo yo, no tú. El hombre que no se enamora de ti es idiota.

–¿Eso te incluye a ti?

–Peor –le soltó y se cubrió los ojos apretándose la frente con los dedos–.
Porque me has dado tu corazón y no lo merezco.

Jamie tragó, intentaba aclarar el dolor que tenía en la garganta. Qué pena que no pudiera recuperar su corazón.

–Entonces esto no puede seguir, Alex. No puedo seguir trabajando contigo con mi corazón destrozado. Voy a tener que presentarte mi dimisión. Lo siento.

Capítulo 17

Alguien llamó a la puerta de Jamie. Gruñó y se puso una almohada en la cabeza. Quizás si se giraba y fingía que no estaba allí ese alguien se marcharía. ¿Quién narices podía visitarla a las siete de la mañana? Luego recordó qué día era. *Por favor, que no fuera su madre.* Puede que a su padre no le importara que no fuera a la boda de su hermana, pero con su madre las cosas serían muy distintas y, como su hermana se casaba en cinco horas, era muy probable que su madre se hubiera presentado en su casa para exigirle su asistencia.

Si era Alex quien llamaba, acabaría rompiendo la puerta si ella no abría. Se pasó casi toda la noche llorando, luego, cuando sus lágrimas se cansaron, dejó que la rabia la consumiera. Al menos estar enfadada era más sencillo que estar triste y con el corazón partido. Hablaría con Alex el lunes sobre su puesto de trabajo. No quería renunciar, y cuanto más lo pensaba, más confundida estaba. Al final decidió que si Alex quería conservarla tendría que encontrarle otro lugar para vivir que no fuera bajo el mismo techo. No estaba dispuesta a estar a tiro de piedra y que, cuando el trabajo terminaba, que eso fuera todo hasta el día siguiente. Creía que si establecían unos límites podrían estar bien. El único problema era que no estaba segura de si era a Alex a quien tenía que convencer o a ella misma.

Gruñó y se sentó en la cama mientras seguían llamando a la puerta.

–¡Ya va! –gritó.

Se levantó gruñendo y cogió una bata ligera que se puso sobre el camisón, dejando a la vista más piel de la que le gustaba mostrar frente a otras personas. Se ajustó el cinturón y pasó sobre la pila de libros que había al pie de su cama, tropezándose con la alfombra.

Seguían llamando. *Quien quiera que seas, ¡estás muerto!*

–¡Deja de llamar! –gritó mientras luchaba por recuperar el equilibrio—. ¡He dicho que ya va!

Dejaron de llamar inmediatamente. *Vale, no es mi madre. Ella no habría dejado de llamar.* En todo caso le habría empezado a gritar desde el otro lado de la puerta. Eso significa que o es Alex o es Murray. *Por favor, que sea Murray.*

Abrió y encontró a Alex del otro lado con unos pantalones negros y una camisa blanca inmaculada, llevaba dos vasos desechables de café. Le sonrió como pidiéndole perdón.

–Hey –dijo, pasándole uno de los vasos–. Parece que necesitas esto.

Jamie lo cogió, no se podía permitir rechazar un café gratis. *Pumpkin spice latte*, su favorito. Debe haber hecho que Murray se lo preparara porque no era temporada de ese café.

–¿Qué quieres? –preguntó, suspirando mientras se hacía a un lado para dejarlo pasar.

–He pensado –dijo Alex, sentándose en el sofá con toda su seguridad y derrochando sex appeal–. Creo que deberías ir a la boda de tu hermana.

–Alex, no voy a ir. –Jamie se movió para quedar frente a él después de cerrar la puerta–. No quiero verlos. Además, no tengo nada que ponerme.

Eso no era del todo verdad. El vestido rojo que había en el fondo del armario la tentaba cada día. Estaba segura de que le quedaría ahora.

–Sé que ahora mismo no quieres ir –dijo Alex–. Pero hay cosas a las que sencillamente hay que ir. Sé que lo lamentarás el resto de tu vida si no vas. Igual que yo habría lamentado si no hubiese ido a ver a mi padre en sus últimos días. Tú me ayudaste entonces y, a pesar de mis errores y de que quieras dimitir, voy a ayudarte ahora. –La determinación en su cara le decía a Jamie que no iba a aceptar un no.

Jamie sonrió. Alex estaba jugando el mismo juego que ella. Y, en el fondo, sabía que tenía razón.

–No hacía falta que me levantas tan temprano –murmuró–. Faltan varias horas para la boda y ni en broma voy a aparecer temprano para ayudar.

–¡Por supuesto que no! –Alex sonrió–. Se trata de retomar la relación con tu familia, no de retomar tu puesto de esclava con ellos, Cenicienta. ¿Y si el conductor de tu carroza te llevara a desayunar algo rico antes de que vayamos a la boda?

¿Conductor?

–¿Tú vienes?

Alex dudó antes de responder.

–Estoy en deuda contigo. Una deuda grande. Además, necesitas a alguien a tu lado que no le tenga miedo a tu madre.

Jamie sonrió.

–Gracias, Alex.

Él la miró un momento, bajando la guardia por completo, mostrando todo el deseo y la felicidad en su expresión, así como algo más que Jamie no quería reconocer—. No soy perfecto. Siento haber quedado mal contigo tantas veces, pero voy a estar allí como tú estuviste conmigo.

Jamie se sonrojó y bebió su café a sorbos, no sabía qué decir.

A Alex no parecía importarle. Él también se bebió su café mirándola. Estudiándola. Jamie sintió cómo se le calentaba el cuerpo bajo la mirada de él. Seguía sintiendo algo por Alex, era imposible no sentir. Y, de pronto, la boda ya no le parecía tan mala si iba con él. Tenía el fin de semana, el lunes ya hablarían de negocios y de que ella se mudara o no.

–Bueno, ¿cuándo nos vamos a desayunar? –preguntó Jamie.

–¿Ahora? Cuando quieras –dijo Alex—. No he reservado a posta, para que tuvieses tiempo de ir a tu aire.

Jamie emitió una risita.

–No hace falta reservar para desayunar. Se va a algún sitio y se desayuna.

–Vale –dijo él—. Escoge el sitio.

El estómago de Jamie gruñó, como si él lo controlara. Ella ignoró su sonrisa presumida.

–Dame cinco minutos.

–¿Jamie?

–¿Sí?

–Quizás deberías tomarte tu tiempo y arreglarte para la boda. Yo puedo esperarte aquí.

Ella arrugó el entrecejo.

–¿Por qué? –Imaginó una mancha de grasa de bacon o de huevo en su vestido.

Alex se aclaró la garganta y jugueteó con el primer botón de su camisa.

–Puede que sí tenga una reserva. Tómame tu tiempo.

Jamie se quedó dubitativa mirándolo. Alex tramaba algo. El instinto le dijo que le hiciera caso. Jamie asintió despacio.

–Vale.

Lo dejó en el salón y se metió a la ducha. Se tomó su tiempo, afeitándose las piernas y disfrutando el agua caliente que la espabilaba. Se arregló el pelo

con el secador, debatiéndose entre ponerse el vestido rojo o ir con uno de sus conjuntos de trabajo. Al maquillarse, lo hizo pensando en el vestido rojo. Luego decidió que se pondría un vestido amarillo sencillo que había comprado de reserva. Envuelta en una toalla, se asomó al salón y vio la cabeza de Alex de espaldas. Volvió al armario y sacó el vestido de algodón amarillo antes de mirar el vestido rojo. Estaba allí, increíblemente sexy, perfecto para la boda y para el buen tiempo que hacía. ¿Qué podía perder si se lo ponía? El diablillo en su hombro le dijo que lo hiciera. El angelito del otro lado también la animó. *¡Paso de todo! ¡Me lo pongo!*

Lo descolgó de la percha y le quitó las etiquetas antes de ponérselo. Metió tripa y subió la cremallera. Se giró hacia el espejo de cuerpo entero y sonrió. El vestido no le quedaba demasiado ajustado. Le quedaba perfecto. Se quedó mirándose en el espejo y giró. Parecía una maldita princesa sexy de película. Solo le hacía falta una liga y un pequeño revolver. *¡Vaya, Jamie, pues sí que estás bien! ¡Enséñale a Alex lo que se pierde! ¡Hazlo!*

Antes de que el valor la abandonara, salió hacia el salón para ver a Alex.

–Estoy lista.

Alex abrió los ojos de par en par al levantarse y mirarla. La vista se le llenó de deseo inmediatamente. Abrió un poco los labios para coger aire.

–¡Jamie! Estás. Estás. Espectacular.

–Gracias –dijo ella mirando al suelo, mientras el calor se le extendía por todo el cuerpo por cómo la miraba Alex. Se preguntaba si su deseo era tan obvio como el de él. Seguro que sí. Probablemente peor.

–¿Estás lista para que nos vayamos? –preguntó Alex, su voz cargada de deseo.

Ella asintió.

–Vámonos antes de que cambie de opinión. Creo que voy a necesitar una mimosa.

Él se rió.

–Yo he desterrado de mi vida esas cosas. Te dejan una resaca asquerosa.

Al salir encontraron una limusina negra con conductor esperándolos.

Jamie abrió la boca.

–¿Para nosotros? ¿Para ir a desayunar?

–Sabía que ibas a odiar la idea de ir a la boda de tu hermana, así que quise hacerlo lo más atractivo posible. –Alex sonrió con amplitud, se alegraba de haberla sorprendido—. Pensé que con una limusina y desayuno empezaría bien. Mi plan es intentar que olvides que vas a una boda.

–Podríamos saltárnosla.

Él se rió.

–Buen intento.

–¿Y el café?

–Eso era para que me dejaras pasar. –Le mostró una gran sonrisa y Jamie no pudo evitar corresponder.

Alex apartó la mirada de ella tan solo para abrirle la puerta de la limusina. La ayudó a entrar dándole la mano, como si necesitara alguna excusa para tocarla. Jamie entró y se relajó en los suaves asientos. Era el coche más cómodo en el que había estado. Él se sentó a su lado y volvió a cogerle la mano. En cuanto se cerró la puerta, la limusina empezó a recorrer el largo camino de salida.

–Alex, ¿puedo preguntarte algo?

–Lo que quieras –dijo él, pero en su cara se notaba que se ponía en guardia.

–¿Estás haciendo esto solo porque te ayudé con lo del funeral de tu padre?

Él dudó, tragó y luego meneó la cabeza.

–No –dijo al fin–. Tengo un montón de motivos egoístas también. Entre ellos están lo que me dijiste aquel día que... –Le apretó la mano pero no terminó la frase–. También es por lo que dijiste anoche. No quiero que dejes el trabajo. No quiero perderte. Quizás haya estropeado mis posibilidades de estar contigo, pero eres la mejor asistente personal que he tenido nunca y soy un hombre de negocios. No te voy a dejar marchar tan fácilmente. Voy a hacer lo que haga falta.

¿Hablaban de su corazón o de su trabajo? Jamie no distinguía la línea entre uno y otro. Se le aceleró el corazón y se olvidó de respirar. No quería albergar esperanzas, pero no podía evitarlo.

Desayunaron en un lujoso restaurante en un parador refinado de la zona. Mientras desayunaban, mantuvieron una charla distendida, ninguno de los dos dijo nada sobre relaciones, romance o negocios. Alex hizo que la conversación girara en torno al tiempo, las tendencias de la moda y deportes. Representaba su papel a la perfección, manteniendo a Jamie para que no pensara en la boda.

Sin embargo sus ojos le recorrían el cuerpo y se detenían en el escote, lo cual la distraía, a pesar de que mantuviesen la conversación en un punto estrictamente platónico. Jamie no podía ignorar la tensión sexual que había entre los dos. Se había hecho tan densa que estaba segura de que si alguien intentara cortarla con un cuchillo este se rompería. Estaba segura de que él sentía lo mismo por como su mano se quedaba parada cada vez que se rozaban sin querer y por la intensidad con la que le sostenía la mirada.

Cuando él le abrió la puerta del coche a Jamie se le encogió el estómago de los nervios, no solo por la boda, sino por tener a Alex tan cerca. No quería que él se diera cuenta del efecto que tenía en ella, así que se puso a parlotear nerviosa:

–A mi madre le va a dar un ataque cuando vea este vestido. No estoy segura de que ir a la boda sea una buena idea. Es el día de Christine.

–Y ella seguramente quiere que estés allí. –Alex sostuvo la puerta de la limusina y volvió a darle la mano–. Relájate –Le apretó la mano con suavidad–. Todo va a salir bien. Voy a estar a tu lado todo el tiempo. Además, sabes que tu padre está contigo, aunque no se le note.

Jamie asintió. No culpaba a su padre, tenía que vivir con su mujer todos los días.

–Mi madre da mucho miedo. –Cuando las cejas de Alex se arquearon, Jamie se echó a reír–. ¿Sabes la madrastra malvada de Cenicienta?

–¡¡Jamie!! –Alex intentó parecer horrorizado, pero las esquinas de su boca se curvaban hacia arriba. Bromeó: –No es *tan* mala.

–No. –Jamie apretó ligeramente la mano de Alex–. Creo que es peor. –Se echó a reír y le guiñó un ojo. Enderezó los hombros y miró hacia el frente mientras la diversión de aquel momento se desvanecía–. De acuerdo. Acabemos con esto.

Capítulo 18

La limusina atrajo muchas miradas al llegar frente a la pequeña iglesia. Casi de inmediato, algunos de los invitados que estaban dentro empezaron a salir para ver si se trataba de la novia. Jamie vio a su padre entre la multitud y respiró hondo. En lugar de que Alex abriera la puerta, el conductor dio la vuelta para hacerlo.

–Si vamos a dar el espectáculo más vale que lo hagamos bien –murmuró Alex en su oído.

Jamie emitió una risa nerviosa.

–No deberíamos eclipsar a la novia.

Él le besó la cabeza.

–Relájate. Estás increíble. Increíblemente, innegablemente, mortalmente sexy.

La puerta se abrió y él bajó primero, sonriéndole con educación a la multitud, con toda la confianza de quien ha hecho esto un millón de veces o bien tiene un millón de dólares. Alex extendió la mano y ayudó a Jamie a bajar de la limusina.

Ella mantenía la mirada pegada al suelo, concentrándose para no hacer algo que luego la avergonzara, como tropezar o dejar accidentalmente que la gente viera su ropa interior. *¡Mierda! No llevo ropa interior.* Un murmullo se propagó entre la pequeña multitud mientras miraban a Jamie y su rico acompañante.

Así es. La hija pródiga ha vuelto... sin bragas. Sonrió desafiante a todos los amigos de Christine y Stephen. Que la juzgaran cuanto quisieran. No le importaba lo que pensarán.

Los ojos de Jamie se posaron sobre su padre, que sonreía de oreja a oreja, pero que no la miraba a ella en aquel momento. Miraba a Alex. Jamie miró a su acompañante, que le sonreía a su padre y de inmediato tuvo una sospecha. ¿Sabían algo que ella no sabía?

Alex la sujetaba con firmeza mientras se acercaron a la iglesia. La gente que los miraba se apartó, susurrando bajito como escolares.

–Ha tenido la poca vergüenza de presentarse.

–He oído que intentó seducir a Stephen. Como si la mosquita muerta no se pudiera contener.

–Es tan triste que haya tenido que contratar un acompañante solo para anotarse un tanto. ¿Es un acompañante contratado? Está buenísimo.

–Idiota, es su jefe –le dijo un tipo en alto a su mujer–. ¿Por qué no te has puesto un vestido así?

–Ignóralos –susurró Alex al oído de Jamie–. Son una panda de idiotas. Salvo lo que el chico dijo sobre el vestido rojo. Tiene razón.

Jamie rió y se relajó un poco.

El padre se puso del otro lado de Jamie, actuando como escudo frente a los invitados.

–Estás preciosa, Jamie –dijo sonriendo–. Me alego de que Alex también haya podido venir.

–¿Qué estáis tramando? –susurró Jamie–. ¿Estáis planeando un robo? Parecéis ladrones.

–Tu padre y yo hemos llegado a un acuerdo –dijo Alex, la sonrisa se hacía obvia en su voz.

Jamie lo miró con fijeza. De algo estaba segura; no iba a parar hasta descubrir qué tramaban. ¿Cuándo habían empezado a hablar Alex y su padre? ¿Y desde cuándo Alex le caía bien a su padre?

Si el padre de Jamie se dio cuenta de su conflicto interno no dijo nada.

–Todo está listo. La wedding planner ha sido muy eficiente.

–Hijos de puta –dijo Jamie–. Han contratado a una wedding planner.

–Sí –el hombre puso los ojos en blanco–. A parecer Christine decidió que no sería tan estresante para Scarlet, la nueva dama de honor, si una wedding planner se encargaba de todo.

No sería tan estresante para Scarlet, que lleva planificando fiestas desde que tenía doce años y no trabaja y tiene todo el tiempo del mundo porque su marido es adicto al trabajo y viaja constantemente para no estar con ella, pero por nada del mundo podía pensar Christine en una wedding planner cuando su hermana, que trabaja a jornada completa, era la dama de honor. Jamie respiró hondo.

–Qué detalle de Christine ayudar a Scarlet. –Intentó sonar sincera y esperaba que no le hubiese salido sarcástico. No había venido para enfadarse.

Jamie y Christine nunca estarían de acuerdo casi en nada, pero ese no era el día para discutir. Para bien o para mal Jamie iba a apoyar a su hermana aquel día, no iba a estropearlo—. ¿Dónde está Christine? —preguntó Jamie—. ¿Aún se está arreglando?

Su padre sonrió.

—Tu madre está con ella ahora. Personalmente, preferiría alistarme a la Marina antes que entrar en esa habitación. —Se encogió de hombros.

Jamie sonrió.

—Lo sé —dijo, dándole un beso en la mejilla—. Voy a ser valiente. Quiero desearte suerte el día de su boda.

Dejó a los dos hombres mirándola y caminó hacia la habitación lateral de la iglesia que se reservaba a la gente de la boda.

—Nunca lograré entenderla del todo —oyó a su padre hablando con Alex.

—Yo me pasaré el resto de mi vida intentándolo.

Las palabras de Alex la reconfortaron, pero las apartó de su mente y se centró en los sollozos que salían del otro lado de la puerta.

—¡Mi boda está arruinada! —se quejó Christine—. ¡Completamente arruinada! ¿Cómo ha podido pasar esto?

—Shh, tranquila, cariño —dijo su madre para consolarla—. No se ha arruinado nada. Es solo una pequeña rotura.

Jamie llamó a la puerta.

—¡Ahora no, Scarlet! —siseó Christine.

—Soy yo, Jamie.

Silencio.

Jamie esperó unos segundos y suspiró.

—¿Puedo pasar?

—Es un país libre —gruñó Christine.

—Pasa, Jamie —gritó su madre.

Jamie abrió la puerta con cuidado, esperando que un ramo de flores volara hacia ella. Christine estaba sentada en el suelo con su enorme vestido de novia y parecía un pastelito. Su maquillaje aún estaba perfecto, aunque rodaban lágrimas por sus mejillas. En un costado del vestido había un desgarrón que dejaba a la vista una parte de la cadera. Parecía que Christine había sucumbido a lo que siempre había criticado en Jamie: comer por ansiedad. Jamie vio que su hermana tenía la cara más redonda por el peso que había cogido.

Su hermana y su madre se quedaron mirándola. Jamie no tenía ni idea de si era porque estuviera allí o por el vestido que llevaba.

Su madre se acercó despacio y la abrazó.

–Me alegro tanto de que estés aquí –susurró.

Jamie sonrió y saboreó el abrazo. Intentó que se le pasara el nudo que tenía en la garganta mientras miraba a su madre con los ojos humedecidos.

–Yo también me alegro de verte, mamá –dijo–. Estás muy guapa.

–¡Hola! La que va a caminar hacia el altar en quince minutos soy yo y estoy a punto de cancelar la maldita boda –les recriminó Christine, con los brazos cruzados sobre el pecho.

Parecía una niña mimada.

–Yo puedo arreglarlo –ofreció Jamie–. No me llevará más que un par de minutos. Lo coseré y nadie se dará cuenta. Pero necesito un kit de costura.

–Te conseguiré uno –dijo su madre–. Hay una mercería en esta misma calle. Vuelvo en cinco minutos.

Jamie juraría que vio a su madre respirar aliviada cuando salió de la habitación. Respiró hondo y miró a su hermana. Cogió el cofre de maquillaje del tocador.

–Vamos a arreglarte –murmuró y empezó a retocar con cuidado algunos puntos de la cara de Christine–. Es increíble cómo hacen el rímel ahora. Tus ojos están perfectos–. Empezó a empolverar la cara de su hermana.

Christine no dijo nada, tan solo miraba a Jamie con ojos acusadores.

–Tu vestido es muy bonito, Christine. Stephen solo va a tener ojos para ti.

Su hermana sorbió. Las lágrimas se acumularon en sus ojos pero no cayeron.

–Stephen me lo contó todo –dijo–. Me contó que se emborrachó y que Alex lo amenazó para protegerte.

Jamie sonrió segundos después.

–Acepto tus disculpas.

–No he dicho que lo sintiera.

–No, pero esto es lo más parecido que voy a tener a una disculpa.

Ella puso los ojos en blanco.

–No se lo he contado a nadie –dijo–. ¿Existe algo más embarazoso? Mi prometido se le echó encima a mi *hermana*.

–Ay, madre, no puedo ni imaginarlo –dijo Jamie sin más–. Seguro que es muy embarazoso.

Christine hizo una mueca.

–Nunca fue mi intención robártelo –dijo–. Tan solo lo encontré increíblemente atractivo desde la primera vez que lo trajiste a casa. Y siempre fue tan agradable conmigo, ¿sabes? Soporta todas mis tonterías. Cuando me di cuenta de que era yo quien de verdad le gustaba... Bueno, no pude resistirme, supongo. Fue una mala pasada y siento si te hice daño. Te lo debería haber dicho.

–No pasa nada. A veces ocurren cosas y no nos damos cuenta hasta que es demasiado tarde. O intentamos negarlo y tan solo nos engañamos a nosotros mismos.

Christine la miró intensamente.

–¿Estás hablando de Alex?

Jamie se sonrojó.

–Um...

–Ha venido contigo, ¿a que sí? Me equivoqué en cuanto a que no le ibas a gustar nunca, desde luego.

–¿A qué te refieres? ¿Porque amenazó a Stephen?

–No solo por eso –dijo Christine abriendo mucho los ojos–. No tienes ni idea, ¿verdad?

–¿De qué?

–Nada es solo que... mamá me lo contó, ¿vale? Y supongo que deberías saberlo.

El estómago de Jamie empezó a encogerse poco a poco.

–Dímelo, Christine. ¿Qué?

–Un día antes de que papá te llamara Alex se presentó en su despacho. Papá no quería verlo, por supuesto, pero nadie ignora a Alex Reid. Así que hizo esperar a Alex durante dos horas mientras resolvía “asuntos urgentes”. A parecer Alex no se levantó ni para ir al baño. Cuando papá ya no pudo evitarlo más, lo dejó pasar. No pensaba escuchar lo que Alex le quisiera decir, pero Alex hizo que lo escuchara. Creo que hablaron hasta bien entrada la noche sobre que papá tenía que retomar el contacto contigo. Alex se negó a marcharse hasta que papá accediera a llamarte para invitarte a comer.

–Un buen detalle de su parte –Jamie sonrió, no estaba segura de cómo interpretar la situación–. El señor Reid ha pasado por problemas familiares y probablemente no quiere que pasemos por lo mismo.

–Lo que quieras –bufó Christine–. Pero no hay duda de que a Alex le gustas. No, retiro eso. Está completamente enamorado de ti.

Jamie se sonrojó y se mordió el labio.

–Estoy segura de que Alex no fue a ver a papá. Probablemente se encontraron por la calle y le dijo que me llamara.

Christine asintió.

–Mamá me lo contó así. Estuvimos hablando varias horas de ello una noche.

–¿En serio? –Jamie se sorprendió–. ¿Tenías que planear una boda y no se te ocurrió nada mejor que hablar de mí?

–A mamá y a mí aún nos encanta un buen cotilleo, aunque sea sobre tu vida amorosa–. Le ofreció una gran sonrisa a su hermana–. Le gustas mucho, mucho. ¿Verdad?

Jamie se puso las manos frescas en las mejillas ardientes.

–Hey, se supone que este es tu día, ¿no? –Le pasó un pintalabios a su hermana–. Arréglate lo que falta. En cuanto llegue mamá te arreglo el vestido.

–Me alegro de que estés aquí, Jamie.

–Yo también.

–Así que has sobrevivido –dijo Alex, sirviendo dos copas de champán–.
¿Cómo te sientes

–Aliviada –dijo Jamie con sinceridad–. Pero aún no ha terminado.

Miró a su alrededor, la gente disfrutaba la cena y charlaba educadamente sobre la ceremonia de boda. En la mesa presidencial, Christine se apoyaba sobre Stephen, que estaba muy incómodo, mirando a Alex y a Jamie con miedo. Christine, en cambio, nunca había estado más a gusto.

–No te preocupes –le susurró Alex a Jamie–. Christine usará el látigo para convertirlo en marido pronto.

–Creo que están adorables juntos –intervino la madre de Jamie. Ella y el padre de Jamie eran sus dos únicos acompañantes en la mesa, para alivio de Jamie. Lo último que le apetecía era tener que hablar con alguno de los amigos superficiales de Stephen o de Christine.

El padre de Jamie puso los ojos en blanco.

–Espero que sepa que puedo hacer que parezca un accidente si le hace daño. –Miró directamente a Alex al decir esto.

Alex movió la cabeza con tanta ligereza que Jamie casi no se percató.

–Vale –dijo–. Christine me lo ha contado todo sobre lo ocurrido entre vosotros dos –Señaló a los dos hombres de la mesa y estos gruñeron al mismo tiempo.

–¡No puedo creer que se lo hayas contado a Christine! –Alex señaló al padre de Jamie con el tenedor–. ¡Te dije que no quería que Jamie lo supiera y se lo cuentas a su sister!

–¡Yo no se lo conté a Christine, se lo conté a mi mujer! –El hombre miró con ojos acusadores a su mujer–. No sabía que lo iba a soltar.

La madre de Jamie levantó una mano en su defensa.

–Mirad –dijo–. Nadie me dijo que no se lo contara a Christine. Así que no me echéis la culpa.

–¡Basta, niños! –Jamie se echó a reír–. Ya está. ¿Y si todos lo dejamos pasar? –Le dio a Alex con el codo–. Caradura travieso.

–¡Jamie! –Su padre se aclaró la garganta–. Me gustaría seguir quedando para comer, por favor dile a tu madre que no estoy teniendo un affaire. Es por eso que tuve que contárselo.

Jamie sonrió y sintió que la tensión en su estómago desaparecía.

–Mamá, yo soy la que queda con tu marido. –Le sonrió con amplitud a su padre–. Eso es todo lo que quería escuchar, papá.

La orquesta empezó a tocar cuando acabó la cena. El primer baile obligatorio, luego el baile padre-hija, seguido de una canción lenta para las parejas que quisieron unirse a los novios.

–Baila conmigo, Jamie –dijo su padre y se la llevó antes de que Alex pudiera pedirselo.

–Por supuesto –dijo Jamie, mostrándole una rápida sonrisa de disculpa a Alex, quien asintió y volvió a sentarse.

–Me alegro de que hayas venido –dijo su padre–. Y me alegro de que Christine y tú hayáis hecho las paces. De verdad.

–Yo también –dijo ella mientras su padre la hacía girar–. Me gusta volver a ser parte de la familia.

–Siempre lo has sido, Jamie –dijo sonriendo–. Es solo que a veces podemos ser muy desagradables–. Su cara se puso seria después de pasar un rato bailando–. ¿Qué hay entre Alex y tú? ¿Estáis juntos?

Jamie se sonrojó. Daba igual cuántos años tuviera, que su padre le hiciera preguntas sobre su vida amorosa siempre iba a ser raro.

–Papá.

–Hablo en serio –dijo–. ¿Estáis juntos?

–Es complicado –dijo Jamie.

–Te diría que no lo dejes escapar, pero dudo que él te suelte aunque te sacudas para que lo haga.

Jamie arqueó una ceja.

–¿Qué dices?

El padre sonrió.

–Digo que te quiere, Jamie. Más que a nada. Me ha demostrado que es un buen chico y se merece que le des una oportunidad. –Se aclaró la garganta–. Y sabes que no lo digo a la ligera. –Inclinó la cabeza–. ¿No estás enamorada de él?

Jamie se encogió de hombros.

–No lo sé –mintió–. Creo que Alex tiene el corazón donde debe tenerlo, pero no estoy segura de que funcione. Es mi jefe y no le van las relaciones serias. –Su cara ardía de vergüenza. Tenía que encontrar la forma de evitar sonrojarse constantemente, empezaba a ser ridículo.

–Él ya va en serio contigo, Jamie –dijo su padre–. Es solo que no te lo ha dicho porque no quiere asustarte.

Jamie miró fijamente a su padre.

–¿Cuántas veces habéis hablado, exactamente?

Él sonrió con amplitud.

–Solo una. Después de pedirme que te llevara a comer me preguntó que podía hacer para recuperarte. Los padres son los que se encargan de pillar a los mentirosos y él es totalmente genuino. Nadie es perfecto, Jamie. Todos cometemos errores. Dale una oportunidad para arreglar las cosas.

–No puedo que te haya pedido consejos de pareja a *ti*, –balbuceó Jamie. Su padre no solo era un pésimo ejemplo en cuanto a relaciones románticas, sino que además resultaba *raro*.

–Ya lo superarás –le dijo con firmeza–. Yo solo te digo que es un buen chico y que no creo que haya alguien más adecuado para ti.

–Ya veremos.

Aún no estaba segura de que las cosas funcionaran. Quizás ella tuviese que dejar el trabajo para que pudieran tener una relación. Quizás hablar con Nicholas no fuera mala idea. Le encantaba su trabajo, pero estaba segura de que estaba enamorada de Alex.

Acabó la canción y Alex se acercó.

–¿Me concedes el siguiente baile?

El padre de Jamie sonrió y se apartó.

–Piénsalo, Jamie –le dijo antes de ir a la mesa, junto a su mujer.

Alex arqueó una ceja.

–¿Qué ha sido eso?

Jamie se sonrojó.

–Nada.

La orquesta empezó a tocar una canción lenta y Alex le sonrió mientras le pasaba un brazo por la cintura.

–Estás increíble. Ese vestido es espectacular. Recuérdame que no deje que te pongas algo así para ir a una fiesta de la oficina. Podrías empezar una pelea.

Ella también le sonrió. Sabía que estaba sonrojándose como nunca y bajó la mirada, deseando poder esconderlo.

–Hey, ¿por qué miras al suelo? –dijo Alex–. Lo creas o no, sé bailar. No te voy a pisar.

–Ni siquiera se me había pasado por la cabeza. –Jamie sonrió, agradeciendo su sentido del humor–. Es solo que... No puedo creer todo lo que has hecho por mí hoy. Gracias. –Tragó–. Quiero darte las gracias por todo. No solo por hoy. Por el trabajo, por ayudarme a ser más segura, por todo. Yo...

–Te lo mereces todo –dijo Alex interrumpiéndola, como si tuviera miedo de que ella dijera que lo iba a echar de menos cuando se marchara–. Volvería a hacerlo –susurró con una voz cargada de deseo–. Esto y más. Lo he estropeado tantas veces que ni puedo contarlas. Y si embargo, tú sigues dándome oportunidades.

Él la hizo girar sobre la pista, su habilidad para el baile hacía que a Jamie le resultara sencillo seguirlo. Unas cuantas parejas se detuvieron para mirarlos.

–Te prometo que esta vez no lo voy a estropear, Jamie. –Su mano sobre la parte baja de su espalda, mandándole descargas de deseo por todo el cuerpo–. No te merezco, Jamie. Pero quiero pasar el resto de mi vida intentándolo. –Le sujetó la cara con la otra mano y los pies de Jamie olvidaron seguir moviéndose. Alex también se detuvo–. Estoy enamorado de ti, Jamie. Más que del trabajo, más que del dinero, joder, más que de mí mismo. Si decides darme una última oportunidad, te prometo que te voy a dar todo lo que pueda. Haré todo lo que pueda para hacerte feliz. Nunca te voy a tirar a la basura o a tratarte mal porque te mereces mucho más.

Jamie se mordió el labio.

–¿Hablas en serio?

–Sí.

Ella se puso de puntillas y lo besó. Alex suspiró y tiró de ella para acercarla, subiendo la mano por su espalda para llegar a su nuca. Los dedos entraron en su pelo para besarla con suavidad.

Jamie sonrió y profundizó el beso, intentando expresar todos sus sentimientos y todo su amor en aquel simple contacto.

Se separaron cuando acabó la canción. Alex apoyó la frente en la de ella.

–Soy tuyo –dijo–. Para siempre.

Jamie sonrió con amplitud.

–¿Qué te parecería que nos marchemos de aquí y demos una vuelta en tu gran limusina?

Un gesto sexy se dibujó en la boca de Alex.

–Madre mía, sí. No me lo pidas dos veces.

Ella le cogió la mano y tiró de él para sacarlo de la pista de baile.

–Bien, estoy harta de estar aquí.

–¿Ah, sí? –Alex la siguió de cerca, su mano libre se acercó para acariciarle el trasero.

–¡Y no llevo bragas!

El gruñido que salió de la garganta de él hizo que ambos corrieran hacia la salida.

~ **FIN** ~

Nota de la autora:

¡Gracias por leer la Serie La asistente personal!

Me encanta saber lo que los lectores opinan de los personajes, si les gustaría saber más de alguno de ellos o ver a algún otro personaje.

¡Espero que hasta ahora estés disfrutando la serie!

Mi información de contacto está en la siguiente página.

Un beso,

Lexy



Lexy Timms Newsletter:

<http://eepurl.com/9i0vD>

Lexy Timms Facebook:

<https://www.facebook.com/SavingForever>

Lexy Timms Web:

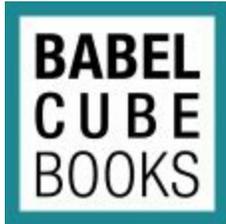
<http://lexytimms.wix.com/savingforever>

Tus comentarios y recomendaciones son fundamentales

Los comentarios y recomendaciones son cruciales para que cualquier autor pueda alcanzar el éxito. Si has disfrutado de este libro, por favor **deja un comentario**, aunque solo sea una línea o dos, y házselo saber a tus amigos y conocidos. Ayudará a que el autor pueda traerte nuevos libros y permitirá que otros disfruten del libro.

¡Muchas gracias por tu apoyo!

¿Quieres disfrutar de más buenas lecturas?



Tus Libros, Tu Idioma

Babelcube Books ayuda a los lectores a encontrar grandes lecturas, buscando el mejor enlace posible para ponerte en contacto con tu próximo libro.

Nuestra colección proviene de los libros generados en Babelcube, una plataforma que pone en contacto a autores independientes con traductores y que distribuye sus libros en múltiples idiomas a lo largo del mundo. Los libros que podrás descubrir han sido traducidos para que puedas descubrir lecturas increíbles en tu propio idioma.

Estamos orgullosos de traerte los libros del mundo.

Si quieres saber más de nuestros libros, echarle un vistazo a nuestro catálogo y apuntarte a nuestro boletín para mantenerte informado de nuestros últimos lanzamientos, visita nuestra página web:

www.babelcubebooks.com